

Juan Bosch

PÓKER DE ESPANTO EN EL CARIBE

♦ Trujillo ♥ Somoza ♠ Pérez Jiménez ♣ Batista



CIALC
Centro de Investigaciones sobre
América Latina y el Caribe

PÓKER DE ESPANTO EN EL CARIBE

PÓKER DE ESPANTO EN EL CARIBE

♠ Trujillo ♠ Somoza ♠ Pérez Jiménez ♠ Batista ♠

Juan Bosch



COORDINACIÓN
DE HUMANIDADES



CIALC

Centro de Investigaciones sobre
América Latina y el Caribe

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

México, 2023

Catalogación en la publicación UNAM. Dirección General de Bibliotecas y Servicios Digitales de Información

Nombres: Bosch, Juan, 1909-2001, autor.

Título: Póker de espanto en el Caribe : Trujillo, Somoza, Pérez Jiménez, Batista / Juan Bosch.

Descripción: Primera edición | México : Universidad Nacional Autónoma de México, 2009. | Reimpresiones: (1a, 2023).

Identificadores: LIBRUNAM 1192801 | ISBN 978-607-2-00377-4.

Temas: Somoza, Anastasio, 1925-1980. | Trujillo Molina, Rafael Leónidas, 1891-1961. | Pérez Jiménez, Marcos, 1914-2001. | Batista y Zaldívar, Fulgencio, 1901-1973. | Caribe (Región) -- Política y gobierno.

Clasificación: LCC F2181.B67 2009 | DDC 320.9729—dc23

Diseño de portada: Miguel Marín

Primera edición: Editora Alfa & Omega, República Dominicana

Primera edición en México: 2009

Primera reimpresión en coedición: 2023

DR © 2023, Universidad Nacional Autónoma de México

Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, 04510 Ciudad de México

Coordinación de Humanidades

Dirección General de Divulgación de las Humanidades

Programa Editorial

Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe

ISBN: 978-607-2-00377-4

Esta edición y sus características son propiedad de la Universidad Nacional Autónoma de México.

Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio sin la autorización escrita del titular de los derechos patrimoniales.

Impreso y hecho en México

PRÓLOGO A LA EDICIÓN MEXICANA

PABLO A. MARÍÑEZ*

El libro que el lector tiene en sus manos, *Póker de espanto en el Caribe*, escrito en el exilio, en Santiago de Chile, en 1955, es el primero de una serie de tres¹ que sobre las dictaduras en la región escribiera el destacado político, intelectual y humanista dominicano, Juan Bosch (1909-2001); el segundo, *Trujillo. Causas de una tiranía sin ejemplo*, fue escrito en Caracas, Venezuela, en 1959, también en el exilio, dos años antes de que el tirano cayera ajusticiado, en mayo de 1961; el tercero, *Las dictaduras dominicanas*, escrito en 1988, veintisiete años después de haber retornado a su país, República Dominicana, de su primer y largo exilio (1938-1961), y dieciocho años después de regresar de su tercer y último exilio (1966-1970).

Sin embargo, aunque ahora presentamos estas obras como una trilogía, ése no fue el proyecto del autor, pues cada texto

* Profesor e Investigador Titular de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, UNAM. Actualmente es embajador de República Dominicana en México.

¹ En rigor, Juan Bosch publicó dos textos más sobre dictaduras. El primero, “Juan Vicente Gómez: retrato de un aspirante a tirano”, es un ensayo escrito en colaboración con Luis Cordero Velázquez, y aparece en el libro *Juan Vicente Gómez. Caminos del poder*, Caracas, Venezuela, Editorial Humboldt, 1982; dicho ensayo también fue publicado en Juan Bosch, *Temas históricos*, tomo I, Santo Domingo, Alfa y Omega, 1961, pp. 129-157. El segundo texto es el titulado *La fortuna de Trujillo*, Santo Domingo, Alfa y Omega, 1985. Sobre este último es necesario aclarar, como lo hace el propio autor en las palabras de introducción, que en realidad este libro se compone de siete capítulos tomados de la obra *Trujillo. Causas de una tiranía sin ejemplo*, y siete capítulos más, que fueron artículos publicados bajo el título *La fortuna de Trujillo*, en el semanario *Vanguardia del Pueblo*, durante 1977.

tuvo su propia dinámica, y diríamos que hasta cierto punto corresponden a condiciones de producción diferentes, si bien es cierto que los tres libros se inscriben dentro de los mismos objetivos y perspectivas teórico-metodológicas que fueron trazadas en el primero de ellos: analizar las causas económicas, sociales, políticas, e incluso psicológicas (la psicología social) que producen las dictaduras. En dichos libros, el autor deja a un lado su militancia política antitrujillista, para lograr mayor objetividad en sus estudios, tal y como lo señaló en el segundo de ellos, *Trujillo. Causas de una tiranía sin ejemplo*:

En la larga lucha por las libertades públicas de su país, el autor hace un alto para comportarse no como un militante antitrujillista, sino como investigador de la historia dominicana, a quien le interesa sobre todo dar con los orígenes del mal de su pueblo, a fin de que otros puedan evitar que el porvenir vea su repetición.²

O como lo había planteado cuatro años antes, en *Póker de espanto en el Caribe*, que con éste no se pretendía

hacer propaganda política ni difamar a los tiranos. Ellos se han difamado solos. Lo que se pretende con él es exponer honestamente los orígenes de esas tiranías, las causas que las sostienen y su manera de actuar.³

Dentro de esta trilogía, es en *Póker de espanto en el Caribe*, por ser un análisis multicausal, de carácter comparativo de las cuatro tiranías de la región en la década de los cincuenta, durante el siglo xx —las de Trujillo, Somoza, Pérez Jiménez y Batista—, donde el lector puede llegar, entre otras, a las siguientes

² Cf. *Trujillo. Causas de una tiranía sin ejemplo*, 7ª ed., Santo Domingo, Alfa y Omega, 1998, p. 16.

³ Cf., “Introducción”, p. 44 en esta edición.

conclusiones, que: a) no existen dictaduras iguales, por muy parecidas que sean, aunque se desarrollen en contextos geográficos, geopolíticos, históricos, sociales y culturales semejantes; b) cada una tiene sus peculiaridades, que en no pocas ocasiones suelen ser mitificadas; c) sus orígenes, consolidación y sus propios derrumbes, aunque en parte respondan a raíces comunes, también son distintos; d) incluso la represión, es decir su aparato represivo —o más bien de terror, como lo denomina Juan Bosch—, que se podría considerar el elemento común de todas las dictaduras, el que las homogeneiza, también suele manifestar diferencias significativas; e) de todas maneras, pocas regiones en el continente americano han sido escenario de periodos tan prolongados, y de una diversidad tan amplia de sangrientas dictaduras, como el Caribe.

En el cuadro que hemos elaborado se podrán observar algunas diferencias entre las dictaduras de la región, tanto por el número de años que han permanecido en el poder, como por la forma en que lo han alcanzado, y la manera como han culminado sus gestiones, en su mayoría huyendo del país, a causa de revueltas o revoluciones armadas, o por movilizaciones sociales de protestas. Cabe destacar, que sólo dos de estas dictaduras, la de Somoza en Nicaragua, y la de Duvalier en Haití, lograron perpetuarse como dinastías, y únicamente esta última optó por legitimarse en el poder, declarándose vitalicia.

Toda la población de los países del Caribe, desde los sectores rurales y urbanos más humildes, campesinos y obreros, pasando por las capas medias, profesionales, intelectuales y artistas, hasta las mismas capas altas, en ocasiones —y aunque parezca extraño— incluso las mismas oligarquías y burguesías, o al menos parte de éstas, han sido víctimas de dichos regímenes dictatoriales. La dictadura de Rafael Leonidas Trujillo en República Dominicana es un caso bastante ilustrativo al respecto. Una de las pocas maneras de tratar de evitar ser víctima de las dictaduras ha sido plégándose como incondicionales a los tiranos, o en

su defecto, emigrando al extranjero, en calidad de exiliados; pero ni siquiera esta última medida siempre lo ha garantizado, pues difícilmente el exiliado ha logrado retomar y desarrollar su proyecto de vida profesional, junto a su familia y demás seres queridos. En muchas ocasiones, los exiliados se han organizado para combatir las dictaduras, de diferente manera, incluyendo la vía armada, o al menos para realizar actos públicos, o para realizar publicaciones, denunciándolas. El caso más sobresaliente y de mayor impacto fue el de la Legión Caribe, en 1948, así como las expediciones armadas de Cayo Confites, en 1947, la de Luperón en 1949, y la del 14 de junio, en 1959, las tres últimas contra la dictadura de Trujillo. En situaciones como éstas, la mano del tirano ha sabido caer sobre sus opositores (e incluso sobre sus familiares), para silenciarlos, aun en los lugares más remotos; arrancándoles la vida, secuestrándolos, reduciéndolos a prisión, o logrando que el exiliado sea perseguido y expulsado a otro país.

La vida de Juan Bosch es una fiel representación de estos procesos del exilio. En 1938, ocho años después de haberse instaurado en República Dominicana la dictadura de Rafael Leonidas Trujillo Molina (1891-1961), que gobernaría el país con mano férrea de 1930 a 1961, y después de pasar varios meses en prisión, Bosch sale del país rumbo a Puerto Rico, pues su vocación era la de escritor, por lo que quería dedicarse a la narrativa, escribiendo cuentos, género con el que ya había alcanzado reconocimiento en la región, particularmente en Puerto Rico y en Cuba. Pero sobre todo, Bosch no quería participar en política —así lo ha expresado en múltiples ocasiones—, y sabía que de haberse quedado en el país no lo hubiera podido eludir, al menos sin sufrir serias consecuencias para su vida, pues ya Trujillo le había propuesto el cargo de diputado.

Y en efecto, aunque logró destacarse como cuentista, desde el exilio Juan Bosch no pudo escapar a la tentación de incursionar activamente en la vida política, la que décadas más tarde

eclipsaría al cuentista, al literato,⁴ para abrirle paso, con gran creatividad, al sagaz analista, pero sobre todo al audaz organizador y líder político que llevaba dentro.

En 1939, ya en Cuba, junto a otros exiliados políticos funda el Partido Revolucionario Dominicano, PRD, para luchar contra la dictadura de Trujillo. De esta manera su proyecto de vida se transforma, y no obstante que logra seguir escribiendo cuentos y algunos ensayos, el eje fundamental de sus acciones sería la política. Justamente como representante del PRD, en las décadas de 1940 y 1950 le tocaría recorrer los países de la región, sosteniendo encuentros al más alto nivel político, para denunciar y combatir la dictadura dominicana.

Dentro de sus primeras giras políticas, podemos destacar sus estadías en México (1941, 1944-1945, 1948, 1949, 1950), Guatemala (1945), Haití (1945), Panamá (1945), El Salvador (1945), Venezuela (1945, 1946, 1948, 1958-1959), Costa Rica (1948, 1954, 1961), Bolivia (1954), Chile (1955) y Brasil (1956). Es este periplo —salpicado de detenciones, encarcelamientos, expulsiones y huelgas de hambre— por nuestra América, que le permitirá ir conociendo de cerca, en la práctica, en voz de sus propios protagonistas, dirigentes, líderes políticos y sindicales los valores democráticos a que aspiraban nuestros pueblos, y que a costa de muchos sacrificios, se comenzaban a construir en la región. Dentro de dichos países destacan las experiencias del México posrevolucionario, en la década de 1940; de Guatemala con Juan José Arévalo (1945-1951) y Jacobo Arbenz (1951-1954); de Costa Rica, a partir de 1948, bajo el liderazgo de José Figueres; de Venezuela, primero con el efímero gobierno del presidente Rómulo Gallegos, en 1948, y posteriormente con el presidente Rómulo Betancourt (1959-1964); de Bolivia, con Paz Estensoro, en 1954; y de Chile,

⁴ Aunque desde su retorno a República Dominicana en octubre de 1961, prácticamente no volvió a escribir ningún cuento, en junio de 1972 Bosch declara formalmente que abandonaría la literatura para dedicar todo su tiempo a la política, hasta el último día de su vida, como en efecto hizo.

con Salvador Allende, con quien Juan Bosch estableció una estrecha amistad en 1955.

Fue a lo largo de cerca de veintitrés años de vida errante como exiliado, en una América Latina convulsionada —con golpes de Estado, tiranicidios, guerras civiles y revoluciones armadas— que Juan Bosch fue desarrollando su formación y convicciones democráticas, a la vez que estableciendo excelentes relaciones de amistad, de trabajo, y de lucha política con los más destacados líderes e intelectuales de la época. En esos años, también Juan Bosch se nutrió de las aportaciones de los más grandes pensadores y luchadores políticos de nuestra América, como fueron el puertorriqueño Eugenio María de Hostos, el venezolano Simón Bolívar, y el cubano José Martí; así como de las aportaciones de los teóricos de la Comisión Económica para América Latina y el Caribe, CEPAL, que tanta influencia tuvieron en el proyecto desarrollista de finales de la década de 1940 y 1950.

Sin embargo, durante su primer periodo de exilio (1938-1961), Bosch no escribió sobre la democracia, pues prefirió, asumimos nosotros, guardar sus conocimientos, que eran sumamente amplios y profundos sobre dicho sistema político,⁵ en espera de que le tocara la oportunidad de llegar al poder en su país, para ponerlos en práctica, como efectivamente hizo, o más bien intentó hacerlo, cuando asumió la presidencia de República Dominicana, en 1963. Decimos que intentó hacerlo, pues dicho experimento democrático —que no se limitaba a la dimensión política, sino que incluía la económica y la social— fue abortado a los siete meses de haberse iniciado, por fuerzas oscurantistas, tanto internas como externas. Pero su gobierno,

⁵ De ese periodo apenas se conoce un ensayo, “Problemas de la democracia en nuestra América”, escrito en Madrid en enero de 1957, pero que vendría a ser publicado en español, por primera vez, treinta y tres años más tarde, en 1990. Cf. *Política: Teoría y Acción*, Santo Domingo, núm. 122, mayo de 1990, pp. 1-29; Max Puig, “Un texto inédito de Juan Bosch sobre la democracia en América Latina”, en *Política: Teoría y Acción*, Santo Domingo, núm. 121, abril de 1990, pp. 10-13.

aunque efímero, se constituyó en paradigma de la democracia, de la ética y de la dignidad nacional, con la Constitución más progresista que hasta el momento haya conocido la historia dominicana.⁶

En realidad, y aunque resulte extraño, su primera obra sobre la democracia, *Crisis de la democracia de América en la República Dominicana*, la escribe durante su segundo periodo de exilio (1963-1965), en Puerto Rico, en 1964, pocos meses después de haber sido derrocado del gobierno. Y la segunda obra, aunque tenga un título distante de su verdadero contenido —pues evoca un sistema político totalmente opuesto al democrático—, *Dictadura con respaldo popular*, la escribe en Europa, en 1969, durante su tercer periodo de exilio, después que había fracasado, a causa de la ocupación militar de Estados Unidos, en su último intento, en 1965, de establecer un sistema democrático en el país. En esta última obra, que es una tesis política de gobierno, y que generó una amplia y seria polémica en el país, hay un cuestionamiento, es cierto, a la “democracia representativa”, por el fracaso de la misma en la historia contemporánea de América Latina, a causa de la ausencia de una burguesía que pudiera impulsarla, pues esta clase social había sido suplantada por regímenes oligárquicos. En ausencia de tal burguesía —y por lo tanto de un proletariado—, el autor recurre a las singularidades de la estructura de clase de los países latinoamericanos, y en particular de República Dominicana, para diseñar su modelo político, que lo conduciría a establecer una verdadera democracia, en términos de libertades, justicia e igualdad social. Por ello, entendemos que en realidad lo que hace Juan Bosch, en su polémica tesis, es plantear una revolución antioligárquica, a la vez que fundamentar las dimensiones económicas y sociales de

⁶ Cf. *Constitución de la nación dominicana de 1963*, edición de Aura Celeste Fernández, Santo Domingo, 2003; *Constitución de 1963, 40 años después: vigencia y perspectivas. Ponencias del panel realizado en UNIBE, el 29 de abril de 2003*, Santo Domingo, Universidad Iberoamericana, 2004.

la democracia, ausentes en dicho sistema político —al menos en la mayor parte de los países de la región—, pues cuando se intentó incorporarlas, los líderes y partidos políticos que así lo hicieron fueron acusados de comunistas y derrocados del gobierno, como le había ocurrido a Rómulo Gallegos en Venezuela, a Jacobo Arbenz en Guatemala, y al mismo Juan Bosch en su país. Práctica nada extraña en el marco de la Guerra Fría. De todas maneras, lo que podría llamar la atención es que Bosch, quien había entregado su vida a la lucha por la democracia, prefiriera titular a dicha tesis política, “Dictadura” —régimen contra el que él había luchado tanto—, y no “Democracia con respaldo popular”, quizá por el descrédito que él entendía que tenía dicho sistema político.

No obstante, habría que aclarar que el concepto de dictadura que permea la tesis de Bosch, dista mucho de ser el de los regímenes dictatoriales de América Latina, e incluso de la *dictadura* como institución jurídico-política de la Antigua Roma, así como de las tesis del Cesarismo democrático que sustentara Laureano Vallenilla Lanz a principios del siglo xx. Dictadura con respaldo popular es más bien un concepto novedoso de gobierno, pues entraña una revolución antioligárquica, impulsada por un frente de clases y sectores sociales populares, que logre un desarrollo económico con justicia social.

Sin embargo, el líder político dominicano explica muy bien, en su ensayo *Viaje a los antípodas*, de 1970, el desengaño político que había sufrido cuando la gran potencia del Norte, violando los más elementales principios del marco jurídico internacional, y pisoteando la soberanía y la autodeterminación de los pueblos, y bajo acusaciones falsas, invade el país en 1965, supuestamente en defensa de la “democracia”, paradójicamente para impedir que se estableciera un verdadero gobierno democrático, como era el suyo, que había sido elegido libre y constitucionalmente por el pueblo. En el caso dominicano, en la coyuntura a la que estamos haciendo referencia, es oportuno

hacerse la misma pregunta que se hizo Edelberto Torres Rivas sobre Guatemala a principios de la década de 1980: “¿Qué clase de sistema es éste que para defender la democracia tiene que liquidarla?”⁷

De todas maneras, desde su llegada al país, tras la caída de la tiranía de Trujillo, en 1961, Juan Bosch se dedica a educar y a organizar al pueblo dominicano con el fin de que lograra desarrollar un sistema democrático, pero además, que asumiera el mismo como una manera de vivir, de tolerancia y respeto entre los seres humanos, entre los partidos y entre los grupos sociales. Y lo hizo, fundamentalmente, en su calidad de extraordinario orador, a través de la radio, en el programa *Tribuna democrática*, que era una especie de cátedra impartida diariamente sobre los problemas más acuciantes que vivía el país, o que se producían a nivel internacional. Ésas y otras alocuciones suyas han sido recogidas en cuatro volúmenes, *Discursos políticos, 1961-1966*,⁸ *Discursos políticos: 1970*⁹ y *Discursos políticos: 1971*.¹⁰ Ésta era, sin lugar a duda, la vía más efectiva de llegar a las grandes mayorías nacionales, sobre todo a la población rural y urbana analfabeta y semianalfabeta. La otra modalidad fue por medio de la publicación de artículos y ensayos cortos, algunos de los cuales serían compilados como libros. *Capitalismo, democracia y liberación nacional*¹¹ es uno de ellos.

Fue a través de los partidos políticos que Juan Bosch encontró el verdadero camino para organizar al pueblo, y que éste pudiera contar con los canales propios para hacer la transición necesaria hacia la democracia, y posteriormente lograr la con-

⁷ Cf. “Guatemala: medio siglo de historia política”, en Pablo González Casanova (coordinación), *América Latina: Historia de medio siglo*, tomo 2, México, Siglo XXI Editores, 1981, p. 171.

⁸ Tomos I y II, Santo Domingo, Presidencia de la República Dominicana, 1998.

⁹ *Ibidem*, tomo III.

¹⁰ *Ibid.*, tomo IV.

¹¹ Santo Domingo, Alfa y Omega, 1983.

solidación de la misma. Primero lo hizo por medio del Partido Revolucionario Dominicano, PRD, una verdadera maquinaria política, con la que llegó al gobierno en 1963;¹² después renunció a dicho partido, para fundar, en el mismo año, en 1973, el Partido de la Liberación Dominicana, PLD,¹³ acorde con los nuevos requerimientos políticos, económicos y sociales del país,¹⁴ y en el que fundó una revista, *Política: Teoría y Acción*, como órgano de reflexión y debate, y un semanario, *Vanguardia del Pueblo*, de amplia circulación en todo el país.¹⁵ Actualmente, aunque con significativas diferencias de proyectos, así como del ejercicio del poder, estos dos son los principales partidos políticos del país, siendo un caso único en América Latina que dos partidos fundados por un mismo líder político, logren acaparar, en los últimos años, el 90% de las preferencias electorales. En las elecciones presidenciales de 2004, el candidato del PLD, doctor Leonel Fernández, obtuvo el 57% de la votación, y el agrónomo Hipólito Mejía, candidato del PRD, tuvo el 33%. A su vez, en las elecciones presidenciales de 2008, el candidato del PLD, doctor Leonel Fernández, alcanzó el 54%, y el candidato del PRD, ingeniero Manuel Vargas Maldonado, el 40%.

En 1947 Juan Bosch participa en Cuba, en Cayo Confites, al norte de Camagüey, en la preparación y entrenamiento de una expedición armada, con la dirección militar y política de la misma, que se proponía derrocar la dictadura de Trujillo. En Cayo Confites se entrenaban mil doscientos hombres, bien armados —que además poseían barcos y aviones—, de los cuales la ma-

¹² El PRD ha ejercido el gobierno en tres oportunidades más, en 1978-1982, 1982-1986, y 2000-2004.

¹³ El PLD ha ejercido el gobierno en tres ocasiones, en 1996-2000, 2004-2008, y nuevamente en 2008-2012.

¹⁴ Cf. Juan Bosch, *El partido. Concepción, organización y desarrollo*, Santo Domingo, Alfa y Omega, 1983; Juan Bosch, *El PLD. Un partido nuevo en América*, Santo Domingo, Alfa y Omega, 1989.

¹⁵ Cf. Partido de la Liberación Dominicana, *Juan Bosch: El periódico del partido y la comunicación con las masas*, Santo Domingo, Colección de Vanguardia, 1998.

yoría eran cubanos y dominicanos; también participaban decenas de combatientes de otras nacionalidades.¹⁶ Sin embargo, la expedición fue abortada por los hábiles manejos del dictador dominicano —quien sobornó a altos funcionarios militares y civiles del gobierno cubano—, y los errores cometidos por los propios expedicionarios, que fueron interceptados por la Marina de Guerra cubana y hechos prisioneros. En dicha expedición participaba un joven cubano de apenas 21 años de edad, que luego adquiriría notoriedad internacional: Fidel Castro, uno de los pocos que no entregó las armas, y se lanzó al mar para escapar, lo cual consiguió. Doce años más tarde, tras la caída del dictador Fulgencio Batista —quien precisamente huye de Cuba para refugiarse bajo la protección de Trujillo—, y con Castro en el poder, sale desde Cuba, en junio de 1959, una nueva expedición armada, que el dictador dominicano no pudo impedir, aunque logró derrotar a los expedicionarios, pues contrario a lo que ocurría en 1947, durante esos doce años la dictadura había modernizado y equipado a las fuerzas armadas dominicanas, como no lo había hecho ningún otro país de la región. Incluso Trujillo había instalado una fábrica de armas, conocida como La Armería, que abastecía el país y le permitía apoyar a sus aliados, o conspirar contra los gobernantes opositores a su régimen. No obstante, el impacto político de la expedición de junio de 1959, se constituiría en el principio del fin de la más cruel dictadura en la región.

Fueron años difíciles, sumamente complejos, sobre todo por los cambios internacionales que se habían producido a raíz de la Segunda Guerra Mundial, en el marco de la Guerra Fría, que calificamos, en términos políticos, de democracias *versus* dictaduras. En ese contexto, estas últimas contaban con el apoyo de Estados Unidos, pues los tiranos se asumían como luchadores contra el comunismo internacional, y por lo tanto como alia-

¹⁶ Cf. José Diego Grullón, *Cayo Confites. La revolución traicionada*, Santo Domingo, Alfa y Omega, 1989.

dos del poder hegemónico del Norte. Trujillo, para tratar de jugar un papel protagónico, como siempre se propuso, se autoproclamó “Campeón del anticomunismo en América, desde Alaska hasta Tierra del Fuego”. Por otro lado actuaba Izquierda Democrática, en la que se destacaban José Figueres, de Costa Rica; Luis Muñoz Marín, de Puerto Rico; Rómulo Betancourt, de Venezuela, y Juan Bosch, de República Dominicana. En dicho contexto surge la conocida Legión Caribe, misma que logró realizar, en 1948, la revolución democrática de Costa Rica, bajo el liderazgo de José Figueres.

Eran tiempos de acción, de lucha política y combates armados. Había muy poco espacio para la reflexión teórica, y para la producción literaria. Sin embargo, Juan Bosch había logrado, aunque con muchas dificultades —incluso perdiendo dos bibliotecas, así como algunos de sus archivos y manuscritos, como el libro de cuentos, *Callejón Pontón*—, encontrar espacio para continuar escribiendo y publicando sus relatos, además de algunos libros de ensayos, como expresión de sus inquietudes políticas e intelectuales. No obstante, su obra era escrita de salto en salto, de país en país, de exilio en exilio, a pesar de la gran capacidad de trabajo y el dominio del lenguaje que tenía. En efecto, en ocasiones Bosch planeaba o iniciaba una obra en un país, la continuaba o concluía en otro, y la venía a publicar en un tercer país. Tales fueron los casos de *Cuba, la isla fascinante*, escrita en Cuba y publicada por primera vez en Santiago de Chile, en 1955; *Judas Iscariote, el calumniado*, planeada a finales de la década de los cuarenta en Cuba, y redactada en Santiago de Chile, en agosto de 1954, donde también fue publicada al año siguiente, en enero de 1955; o la novela *El oro y la paz*, cuya temática se desarrolla en Bolivia, a partir de su exilio en este país andino en 1954, pero cuyo esquema elaboró en 1957 en La Habana, y vino a ser redactada durante su segundo exilio, en 1964, en Puerto Rico, en tanto que los manuscritos se traspapelaron, hasta reaparecer años después en República Dominicana, y ser publicada en 1976.

Pero de todos sus libros, el que conoció una vida más azarosa fue precisamente *Póker de espanto en el Caribe*, redactado en Santiago de Chile en 1955, enviado por su autor a Venezuela en el mismo año, donde los manuscritos permanecieron extraviados durante mucho tiempo, hasta reaparecer décadas después en Santo Domingo, en 1988, año en que conoció su primera edición. Este libro es, a nuestro parecer, el que mejor refleja el vía crucis al que se veía sometido el exiliado político, perseguido por los regímenes dictatoriales de la región.

No obstante que existe una amplia producción bibliográfica sobre las dictaduras en el Caribe y en América Latina, *Póker de espanto en el Caribe* ocupa un lugar muy especial por varias razones.

En primer lugar, porque no siempre los líderes políticos de la época —los que combatieron las tiranías, y que incluso llegaron a ser políticos exitosos, pues les tocó derrocarlas e iniciar el proceso de transición, o más bien de construcción de la democracia— se dedicaron al estudio de aquéllas, o al menos no dejaron una obra escrita, al menos significativa, sobre las mismas. El ejemplo más ilustrativo al respecto es precisamente el de los integrantes de la llamada Izquierda Democrática, a la que pertenecía Juan Bosch. Rómulo Betancourt, por ejemplo, combatió las dictaduras de Juan Vicente Gómez (1908-1935), y la de Marcos Pérez Jiménez (1952-1958), a quien le tocó reemplazar en 1959, y sin embargo apenas dejó dos textos conocidos, *Dos meses en las cárceles de Gómez*, de 1928, y *En las huellas de la pezuña* (escrito en colaboración con Miguel Silva Otero), de 1929, que distan mucho de ser análisis explicativos de la dictadura de Juan Vicente Gómez; si bien aborda la primera, la de Pérez Jiménez, con mayor rigurosidad en la parte inicial de su libro *Venezuela: política y petróleo*, de 1956. Lo mismo podríamos decir de Juan José Arévalo, quien dejó una amplia producción bibliográfica, pero, hasta donde conocemos ninguna sobre la dictadura de Jorge Ubico (1931-1944), a quien reemplazó des-

pués de la llamada “Revolución de octubre”, en 1944, en que fue derrocado el tirano.

Los casos de José Figueres en Costa Rica, y Muñoz Marín en Puerto Rico son diferentes, pues no obstante que lucharon contra los regímenes dictatoriales de la región, sobre todo apoyando a los exiliados, no tuvieron que enfrentar a tirano alguno en sus respectivos países, aunque Figueres fue el líder de la guerra civil, o Guerra de Liberación Nacional, de 1948, como la denominan los vencedores, que transformó a Costa Rica, y le permitió el desarrollo institucional y democrático de que ha gozado este país durante mucho tiempo. Igual ocurre con Víctor Raúl Haya de la Torre, el fundador del APRA, quien conoció una larga vida de exilio, incluyendo el más prolongado asilo político que se conozca en una embajada, la de Colombia en Lima, que duró cinco años y tres meses (1949-1954), durante la dictadura militar de Manuel Odría (1948-1956) en el Perú. Lo que sí hizo Haya de la Torre, durante su largo asilo en la embajada de Colombia, fue escribir el libro *Treinta años de aprismo*, publicado en México, en 1956, por el Fondo de Cultura Económica, con el cual ampliaría su extensa producción bibliográfica. Por último, tampoco encontramos en Fidel Castro una obra sobre la dictadura de Fulgencio Batista, más allá de su célebre y exhaustivo discurso, que fue su autodefensa como abogado, ante el Tribunal de Urgencia de Santiago de Cuba, en octubre de 1953, conocido como *La historia me absolverá*, así como otros artículos y cartas para defenderse de las acusaciones y calumnias de la dictadura de Batista.¹⁷

En segundo lugar, porque a diferencia de la gran mayoría de los textos sobre las dictaduras —que suelen ser descriptivos, en muchos casos testimonios, y en no pocas ocasiones denuncias sobre el carácter represivo y de los crímenes cometidos por los tiranos, como estudios de caso—, *Póker de espanto en el Caribe*,

¹⁷ Cf. Fidel Castro, *La Revolución Cubana*, selección y notas de Adolfo Sánchez Rebolledo, México, Era, 1975, pp. 20-97.

en cambio, es un análisis comparativo multicausal de cuatro dictaduras, donde se pone énfasis en las causas —económicas, políticas, sociales y psicológicas— que dieron origen a las mismas; lo cual constituye una aportación teórico-metodológica para el estudio de las dictaduras.

En tercer lugar, por la profundidad de análisis que le permite, de manera muy especial, integrar una de estas dimensiones, generalmente ausente en los estudios sobre las dictaduras en la región, la psicología social.

En cuarto lugar, por la importancia que el autor atribuye a la corrupción en las tiranías, para lograr sostener dichos sistemas políticos, lo que introduce una interesante línea de investigación, para poder rastrear los orígenes, al menos contemporáneos, de la corrupción que sigue gravitando en la región, y que constituye una de las mayores trabas al desarrollo democrático de nuestros países.

En quinto y último lugar, por el carácter predictivo de la obra, como expresión de su sagacidad analítica, como podrá observarse en los estudios realizados sobre cada uno de los dictadores. Queremos destacar de una manera muy particular este acierto de Juan Bosch, pues el libro fue realizado en pleno desarrollo de dichas tiranías, es decir, en el momento más difícil de la coyuntura dictatorial de la región. *Póker de espanto en el Caribe* fue escrito en 1955, y en 1956 caería abatido a tiros, Anastasio Somoza, Tacho; Pérez Jiménez sería derrocado a principios de 1958, y el 1 de enero de 1959 Fulgencio Batista huye de Cuba, a causa del triunfo armado del Movimiento 26 de Julio, bajo el liderazgo de Fidel Castro. Dos años y medio después, caería Rafael Leonidas Trujillo, un 30 de mayo de 1961. De las cuatro tiranías, la única que sobreviviría dos décadas y media a la redacción del análisis de Juan Bosch, fue la nicaragüense, y lo logró como una dinastía, hasta julio de 1979, en que Tachito Somoza tuvo que ceder al movimiento revolucionario del Frente Sandinista de Liberación Nacional, huyendo hacia Pa-

raguay, bajo la protección de su homólogo, el dictador Alfredo Stroessner.

Son estas cualidades las que han hecho de *Póker de espanto en el Caribe* una obra clásica en su género, porque después de más de medio siglo de haber sido escrita y no obstante haber desaparecido los regímenes dictatoriales analizados, el libro sigue teniendo vigencia, tanto por su contribución a la historia contemporánea del Caribe, como por su aportación teórica y metodológica a las ciencias políticas.

Por las razones señaladas, creemos que ha sido un gran acierto de la Coordinación de Humanidades de la Universidad Nacional Autónoma de México, UNAM, institución a la que felicitamos, haber escogido esta obra para su publicación, como parte del Homenaje que México rinde al más destacado intelectual y político dominicano, Juan Bosch, en el centenario de su natalicio.

Octubre de 2008

PRINCIPALES DICTADURAS EN EL CARIBE

<i>Dictador</i>	<i>Edad</i>	<i>País</i>	<i>Civil / militar</i>	<i>Años en el poder</i>	<i>Ascenso</i>	<i>Caída</i>
Porfirio Díaz	1830/1915	México	Militar	1877/1910	Elecciones	Huye del país
Ulises Heureaux	1845/1899	República Dominicana	Militar	1882/1884 1887/1899	Nombramiento	Tiranidico
J. Santos Zelaya	1853/1919	Nicaragua	Militar	1893/1909	Golpe militar	Huye del país
Manuel Estrada	1857/1924	Guatemala	Civil	1898/1920	Nombramiento	El Congreso lo declara "insano de mente"
Cipriano Castro	1858/1924	Venezuela	Militar	1899/1908	Guerra civil	Golpe de Estado
J. Vicente Gómez	1857/1935	Venezuela	Militar	1908/1935	Golpe militar	Muerte natural
Gerardo Machado	1871/1939	Cuba	Militar	1925/1933	Elecciones	Huye del país
Rafael L. Trujillo	1891/1961	República Dominicana	Militar	1930/1961	Golpe/elecciones	Tiranidico
Jorge Ubico	1878/1946	Guatemala	Civil	1931/1944	Elecciones	Renuncia
Hernández Martínez	1882/1966	El Salvador	Militar	1931/1944	Golpe militar	Golpe militar
Tiburcio Carías	1876/1969	Honduras	Militar	1933/1949	Elecciones	Pierde elecciones

<i>Dictador</i>	<i>Edad</i>	<i>País</i>	<i>Civil / militar</i>	<i>Años en el poder</i>	<i>Ascenso</i>	<i>Catida</i>
Fulgencio Batista	1901/1973	Cuba	Militar	1940/1944 1952/1958	Elecciones / golpe militar	Huye del país
Somoza	1896/1956 1922/1967	Nicaragua	Militar	1937/1979	Elecciones	Huye del país
Paul Magloire	1907/2001	Haití	Militar	1950/1956	Golpe militar	Huye del país
Pérez Jiménez	1914/2000	Venezuela	Militar	1952/1958	Golpe militar	Huye del país
Rojas Pinilla	1900/1975	Colombia	Militar	1953/1957	Golpe militar	Renuncia
Castillo Armas	1914/1957	Guatemala	Militar	1954/1957	Expedición armada	Tiranicidio
Duvalier	1907/1971 1951/2014	Haití	Civil	1957/1986	Elecciones	Huye del país
Joaquín Balaguer	1906/2002	República Dominicana	Civil	1966/1978	Elecciones	Pierde elecciones
Lucas García	1924/2006	Guatemala	Militar	1978/1982	Elecciones	Golpe militar
Ríos Montt	1926/2018	Guatemala	Militar	1982/1983	Golpe militar	Golpe militar

PÓKER DE ESPANTO EN EL CARIBE

HISTORIA DE ESTE LIBRO

Es un hecho curioso que un libro inédito tenga historia, pero *Póker de espanto en el Caribe* la tiene aunque sea sólo porque se publica treinta y tres años después de haber sido escrito. La distancia temporal de un tercio de siglo entre su redacción y su publicación tiene necesariamente una causa, o más de una, y al explicar ésa o esas causas quien las explicara, quisiera o no quisiera, se vería obligado a hacer la historia del libro por lo menos durante el tiempo en que se mantuvo inédito, valga decir, mientras fue sólo un manojito de cuartillas escritas a maquina que a lo largo de tantos años fueron cambiando de color y en algunos casos perdieron su tamaño original aunque por suerte, no su integridad salvo los números 67 y 68 que se perdieron; y resulta que es a mí, el autor de *Póker de espanto en el Caribe*, a quien le toca hacer esa historia porque sólo yo la conozco, por lo menos en su conjunto.

Póker de espanto en el Caribe fue escrito en Santiago de Chile y terminado en abril de 1955, y así está dicho en las primeras dos páginas de los originales, que no fueron numeradas porque la numeración comenzó en la tercera página, la primera de las doce dedicadas a la introducción. En la que debió llevar el número 1 se explica que el póker es un juego de cartas de las cuales al final el jugador se queda con cinco. Cuatro de ellas, cuando son de igual valor, forman el triunfo llamado póker.

Cuando terminé de escribir ese libro se hallaba en prensa *Cuba, la isla fascinante*, cuya primera edición estaba a cargo de la Editorial Universitaria, S. A., una empresa editora de la Univer-

sidad Central de Santiago de Chile, que era estatal; y sucedía que al mismo tiempo que la Editorial Universitaria hacía *Cuba, la isla fascinante*, la Editorial Prensa Latinoamericana, S. A., propiedad del Partido Socialista Chileno, componía las páginas de otro libro mío, *Judas Iscariote, el calumniado*, y la Editorial Nascimento acababa de poner en circulación *La muchacha de La Guaira*, una colección de cuentos míos. Como en Chile no abundaban las editoriales, al terminar *Póker de espanto en el Caribe* no hallaba quién podría publicarlo, y a los pocos meses, habiendo tomado la decisión de retornar a Cuba a fines de ese año o principios de 1956 me cayó del cielo la noticia de que un amigo de quien las autoridades venezolanas no podían tener sospechas de tipo político estaba preparándose para viajar a Venezuela; fui a verlo, le pedí que cuando llegara a Caracas dejara en manos de un amigo los originales de *Póker de espanto en el Caribe* con la recomendación de que no se los mostrara a nadie y sólo se los entregara a quien le llevara una carta mía en la que pidiera dárselos.

Tal como me lo había propuesto, volví a Cuba donde dos años después fui hecho preso por el renombrado comandante Ventura, una fiera que vestía ropa de hombre de cuyas garras salí indemne porque así lo determinó una acumulación de hechos de los cuales no voy a decir nada ahora porque lo que estoy escribiendo no es la historia mía sino la del libro que el lector tiene en sus manos. Esos hechos se conjugaron en pocos minutos, precedidos, sin embargo, por algo trascendental que había ocurrido en Venezuela unos dos meses antes: el derrocamiento de la dictadura de Marcos Pérez Jiménez en enero de ese año —1958—, hecho que abrió para mí las puertas de ese querido país donde tenía amigos entrañables y adonde llegué en abril, cuando todavía vibraba en el aire el júbilo provocado por la fuga de Pérez Jiménez, que había buscado refugio en Santo Domingo y amparo en Trujillo.

Pero algo extraño sucedía, y es que en casi dos años y medio de los cerca de tres que estuve viviendo en Caracas fue a fines de

1960 cuando hice memoria de *Póker de espanto en el Caribe*, y como cuando quise localizar al amigo a quien se lo había enviado cerca de cinco años antes se me hizo difícil dar con él, le encomendé a otra persona que lo hiciera por mí y le dejé una carta en la que lo autorizaba a pedirlo y a hacérmelo llegar. Fue a fines de 1962, y quizá después de haber tomado posesión de la presidencia de la República, cuando en una maleta llena de papeles entre los cuales había muchos relacionados con mis actividades antitrujillistas de los años del exilio llegaron a mis manos los originales del libro cuya historia estoy haciendo. Para entonces yo estaba dedicado enteramente a trabajos políticos que no me permitían dedicarle ni media hora de tiempo a los papeles que había en la maleta de marras, pero en relación con los originales de *Póker de espanto en el Caribe* la situación no era igual a la de antes porque en 1962 y 1963, a seis o siete años de distancia de los días en que los escribí, sabía que los había escrito y que estaban en Santo Domingo, aunque no estuviera enterado de en qué lugar de mi biblioteca se hallaban.

Fue después de haber vuelto de mi segundo exilio, en septiembre de 1965, esto es, a diez años y medio de los días en que había escrito a varios miles de kilómetros de distancia el libro cuya historia estoy haciendo, cuando mi hermana Angelita me dijo que tenía en su casa la maleta cargada de papeles a que me he referido hace poco, y sin que sepa cómo ni cuándo, los originales de *Póker de espanto en el Caribe* volvieron a mi poder.

¿Para qué? ¿Qué hice con ellos?

Nada, porque no tardaron en perderse de vista entre los montones de libros que me rodean, pero esta vez iban a reaparecer en manos de Guillermo Piña Contreras cuando el joven y capaz intelectual dominicano vino a Santo Domingo, desde París, donde reside hace años, a cerrar en nombre de la Editora Alínea el trato para la publicación de un libro de cuentos míos traducidos al francés. Piña Contreras aprovechó su viaje para rebuscar en mis archivos y encontró los originales de este libro; pero ni él podía

sospechar que pocos días antes de dar con esos originales alguien había dejado en mi escritorio una copia de un informe oficial de la Guardia Nacional de Nicaragua, ni yo podía relacionar ese informe con el hallazgo de Piña Contreras porque aunque tenía varios días en mi escritorio no lo había leído; es más, no me daba cuenta de que era un documento histórico debido a que no tenía encabezamiento ni aspecto de ser lo que era.

Voy a reproducir inmediatamente ese documento. Sólo le haré enmiendas en la puntuación y todas las palabras que agregue al texto para hacer aclaraciones o explicaciones figurarán entre corchetes; y como el lector verá, en ese documento se dice dónde fue sepultado el 6 de abril de 1954 Amado Soler, a quien menciono en la página 183* de los originales de este libro diciendo: “Junto con Pablo Leal y con otros luchadores cayó en Nicaragua Amado Soler, compañero muy querido en las filas del Partido Revolucionario Dominicano, amigo cuyo recuerdo acompaña siempre al autor de este libro”. ¿No es extraño, y más aún extrañísimo, que al mismo tiempo que Guillermo Piña Contreras, llegado pocos días antes de París, hallaba los originales de *Póker de espanto en el Caribe*, que tenían años perdidos entre montones de papeles, apareciera en mi escritorio la copia de un informe oficial en el que se daba cuenta de dónde había sido sepultado Amado Soler, un dominicano que cayó en Nicaragua luchando contra la dictadura de Anastasio Somoza un año antes de que se escribiera este libro en Santiago de Chile?

He aquí el documento:

El 4 de abril recibimos orden de salir para Carazo a las 10 de la noche. [Carazo es un departamento que se halla en la región cafetalera de Nicaragua en cuyo territorio hay varios caseríos que se comunican entre sí por carreteras conocidas con el nombre de Las Cuatro Esquinas.] En la intersección de Las Cuatro Esquinas de Carazo recibimos órdenes de dirigirnos para la hacienda La Amis-

* Página 212 de esta edición. [N. del E.]

tad de los señores Chamorro donde estaban escondidos una parte de los que habían entrado por Costa Rica [a los que me refiero en las páginas 82 y 83* de los originales de este libro diciendo: “En abril de 1954 Somoza descubrió una importante conspiración para derrocarlo; en verdad, la más seria de cuantas se han organizado con ese fin”; palabras a las que siguen 46 líneas], y querían asesinar al presidente [Anastasio Somoza] la noche anterior. Llegamos a la hacienda y procedimos a registrar y a limpiar cafetales con metralla. En los cafetales del norte de la hacienda, al lado de Masatepe, nos contestaron los disparos y entonces tomamos ese rumbo. Éramos cien hombres bien armados. Al llegar al lugar denominado San José hicimos contacto con ellos y después de un leve tiroteo y de pedirles con magnavoces que se rindieran y que les garantizábamos la vida ellos huyeron y nosotros los perseguimos tomando rumbo a Nandaime. Por los disparos nos dimos cuenta [de] que eran pocos los que andaban, y al informarlo al Cuartel General nos dieron orden de regresar [devolver] sesenta hombres y quedarnos cuarenta porque podíamos encontrar otros grupos. Los perseguimos y fuimos constatando [por] donde pasaban. Unos campesinos nos dijeron que ellos les habían pedido [que] se entregaran y ellos contestaron que iban a avanzar a la frontera de Costa Rica. Entonces supimos que primero eran cuatro y que iban sólo dos porque uno se había entregado y otro había muerto. Seguimos siempre tras de ellos y al pasar [de] Jinotepe nos dijeron que de Nandaime había salido otra patrulla para que los cercáramos, pero antes de que esto ocurriera entablamos un buen tiroteo al llegar cerca de la carretera a Dolores. Allí los tuvimos controlados durante dos horas y pidiéndoles siempre que se rindieran. Como no resolvieron nada atacamos fuerte y fuimos cercándolos y los encontramos, a Lacayo en agonía y al dominicano muerto. Parecía que tenía rato de estar muerto. A Lacayo lo llevamos al hospital y al dominicano procedimos a identificarlo, a obtener toda la documentación que portaba. Según eso él sería el encargado de volar [tirarle] bombas al carro del señor presidente [Somoza] una vez que las balas hubieran paralizado los carros, y según la documentación él se ofreció

* Página 112 de esta edición. [N. del E.]

voluntariamente para esa aventura. Toda esa documentación se le entregó al Cuartel General quien creo la envió a Santo Domingo [República Dominicana] o dejaron copias. Nosotros nos comunicamos con Managua y recibimos orden de darle sepultura allí mismo, o sea, en la punta de la plancha, entre Las Cuatro Esquinas y la carretera de Jinotepe, como a cincuenta varas de cada carretera. Se pidió [una] caja [ataúd] a Jinotepe y la enviaron. [Amado Soler Fernández] está [enterrado] debajo de un palo [árbol] de guanacaste, y unos mozos de esa hacienda saben bien el lugar [donde fue sepultado]. Esto fue [sucedió] el 6 de abril [de 1954].

Al llegar a ese último punto y aparte me siento obligado a hacerle al lector una advertencia: la de que este libro fue escrito hace la tercera parte de un siglo, tiempo muy largo durante el cual los criterios que tenía sobre acontecimientos y personas han sido alterados en varios casos o por cambios en mis ideas o por transformaciones en la conducta de algunos de los hombres que figuran en *Póker de espanto en el Caribe*, y pongo el ejemplo de Rómulo Betancourt, quien en los últimos años de su vida dejó de ser como aparece descrito en este libro, y no sólo en el terreno político, que abandonó para entregarse a posiciones francamente opuestas a las que había mantenido desde su juventud. En contraste con Betancourt, José Figueres sigue siendo en el orden político lo que era hace cuarenta años, cuando encabezó el movimiento que lo llevó por primera vez a la presidencia de Costa Rica. Otro tanto puede decirse del Partido Revolucionario Dominicano, fundado para dirigir la lucha contra la dictadura de Rafael Leonidas Trujillo, que al llegar al poder cuarenta años después de fundado salió del Palacio Nacional dejando tras sí la fetidez propia de todo lo que se corrompe.

5 de julio, 1988

INTRODUCCIÓN

La zona del Caribe viene padeciendo tiranías desde hace tanto tiempo que la opinión general entiende ya que siempre las ha tenido. Se olvida que en el Caribe hay países que nunca han sufrido tiranos, como Costa Rica, o que durante mucho tiempo vivieron en democracia política, como Colombia.

Ahora bien, ¿a qué se debe que Costa Rica no haya padecido los males de una dictadura, siendo así que su vecina Nicaragua, por ejemplo, recuerda épocas tan sombrías como la de Zelaya, y vive desde hace más de veinte años al capricho de Anastasio Somoza? ¿A qué se debe, en el caso contrario, que un pueblo de alma tan libre como Cuba tenga que avergonzarse de la dictadura de Fulgencio Batista; o que un pueblo tan viril como el de Venezuela se halle maniatado por un régimen de gobierno tan despiadado como el que encabezan Marcos Pérez Jiménez y Pedro Estrada?

No es posible argüir —como a menudo ha oído el autor de este libro— que la mescolanza racial del Caribe origina las enfermedades políticas que culminan en tiranías. Hay quien haya pensado así alegando que si Costa Rica se ha salvado de esos males se ha debido a que su población es preponderantemente blanca, sobre todo en la Meseta Central, asiento de los poderes públicos y región que hasta hace pocos años estaba cerrada al acceso de los negros. Alemania es un país de raza tan blanca, por lo menos, como Costa Rica, y ya se sabe qué clase de dictadura produjo entre 1933 y 1945.

Tampoco puede afirmarse que la pobreza de los pueblos caribes ha sido causa fundamental en esa proliferación de tiranías; y

ningún ejemplo sirve mejor para el caso que el mismo de Costa Rica, país más pobre que muchos de sus vecinos del Caribe, mientras que en el polo opuesto podemos escoger como países ricos a Cuba y a Venezuela, ambos aquejados del mal.

El argumento que mayor apariencia de bondad tendría sería el de que los pueblos del Caribe padecen de malestar político debido a su escasa cultura general; y en ese caso valdría el ejemplo de la propia Costa Rica, el único en toda la zona —y seguramente en todo el continente, incluyendo a Estados Unidos— que tiene más escuelas que soldados. (Adviértase que decimos “más escuelas”, no más maestros, pues el número de maestros es varias veces mayor que el de escuelas en esa pequeña y admirable tierra, y por tanto varias veces mayor, también, que el de soldados.) Pero es que si acudimos a casos alejados de la región hallamos que en Inglaterra no había hace un siglo más alfabetos que en la Cuba actual o que en la República Dominicana, en términos relativos, claro; sin embargo, en Inglaterra había entonces democracia política.

En los últimos tiempos se ha propagado mucho la tesis de que el imperialismo es el responsable de que el Caribe se encuentre apestado de tiranías. Mas he aquí que las agresiones políticas y armadas de los Estados Unidos en esa zona no toman cuerpo sino a partir de 1898, y ya a esa época los pueblos caribes conocían despotismos tan prolongados y tan crueles como los regímenes del indio Carrera en Guatemala o de Ulises Heureaux en Santo Domingo, o como el de Henri Christophe en Haití y el de Guzmán Blanco en Venezuela.

Un análisis exhaustivo de las causas que producen las tiranías en el Caribe aconseja dejar a un lado la costumbre de buscar la razón única. Hay muchas razones entrelazadas. Lo que sí aparece claro a los ojos del estudioso es que las tiranías del Caribe se producen por ciclos, y cada ciclo corresponde al momento en que debe producirse un cambio en la estructura social.

A menudo ese cambio está determinado por fenómenos estrictamente nacionales y agravado por otros de origen interna-

cional; a menudo lo internacional predomina sobre lo nacional y produce el desequilibrio que se resuelve en una tiranía.

En cuanto a la tiranía en sí misma, sus caracteres están determinados por el perfil moral del tirano y por el genio nacional del pueblo que la sufre. Pero hay en los últimos tiempos una tendencia a igualarlas en ciertos aspectos, por ejemplo en el uso del terror y de la corrupción como medios de prolongarlas, y en el uso de ficciones legales para justificarlas.

La efectividad del terror es producto, desde luego, de la técnica actual. Se objetará que los despotismos del pasado no dispusieron de esta técnica y sin embargo usaron el terror como medio de mantenerse en el poder. Pero es que en el siglo pasado, y aun a principios del actual, los pueblos no tenían la cultura política que tienen hoy ni el complejo social se parecía al de ahora; así, en poblaciones escasas, de vida colonial, puramente agrícola y pastoriles, cuyos núcleos más potentes eran los comerciales, la prisión o la muerte de unos cuantos personajes importantes dejaba a los pueblos paralizados. Ahora, en cambio, los líderes surgen de zonas sociales diversas; del estudiantado, del proletariado, de la pequeña burguesía, todas las cuales pueden ser mejor vigiladas gracias a los medios actuales —el teléfono, la radio, el automóvil y hasta el avión, que son parte importante en la organización de un Estado— y sus movimientos pueden ser impedidos con rapidez. El uso a fondo de las armas modernas siembra el terror en el pueblo, y el terror permite convertir al Estado en una inagotable fuente de recursos con los cuales se compran más armas y hombres suficientes para seguir manteniendo en constante crecimiento aquel terror. En suma, una serpiente que se muerde la cola.

En el siglo pasado, con medios de comunicación primitivos y armamentos que no superaban a los que sus enemigos podían adquirir, las tiranías americanas tenían que fundamentarse en un aspecto ideológico; y ya eran los ultramontanos los que se reservaban el poder para sí, ya eran los liberales en lucha contra

aquéllos. Pero cuando fueron apareciendo mayores facilidades para el movimiento de las tropas y para la adquisición de equipos militares, a la vez que se les hacía cada vez más difícil a grupos no gubernamentales conseguir ayuda en armas, los ejércitos fueron convirtiéndose en fuentes casi absolutas del poder.

Eso explica que las tiranías actuales —y recordamos que estamos refiriéndonos a las del Caribe— descansen sobre todo en sus ejércitos. Los cuatro regímenes despóticos que está sufriendo esa región se asemejan en el hecho de que en todos ellos el ejército es un partido que ha conquistado el poder gracias al predominio de las armas. El fusil ha suplantado al voto, la bala a la idea; y el resultado lógico ha sido el reino del terror en la República Dominicana y en Nicaragua, en Venezuela y en Cuba.

Pero con el solo terror no se gobierna, y los tiranos del Caribe lo saben. El terror es útil para paralizar a la generalidad del pueblo; ahora bien, hay pequeñas zonas de la población, y muchas del exterior, inmunes al terror o tan alejadas de su centro de acción que no pueden ser alcanzadas por él. Esas zonas son habitualmente ganadas con prebendas; y ahí entra en juego el poder corruptor de las tiranías. En un estudio serio sobre los orígenes de las tiranías del Caribe y sobre las causas de su prolongación hay que dedicar bastante espacio a la corrupción, porque a veces su papel y su juego son tan complicados que a los ojos de muchos observadores pueden verse confundidos los orígenes con los resultados, y viceversa. Por ejemplo, en ciertos casos se advierte con toda claridad el papel de los empresarios extranjeros y de la política exterior norteamericana en la aparición de una dictadura del Caribe, pero en otros es la dictadura la que compra el respaldo de Washington mediante prebendas y uso de todos los medios corruptores.

Cuando Fulgencio Batista instauró su primera dictadura, en 1934, lo hizo siguiendo al pie de la letra las instrucciones que le transmitió un diplomático norteamericano, Jefferson Caffery, y de ello hay constancia histórica. Pero al hacerlo la segunda vez,

en 1952, no contaba —hasta donde se sepa— con insinuación ni con ayuda de Washington; la ayuda fue a buscarla después de haber tomado el poder por medios ilícitos.

Fulgencio Batista surgió como caudillo militar de Cuba en septiembre de 1933 sin tomar en cuenta a Washington; cuatro meses después los grandes intereses azucareros lo habían corrompido, gracias a la presión política, y lo habían ganado para su causa. Pero ése no fue el caso de Anastasio Somoza, deliberadamente escogido por los norteamericanos para que ejerciera la tiranía en Nicaragua y librara a ese país de Sandino y de sus seguidores.

Anastasio Somoza complació a sus verdaderos electores —que no fueron los nicaragüenses sino los capitostes de Washington—, pero se excedió en los métodos a extremos tales que se declaró públicamente, en un banquete, asesino del heroico paladín de su patria. Es sabido que la muerte de Sandino llegó a convertirse en una mancha demasiado negra en la Política del Buen Vecino, razón por la cual resultó aconsejable retirarle a Somoza la simpatía oficial norteamericana. Harry S. Truman se negó a recibirle en la Casa Blanca; pero cuando el gobierno republicano de Eisenhower consideró necesario borrar del mapa de Centroamérica el régimen de Arbenz, Somoza resultó de nuevo el agente idóneo para la política norteamericana en el Caribe, y en sus propias fincas se entrenaron algunas de las fuerzas de Castillo Armas. Mientras no volvió a favorecerle el respaldo de Washington, Somoza utilizó ampliamente la corrupción como sistema de gobierno en Nicaragua, y es del caso admitir que en ese lapso usó más de la corrupción que del terror.

Ahora bien, hasta en el grado de terror o de corrupción a emplearse hay diferencias de una a otra tiranía. No proceden en igual forma Pérez Jiménez y Batista o Trujillo y Somoza. En su oportunidad estudiaremos los procedimientos de cada uno y las causas de sus diferencias. En cambio se parecen bastante en su afán de darles vestiduras legales a sus regímenes.

Es evidente que ha sido inclinación natural de todos los tiranos presentarse al mundo con ficción legal. En la República Dominicana se recuerda el oficio con que cierto gobernador de provincias enviaba a la capital del país a un número de reclutados para el ejército: “Ahí le mando treinta voluntarios. Hágame el favor de devolverme las sogas”. Hasta Lope de Aguirre, el demente “Príncipe de la República Marañoña”, trató de justificar su conducta en su conocida carta a Felipe II.

Como los “voluntarios” del gobernador dominicano son muchos de los “partidarios” de las tiranías, sea que acudan a votar donde se les diga y cuando se les ordene, sea que aparezcan firmando documentos privados o públicos; y como la carta de Lope de Aguirre son las declaraciones de “demócratas” con que los dictadores se autodenominan. Ninguno de ellos es capaz de tomar el poder y conservarlo virilmente, afirmando que lo ha tomado porque ha querido y que lo mantiene porque es su santa voluntad. Al contrario, todos afirman que el poder les ha sido entregado por los pueblos, que hacen sacrificio de su tranquilidad y casi de su vida para servir la voluntad popular y, además, que son fanáticos de la democracia.

Pero el afán de justificar sus actos no termina ahí; los tiranos quieren legalizar sus desmanes, y para el caso tienen congresos a sus órdenes y enmiendan las respectivas Constituciones cuantas veces necesitan hacerlo. Las cuatro tiranías actuales del Caribe son extrañamente parecidas en eso; ninguna de las cuatro ha dejado de celebrar elecciones a su medida o de tener su Constitución privada. El historiador del porvenir no necesitará ser muy sagaz para hallar en ese aspecto de su conducta la prueba de que el póker de espanto del Caribe —Trujillo, Somoza, Pérez Jiménez y Batista— está compuesto por cuatro cartas similares; se parecen en que tienen conciencia de sus pecados; saben que sus actos son delictuosos y necesitan aparecer ante sus pueblos, ante el mundo y ante la historia como si fueran líderes auténticos y no vulgares usurpadores.

Pero hay algo más en este afán de legalización de las tiranías caribes. Nótese que ninguna de ellas se atreve a dictar una Constitución en que se establezca como sistema de gobierno el que en verdad ellos ejecutan. Esas Constituciones de las tiranías abundan en reconocimiento de derechos populares, en garantías de libertades y de dignidad humana. La ficción legal no tiene nada que ver con la realidad. Hay una vida en el papel y otra en los hechos. Las tiranías del Caribe son regímenes que temen a la verdad y viven en un ambiente de perpetuo engaño. Eso denuncia la naturaleza de quienes las encabezan. También en esto hay diferencias; por ejemplo, Somoza resulta más viril que Trujillo, cosa que se advierte en que pone menos interés que su colega dominicano en engañar a la posteridad; Somoza se reconoció públicamente asesino de Sandino, y eso jamás lo habría hecho Trujillo. En casos similares Trujillo inventa al autor del crimen y le aplica la ley de fuga antes de que pueda hablar.

En el séptimo párrafo de esta introducción hemos dicho que las tiranías del Caribe se producen por ciclos, y que cada ciclo corresponde al momento en que debe producirse un cambio en la estructura social. A fin de que al adelantar en el estudio de cada tiranía en particular, el lector tenga una idea general del panorama del Caribe en lo que se refiere a esos ciclos, llamamos su atención sobre los siguientes hechos:

En 1930 se presentó uno de esos momentos. Sin duda la causa más fuerte de la conmoción que entonces removió a toda América y en particular al Caribe, fue la gran crisis económica de 1929; pero es de advertir que al confirmarse en apariencia la buena situación económica, en 1928, se inició la agitación de los pueblos, que aspiraban a participar del bienestar general. En Venezuela, donde para la época llevaba ya veinte años de duración la tiranía de Juan Vicente Gómez, el movimiento popular en demanda de libertades públicas estalló en abril de 1928; ese mismo año vio la expulsión de varios estudiantes de la Universidad de La Habana, la prolongación presidencial de Gerardo Machado en Cuba y la

de Horacio Vásquez en Santo Domingo. En 1930 las masas del Caribe comenzaron a hacer acto de presencia en el escenario político; querían más libertades y mejor vida. Inmediatamente empezó la lucha entre esos pueblos y sus explotadores. En Colombia alcanzaron el poder los liberales; en Cuba acabó triunfando el pueblo al cabo de tres años de incesante batallar; pero en otros países las masas fueron vencidas por sus enemigos. El resultado fue el surgimiento de tiranías en la República Dominicana, en Guatemala, en Honduras, en El Salvador, en Nicaragua, y el fortalecimiento de la de Venezuela.

Hacia 1944, como fruto lógico de las contradicciones económicas y políticas originadas por la Guerra Mundial, se presentó otro de esos momentos. Esta vez los pueblos barrieron con casi todos los dictadores o con los residuos de tiranías, con la excepción de Trujillo y de Somoza y con la pérdida lamentable de la democracia colombiana, único lugar donde el pueblo perdió francamente la batalla. Entre 1944 y 1948 Trujillo y Somoza se vieron muy asediados, ya por movimientos domésticos, ya por la presión externa.

La agitación producida por los problemas económicos y políticos de la posguerra revolvió de nuevo las aguas en el Caribe. En líneas generales, los pueblos habían conquistado libertades y bienestar a partir de 1944, y una vez eliminados los obstáculos internacionales que limitaban la acción de los grupos gobernantes —pues hubiera sido muy osado imitar a Hitler en lo mejor de la guerra, apretando tuercas o fomentando regímenes como el nazi en pleno mar Caribe—, esos grupos volvieron por sus fueros y trataron de arrebatarse a las grandes masas los beneficios que éstas habían conquistado. En algunos casos la batalla fue ganada por los pueblos, como en Costa Rica, Honduras y en cierto sentido en El Salvador; en otros fue perdida por ellos, como en Venezuela y en Cuba, donde al fin acabaron instaurándose tiranías. En la propia Nicaragua, aun bajo el poder de Somoza, hubo cambios apreciables en la situación, que permitieron la edición de periódicos opositores y cierta liber-

tad de crítica en el Congreso. En la República Dominicana los cambios fueron sólo aparentes; en vez de reelegirse en su propia persona, Rafael Trujillo lo hizo en la de su hermano menor.

Sería errado creer que debido a que las causas de esos grandes movimientos fueron comunes, la lucha tuvo caracteres comunes. En cada país, se ha visto, hubo resultados sui géneris; en unos vencieron los pueblos, en otros fueron derrotados. ¿Por qué? Porque en unos hubo lo que podríamos llamar salud política y social suficiente para sobreponerse a la crisis y vencer; y en otros no. En unos eran más débiles las fuerzas de reacción, y en otros más fuertes. En unos no había dictaduras que debilitaran el organismo nacional o injerencias extrañas tan abiertas como en otros. Unos tuvieron la energía necesaria para dar de su seno líderes capaces y honestos; otros no. En unos, aquellos que debían defender las libertades públicas se replegaron; en otros, atacaron.

En cada caso la lucha tomó los caracteres impuestos por la tradición nacional y por las posibilidades del medio. Por ejemplo, en Cuba tuvo buen éxito el terrorismo del pueblo contra la tiranía, y fracasaron los movimientos revolucionarios en campo abierto; pero en Costa Rica fracasó el terrorismo y triunfó la revolución de batallas campales acaudillada por José Figueres. En Guatemala y en El Salvador resultaron victoriosas las pobladas sin armas contra Ubico y Hernández Martínez, que habían fracasado en Venezuela contra Gómez y López Contreras y que fracasaron en Nicaragua y Honduras contra Somoza y Carías. En Cuba fue derrotado el batistato con votos en 1944, y en Venezuela Medina Angarita gracias a una sublevación mixta de soldados y pueblos en 1945.

Pretender hallar los orígenes de las tiranías del Caribe en una sola causa es aventurado y puede inducir a errores; en igual sentido pretender juzgar los movimientos que a ellas se enfrentan por uno de sus matices comunes es mal procedimiento. Cada una tiene caracteres propios, si bien todas tienen algunos semejantes. Eso es lo que vamos a ver en las páginas de *Póker de espanto en el Caribe*.

Antes, sin embargo, de entrar en materia, el autor quiere aclarar un punto y referirse a un aspecto desdichado de las tiranías caribes que ha querido expresamente dejar para el final de esta introducción. El punto se relaciona con el orden de tratamiento de las tiranías. Pudiera parecer que si el autor comienza por exponer el caso dominicano se debe a chauvinismo. No es así. Si en el estudio de las tiranías que se expone en este libro aparece en primer lugar la de Rafael Leonidas Trujillo, ello se debe a que es la más antigua de las cuatro. En el orden de su aparición le siguen las de Somoza, Pérez Jiménez y Batista; en ese orden serán estudiadas.

El aspecto desdichado de esos regímenes a que se ha aludido es el de la propaganda contra sus adversarios. Pocas veces en la historia se ha visto conjunción más repugnante que la que han organizado las tiranías del Caribe para distribuir la infamia. Se trata de una maquinaria tan bien montada que a menudo ha llegado a impresionar a gentes de buena fe. Servida por expertos en la materia, en ocasiones por periodistas conocidos, por diplomáticos corrompidos o por políticos venales, esa maquinaria mueve una propaganda fétida en los lugares más remotos. Agentes de publicidad en Estados Unidos, ex presidentes en la América Latina, banqueros en Europa, gánsters de pluma y de la radio en todas partes, abogados de gran renombre y de ningún escrúpulo sirven a sus fines, todos ellos, desde luego, movidos por el oro de las tiranías o por estímulos personales de otro tipo, como la rivalidad política, el resentimiento literario o simplemente el odio.

Se trata de algo tan espantosamente sucio que sólo referirse a ello en detalle mancha la conciencia. Todos los sistemas de la denigración son usados. A veces se ordena a un periodista norteamericano que transmita por cable una noticia falsa; sobre ella se acumulan otras falsedades, procedentes de otros lugares, y se le devuelve a su punto de origen convertida en todo un cúmulo de acusaciones de la más baja ralea; entonces se toma ese montón de calumnias y asquerosidades y se publica en la prensa nacional.

De esa manera la infamia aparece a los ojos del pueblo prestigiada por su origen extranjero. A veces se ordena la fabricación de documentación falsa y se distribuye concienzudamente por todos los ámbitos; o se hacen imprimir hojas sueltas en que compañeros de lucha y hasta de partido político aparecen injuriándose entre sí, y se envían a todos los puntos claves de la sensibilidad nacional e internacional; a veces se ordena a los diplomáticos de una, de varias o de todas esas tiranías que hagan circular en determinados medios tal rumor en perjuicio de personas o de instituciones.

Nada escapa a esa campaña; el honor familiar, el buen nombre de la anciana madre de un luchador, el sentimiento religioso de un líder; todo es manchado, enlodado, perseguido y denigrado. La lectura de la prensa usada por los tiranos de la República Dominicana, de Nicaragua, de Venezuela y Cuba resulta repugnante, y nada servirá mejor en el porvenir para juzgarlos que esa prensa, verdadero almacén de la vileza.

Es frecuente que en la redacción de un periódico de tendencias democráticas —y recordamos que sólo los hay en Nicaragua y en Cuba, porque en Santo Domingo la prensa es en su totalidad propiedad de Trujillo, o está sometida a él, y en Venezuela se halla bajo censura— haya un periodista al servicio de esa maquinaria de infamias; y en un momento dado, cuando el director no puede, por alguna razón, evitarlo, aparece en sus páginas uno de esos ataques. Es frecuente también que en la casa de gobierno de un país democrático haya uno o dos funcionarios que diseminan rumores bien pagados por uno de los tiranos. No hay vicio, debilidad o crimen que no se les impute a los dirigentes de oposición; y la acusación se repite incesantemente, aquí y allá, en voz baja o en la prensa vendida; se envía a los cuerpos de policía, a las bibliotecas, a las cancillerías extranjeras. No hay medida para la calumnia; cuanto más espantosa, más útil.

Ésa es una característica feminoide. El hombre completo no denigra, no falsea, no miente para beneficiarse o para perjudi-

car a otros. Se argüirá que aun los regímenes democráticos más fuertes usan de la propaganda extraviada contra sus adversarios en casos de guerra. Pero es de tomar en cuenta que en las guerras juega un papel muy importante el sentimiento nacional, mientras que las tiranías asestan sus heridas precisamente al orgullo nacional cuando denigran a un líder, a un grupo o a un mártir de sus pueblos.

En *Póker de espanto en el Caribe* no se contestará al descrédito con el descrédito, ni desde luego a la calumnia con la calumnia. Pues lo que pretende este libro no es hacer propaganda política ni difamar a los tiranos. Ellos se han difamado solos. Lo que se pretende con él es exponer honestamente los orígenes de esas tiranías, las causas que las sostienen y su manera de actuar. En pocas palabras, *Póker de espanto en el Caribe* aspira a ser una contribución seria al estudio de los males políticos que agobian a los pueblos de esa zona.

Tal vez ese estudio sea útil a otros pueblos de América ayudándoles a evitar que en sus países se reproduzcan las enfermedades que tan siniestros frutos han dado en las riberas del mar de las Antillas.

RAFAEL LEONIDAS TRUJILLO, LA CARTA DOMINICANA

I

El 16 de mayo de 1916 fuerzas de la Infantería de Marina de los Estados Unidos desembarcaron en las cercanías de Santo Domingo de Guzmán, la capital de la República Dominicana. Ese día comenzó una intervención militar llamada a durar ocho años y a trastocar profundamente el curso de los acontecimientos históricos en aquel país.

Era la tercera vez, desde que los dominicanos se declararon independientes de España y parte integrante de la Gran Colombia, en diciembre de 1821, que un poder extranjero se adueñaba militarmente del país. Primero lo hizo la vecina República de Haití, cuyos ejércitos fueron expulsados en 1844, si bien la guerra a que dio lugar esa expulsión duró hasta el 1855; después España, en 1861. Los españoles abandonaron su presa en 1865, tras una lucha sangrienta, que duró dos años. Pero ni haitianos ni españoles, aunque cueste creerlo, causaron en la historia dominicana una perturbación de tan graves caracteres como la que originó la ocupación militar estadounidense.

La República Dominicana ocupa exactamente las dos terceras partes de la isla llamada hoy Hispaniola, bautizada por Colón La Española y conocida indistintamente, entre los siglos XVII y XIX, como Haití, Saint Domingue o Santo Domingo. Esa isla está situada entre la de Cuba, al oeste, y la de Puerto Rico, al este, y es la segunda de las Antillas en tamaño. La comparten dos repúblicas de origen, historia y lengua distintos, la de Haití y la Dominicana

o de Santo Domingo. La República de Haití se halla en la parte occidental, esto es, mirando hacia Cuba; la Dominicana, en la porción oriental, es decir, mirando a Puerto Rico. La isla tiene una historia de intenso dramatismo y es muy importante en el panorama general del Caribe, pues fue el asiento de la conquista en los albores del Descubrimiento y el nido de los piratas de la zona entre los siglos XVI y XVIII. Entre 1915 y 1916 toda la isla fue ocupada por Norteamérica, la sección haitiana primero y su vecina después. Los dos países iban desarrollando lentamente, y entre conmociones, su personalidad nacional, buscando su camino a tropezones —como lo buscó y lo halló México, sin necesidad de tutelaje militar extranjero— cuando fueron intervenidos por Estados Unidos.

Pero vamos a referirnos al caso dominicano. Hubo razones para que el gobierno de Woodrow Wilson ordenara la intervención, si bien ninguna, desde luego, que tomara en cuenta a los dominicanos; y se buscaron y hallaron los pretextos de rigor, tales como “inseguridad de los intereses extranjeros debido a desórdenes revolucionarios” o “incumplimiento de acuerdos internacionales”. La realidad es que hacía tiempo que Washington había vuelto sus ojos al Caribe y había resuelto manejar como propio ese Mediterráneo del hemisferio.

Desde fines del siglo XIX los Estados Unidos habían adoptado la política de derramar su poderío en el Caribe, y habían comenzado por intervenir en la guerra hispano-cubana, a consecuencia de la cual ocuparon Cuba temporalmente y Puerto Rico para siempre. Después siguieron las intervenciones en Panamá, en Cuba de nuevo, en Nicaragua, en Haití, en Santo Domingo, en México, en Nicaragua otra vez. Se acudía a cualquier argumento para justificar los desembarcos de tropas; se ofrecían empréstitos gubernamentales, y para obtenerlos, los gobiernos del Caribe, siempre pobres en esa época, accedían a firmar convenios que autorizaban la ocupación de sus territorios. Esa política había sido adoptada en Washington con dos fines simultáneos: la

defensa de la Unión en caso de guerra, y el control de una zona rica en materias primas y en mano de obra barata.

En la ocupación de la República Dominicana fueron decisivos los intereses azucareros que deseaban competir con los ya establecidos en Cuba y en Puerto Rico, y tuvieron importancia los de política internacional, visto que los Estados Unidos se preparaban a participar en la Guerra Mundial de 1914 y se temía que el gobierno dominicano pudiera favorecer los planes de los imperios centrales, ya que en él tenía gran preponderancia un hijo del presidente Jiménez que se había educado en Alemania.

Inmediatamente después de haber completado la ocupación militar, las fuerzas invasoras pasaron a licenciar los ejércitos nacionales, a desarmar meticulosamente al pueblo y a legislar en materia de tierras en el sentido de facilitar la adquisición de grandes extensiones por parte de las empresas azucareras norteamericanas que iban estableciéndose o estaban ya establecidas. Para lograr esos fines se adoptaron métodos que los dominicanos por sí mismos jamás habrían sospechado. Se trató de una de las páginas más negras en la historia de las intervenciones de una gran potencia en la vida de Estados pequeños y débiles. A fin de que los campesinos abandonaran sus fundos o los lugares en que vivían aunque no fueran suyos —situación que era habitual en la República Dominicana de esos años—, algunos administradores de ingenios fueron autorizados a poner en acción un tipo de bandolerismo que no se conocía en el país. La acción de los bandoleros abrió un camino para que por él entraran hombres de gran calidad humana que se dedicaron a combatir a los soldados invasores con las escasas armas que pudieron reunir, pues el abuso de autoridad que ponían en práctica los jefes y los soldados norteamericanos se extendía por días en la región del este, que era donde abundaban los ingenios azucareros, y llenaba de indignación patriótica a los mejores hijos de la patria dominicana, entre los cuales iba a descollar un maestro de escuela llamado Fidel Ferrer.

El país era gobernado bajo la ley marcial como si se tratara de un territorio ocupado por un ejército enemigo. Oficiales de la Infantería de Marina norteamericana, mayores, capitanes y hasta tenientes se hacían cargo de la administración pública con categoría de ministros. Las órdenes militares tenían caracteres de leyes, y el bandolerismo resultó un magnífico pretexto para toda exacción. En los primeros tiempos consistió en bandas armadas que cobraban su soldada en las administraciones de los ingenios, y su papel era destruir pequeños comercios aislados, aterrorizar a las familias campesinas mediante el asesinato y el fuego. Las empresas azucareras querían ser únicas dueñas del comercio en sus tierras, manejar a su antojo las vías de comunicación y los puertos, importar braceros de las Antillas inglesas y de Haití, inmigrantes de bajo nivel de vida que trabajaban por bajo jornal. Las cuadrillas de bandoleros no debían acercarse a las propiedades de los centrales para no asustar a esos jornaleros y para no entorpecer el comercio. A los jornaleros se les pagaba con vales que sólo podían canjear por mercancías en las tiendas de los centrales.

Las familias campesinas dueñas de pequeñas propiedades las vendían por lo que los dueños de los ingenios quisieran pagarles pero en muchos casos huían despavoridas hacia los centros urbanos o hacia otras regiones, y las tierras de los ingenios iban creciendo. La nueva Ley de Tierras concedía posesión legal con la presentación de planos catastrales y audiencia pública de los reclamantes, y hubo abogados que se hicieron ricos manipulando la documentación que exigía esa ley. Claro, los perjudicados no asistían a juicios o habían muerto a manos de los bandoleros, o no se enteraban de las citaciones porque a menudo estaban huyendo por los antros de las montañas.

Pero las autoridades de ocupación no podían aparecer como amparadoras de tal estado de cosas, y en consecuencia crearon una fuerza constabularia con uniforme, métodos y armas similares a los suyos. Esa tropa, formada por dominicanos, servía bajo el pabellón de Estados Unidos. En ella ingresó el joven

Rafael Leonidas Trujillo, valiéndose de un tío suyo que servía como secretario de un funcionario norteamericano, un juez militar o *provost marshall*.

La misión de los constabularios era combatir a los bandidos, que el pueblo conocía con el calificativo de gavilleros. En realidad, lo que había eran escaramuzas con algún que otro herido pues de ninguna manera convenía que desapareciera el gavillerismo. Su existencia servía no sólo para beneficiar a los azucareros sino también para justificar a los ojos del mundo la intervención armada, pues había sucedido que el pueblo dominicano se había puesto en pie de lucha contra la ocupación militar extranjera y había despachado a varios países de América —incluso a los Estados Unidos— comisiones de hombres prestigiosos que iban denunciando por donde pasaban el atropello de que había sido víctima su patria.

Por entonces el azúcar cobraba precios fabulosos y en Washington se pensaba que las llanuras del sureste dominicano, situadas en las cercanías de buenos puertos naturales, estaban llamadas a ser una fuente inagotable de dólares, y el resultado de ese criterio fue planear la ocupación militar largos años, y había que darle aspecto legal a su prolongación para lo cual se contrató —¡con los oficiales de su propia Infantería de Marina actuando a nombre del pueblo dominicano!— otro empréstito que justificara la permanencia de las fuerzas ocupantes mientras no se pagara esa deuda acumulada a la anterior; pero los acontecimientos desbordan a menudo los mejores planes, y en ese caso los desbordaron por varios lados. El gavillerismo acabó siendo una fuerza en sí misma y ya amenazaba a sus creadores; era necesario, pues, exterminarlo, y la ejecución del exterminio llevó a muchos gavilleros a integrarse en las filas de los patriotas y de hecho se produjo una pequeña guerra en la cual el invasor, ayudado por la fuerza constabularia, puso en ejecución una política de tierra arrasada con la cual se llegó a extremos incalificables, como la quemadura con hierros calentados al rojo del vientre de domini-

canos que luchaban por la independencia de su patria. Los crímenes del poder ocupante llegaron a ser tan monstruosos que promovieron escándalo hasta en los círculos oficiales de Estados Unidos; y como al mismo tiempo comenzó la crisis de 1920-1921 que llevó el precio del azúcar de más de 20 dólares el quintal a menos de uno, comenzaron a producirse en Washington planes para la desocupación del pequeño país antillano: el Plan Harding, el Plan Hughes-Peynado. Tesoneramente, el pueblo dominicano reclamaba su libertad, y por fin, la desocupación del país se acordó para ser realizada después que un gobierno provisorio de dos años —que fue establecido en 1922— celebrara elecciones que tendrían lugar en 1924.

Los jefes de los partidos políticos —de ellos, en realidad, sólo dos eran importantes desde el punto de vista cuantitativo— se comprometieron a respetar la legislación de los ocupantes, lo juzgado en materia de tierras, los empréstitos hechos durante la intervención. Los tributos de aduanas seguirían siendo cobrados por representantes del gobierno norteamericano mientras no quedaran cancelados los empréstitos tomados. En situación, pues, de *capita diminutio*, el gobierno dominicano encabezado por Horacio Vásquez tomó el poder el 12 de julio de 1924.

Ese día embarcaron las últimas fuerzas de ocupación. De un extremo al otro del país el pueblo festejó su vuelta a la libertad. Ignoraba que esos soldados que se alejaban dejaban en su seno a sus continuadores, llamados a ser más crueles, más voraces, peores enemigos que ellos mismos. Allí quedaban la tropa y los oficiales criollos que habían jurado fidelidad a la bandera de las barras y las estrellas. Entre éstos se hallaba Rafael Leonidas Trujillo, en posición destacada como jefe de una de las dos zonas militares del país.

Pero los norteamericanos no habían dejado sólo ese puñal clavado en el corazón de la República; a su ida quedaba, además, un pueblo cuyo ritmo interior de vida había sido roto sin que se le sustituyera con otro, y un Estado pobre encadenado por una deuda mayor de la que podía sufrir, con una obligación afrentosa.

El pueblo dominicano no había tenido tiempo ni fuerzas para crear instituciones públicas o políticas que le permitieran pasar de un salto de la anarquía a la democracia, y su único instrumento de lucha contra los aspirantes a tiranizarlo eran las armas; las autoridades de ocupación lo dejaron absolutamente desarmado, y, por tanto, inerme en manos de una maquinaria militar —la fuerza constabularia— que no podía tener moral patriótica porque sus oficiales habían comenzado por jurar obediencia al poder invasor de su propio país.

En la historia de Santo Domingo apenas se conocía el político venal, el que usara su cargo para enriquecerse; y los oficiales de la Infantería de Marina que sirvieron puestos de jefes en la administración pública dieron a los políticos nacionales una lección de cómo enriquecerse en el poder. Los mandos interventores adiestraron a la fuerza constabularia en actos de crueldad desconocidos hasta entonces, y como no escondían su desprecio por los dominicanos, desde los más humildes hasta los más destacados, dejaron formada en la conciencia de la oficialidad criolla la convicción de que el pueblo dominicano, mestizo e ignorante, debía ser tratado como si estuviera formado todo él por forajidos como los que cobraban dinero de los azucareros para asesinar a sus compatriotas. Esta lección iba a ser asimilada en su totalidad por la mayoría de los nuevos oficiales, y sobre todo por Rafael Leonidas Trujillo.

Por último, la economía del país quedaba desorganizada. Hasta la llegada de los invasores Santo Domingo había sido productor agrícola con mercado de venta y compra en Europa; a partir de la ocupación fue pasando a ser productor, además, de azúcar, con mercado de venta siempre en Europa, pero con el de compra en Estados Unidos. La ocupación no dejó medidas de tipo económico beneficiosas, y ni siquiera un plan para el desarrollo del país. Los infantes de marina habían gobernado *manu militari* durante ocho años, y se iban diciendo: “Ahí queda eso”.

II

Ahora bien, no toda la culpa de los males que provocó o aumentó esa ocupación fue norteamericana. El país políticamente débil, desordenado, arrastraba pecados imperdonables desde los días de la Conquista, y sus directores no habían sido capaces de hacer de él un pueblo libre de la miseria, de la ignorancia y de las pasiones. Los antiguos vicios coloniales proliferaban allí. No había clase media ni propiamente clase obrera; escaseaban las comunicaciones y las escuelas, se vivía arma al hombro, derrocando gobiernos, y a la llegada de los invasores la población se dividía en dos partidos personalistas que se odiaban a muerte.

El jefe de uno de esos partidos era presidente de la República al producirse la ocupación y murió en el destierro pocos años después. El jefe del partido opuesto resultó electo en los comicios que se convocaron bajo el poder militar ocupante. De hecho, pues, al retirarse los infantes de marina el país seguía como ellos lo hallaron en el orden político: dividido entre “jimenistas” y “horacistas”, o más propiamente, como los llamaba el pueblo, entre “bolos” y “coludos”. Al terminar la ocupación norteamericana el presidente de la República era un “coludo” y el jefe de las fuerzas constabularias, un “bolo”. Rafael Leonidas Trujillo provenía de familia “coluda” y además tenía fama, entre la oficialidad yanqui, de ser muy eficiente en su cargo militar; no resulta extraño, pues, que poco después de haber terminado la ocupación pasara a ser jefe de las fuerzas armadas del país.

La situación que se planteaba al nuevo gobierno era absolutamente nueva en la historia nacional desde cierto punto de vista; y era ésta: hasta entonces los partidos políticos estaban compuestos por ciudadanos que guardaban sus armas en sus hogares y las usaban cuando los adversarios querían derrocar al gobernante de su color. A partir de tal momento sólo tenía armas el ejército, de manera que desde el ángulo de la tradición política del país el ejército quedaba consagrado como la fuerza decisiva. Para

compensar esa ausencia de poder real se hacía necesario darle al gobierno otra arma, y en la enseñanza de la ocupación se halló tal arma: era la corrupción, el negocio oculto, el cargo bien remunerado. Con todo, como el presidente Vásquez, aunque incapaz, tenía prestigio ganado en más de veinticinco años de luchas y no podía ser acusado él mismo de venal, y como además la situación económica fue mejorando entre 1924 y 1929, el gobierno pudo desenvolverse en buenos términos democráticos.

Bajo la jefatura de Trujillo el ejército —entonces todavía llamado Policía Nacional— fue una organización eficaz, que se mantenía en los cuarteles, no se inmiscuía en política y respetaba a la ciudadanía. Su evidente eficiencia le permitió a Trujillo obtener el favor presidencial y en cierta medida el respeto público, puesto que el pueblo no recibía daño alguno del soldado; al favor de ambas cosas Trujillo fue convirtiéndose en el amo de las fuerzas armadas, a cuyos hombres premiaba con mejores cargos o castigaba haciéndolos destituir por el gobernante. En esas actividades procedió con suma cautela, al extremo de que cuando emergió ya como un poder casi inamovible, en los últimos tiempos del gobierno de Vásquez, era en realidad dueño sin disputa de la fuerza armada del país.

Se ha dicho muchas veces que Trujillo fue impuesto desde Washington. No es cierto. La ocupación militar norteamericana creó las condiciones adecuadas para que él acabara convirtiéndose en quien es, pero la Secretaría de Estado no favoreció su ascenso a la presidencia; antes bien, trató de evitarlo. Siendo, como era, de familia no bien querida, Trujillo no habría podido sobresalir en el ambiente dominicano más que como guerrero, escritor u orador, y él no tenía dotes para ninguna de esas profesiones. Todavía en 1924 no se concebía en la República Dominicana que pudiera llegar a un alto cargo alguien que no procediendo de familia distinguida no se hubiera destacado como orador, como escritor o como guerrero. Las dotes de Rafael Leonidas Trujillo requerían una atmósfera estable en

la que él ascendiera poco a poco, valiéndose de ellas, pues esas dotes eran de trabajador, de organizador y de extraordinario intrigante. Hasta la ocupación militar no hubo, de hecho, en el país, tal organización estable. Para Trujillo, ésa fue la fuerza constabularia.

En la lucha que no tardaría en entablarse, el favorito de Washington no era Trujillo. Hay constancia de que la alta oficialidad de la Infantería de Marina destacada en Haití trató de que Trujillo no se propusiera ser presidente de la República; Washington se negó durante bastante tiempo a darle apoyo a su gobierno. Sería deshonesto no admitir que en esa ocasión, como lo haría después en alguna otra, Trujillo desoyó a la cancillería del Potomac e impuso su voluntad sin tomarla en cuenta. Pero por el momento estamos adelantándonos a los hechos.

El presidente Vásquez había sido elegido por cuatro años, de manera que debía abandonar el poder en 1928. La Constitución prohibía la reelección. Los círculos políticos del “horacismo”, o “coludos”, convencieron al anciano caudillo de que debía prolongar su gobierno durante dos años más y debía a la vez contratar un nuevo empréstito en los Estados Unidos. El fin del empréstito era comprar la voluntad de los grupos opuestos a la prolongación. Hubo prolongación, con expresa prohibición de reelecciones. Pero al acercarse el nuevo término presidencial el partido gobernante desempolvó una vieja Constitución y mediante argucias legales se lanzó a la reelección. Se supo después que Trujillo convenció al presidente de que lo hiciera porque contaba con el apoyo de las tropas. Ése fue un hábil golpe de Trujillo, puesto que al aceptar la propuesta el jefe del “horacismo” perdía su popularidad, que se había labrado en largos años de lucha, precisamente contra la reelección de otros gobernantes.

La crisis política se produjo a compás con la crisis económica mundial que había estallado a fines de 1929. En todo el mundo se recuerda todavía esa caída del sistema capitalista, que redujo a la nada, en pocas horas, fortunas colosales, lanzó de sus em-

pleos a millones de trabajadores, paralizó fábricas, hizo bajar de golpe el precio de los productos, forzó el cierre de comercios y lanzó al hambre a enormes masas en las más opuestas regiones. Esa especie de cataclismo económico y social conmovió a toda América y tuvo consecuencias políticas, ya expuestas en la Introducción de este libro, a lo largo de todo el continente y desde luego en la hoya del Caribe. En la República Dominicana tuvo repercusiones graves, más graves todavía por cuanto coincidía con una situación política como la que venimos describiendo.

El obstáculo que tenía por delante Rafael Leonidas Trujillo para saltar de la jefatura militar a la presidencia de la República era la popularidad de Horacio Vásquez; él mismo había contribuido a minarla incitándole a una reelección que el pueblo no quería. La crisis económica completó la obra del futuro tirano. Así pues, en febrero de 1930 se produjo el movimiento revolucionario llamado a derrocar al “horacismo”. Trujillo se negó a sacar los soldados a la calle; y cuando el anciano presidente Vásquez le preguntó, en el patio del cuartel en que fue a refugiarse, quién mandaba allí, el jefe militar le contestó con la mayor sangre fría: “Usted, presidente”.

Don Horacio Vásquez ignoraba en tal momento que de los propios almacenes militares habían salido las armas que manejaban los revolucionarios, y que era Trujillo quien las había entregado, cuidándose de que las dotaciones de cartuchos no alcanzaran a hacer de los jefes de la revuelta competidores suyos. Los jefes civiles encabezaron la acción creyendo que en el curso de los acontecimientos acabarían imponiéndosele a Trujillo, pero no tomaron en cuenta que se hallaban frente a un intrigante extraordinario.

Tan hábilmente había actuado Trujillo que ninguno de los miles de hombres que acudieron a derrocar al gobierno, y muy contados de los que tuvieron mando, supieron cuál había sido su participación real en el movimiento. La llamada Revolución de 1930 fue, pues, la obra maestra de un gran simulador que enga-

ñó a los jefes políticos del movimiento, al extremo de que éstos jamás pensaron que el gran simulador estaba preparándose para convertirse en uno de los tiranos más completos de la historia americana.

La candidatura presidencial de Trujillo se preparó y se lanzó sin demora, sobre la base de una confederación de partidos. La oposición se retiró por ausencia de garantías. El periodo electoral se caracterizó por la violencia. El ejército había salido a la calle a intervenir en política a favor de su jefe. La crisis económica se agravaba por días. El pueblo estaba confundido y a la vez enardecido. Pero gran número de políticos de buena fe, y de hombres que no actuaban en política, creían que si Trujillo había dado pruebas de energía y de don organizador en el ejército, las ofrecería también en el gobierno.

Además, ya no era posible dar marcha atrás. Durante muchos años el país había girado en torno a dos grandes partidos caudillistas; el caudillo de uno de ellos había muerto, el del otro acababa de ser derrocado y se hallaba en el destierro. Los productos de exportación —azúcar, café, cueros, maderas, tabaco— no tenían ni precio ni demanda. Los males se acumulaban sobre la desventurada tierra dominicana. Era el resultado conjunto de la crisis mundial y de la política caudillista, misma que había abierto las puertas a la intervención militar extranjera manteniendo dividida a la familia nacional en bandos irreconciliables y que llevaba a los líderes a actuar por razón de ese odio más que por interés patriótico.

De tal caos salió electo presidente de la República Dominicana Rafael Leonidas Trujillo. Tomó posesión del cargo el 16 de agosto de 1930. Ese mismo día un senador, uno de los políticos honestos a quienes los males del caudillaje condujeron al lado del nuevo gobernante, volvió a su casa, reunió a sus hijos, y con lágrimas en los ojos les dijo que comenzaba para el país una época indescriptible. Había oído a Trujillo decir, en reunión de líderes, media hora después de haber tomado posesión de su

cargo, una vulgaridad de tal naturaleza que es imposible reproducirla por escrito.

Aquel senador murió años después en el destierro. Está enterrado en Caracas. Fue uno de los pocos que vio con claridad en el fondo del alma de Trujillo. Pues la tiranía que éste iba a implantar se destacaría entre todas las de la historia americana por su vulgaridad. El título que mejor habrá de definir con el tiempo a Trujillo entre sus cofrades del Caribe será el de *El tirano vulgar*.

Ahora bien, este Rafael Leonidas Trujillo, ¿de dónde salió? ¿Cuáles son las raíces de su psicología, el origen de su sed de más poder, de más riquezas, de más honores; su capacidad de odiar, la necesidad de tener a su alrededor cada vez mayor servilismo, más sumisión; su incapacidad para tolerar la existencia de un alma libre cerca de sí, su odio a quien quiera que se distinga sin su ayuda, su afán de calumniar, rebajar, enlodar reputaciones?

Es curioso que así como él habría de ser, políticamente, el producto de la intervención militar norteamericana, como ser humano lo fue de la ocupación española de 1861 y de la haitiana de 1822. El segundo apellido materno de Trujillo es Chevalier, y proviene de Haití. Lo llevó a Santo Domingo Diyeta Chevalier, a quien sus conocidos llamaban *Mamá Diyeta*. Algunos adversarios de Trujillo han dicho que nació esclava, pero eso no es probable porque la esclavitud había sido abolida en Haití desde el año 1801, y *Mamá Diyeta* debió nacer después de esa época.

Los que la conocieron en su ancianidad afirman que era una buena señora y que todavía en sus últimos años hablaba con marcado acento haitiano. La región de San Cristóbal, donde habría de nacer Trujillo —zona muy fértil a escasa distancia de la capital del país—, fue poblada sobre todo por haitianos, y debido a esa razón es difícil saber si *Mamá Diyeta* tenía el acento de su patria porque llegó a la región de bastante edad o si llegó niña y lo mantuvo debido a que los vecinos de la zona hablaban entre sí el *patois* de Haití. De todos modos, *Mamá Diyeta* no se habría

establecido definitivamente en la parte dominicana si ésta no hubiera sido ocupada por sus compatriotas.

La parte que le toca a la ocupación española de 1861 en el nacimiento de Rafael Leonidas Trujillo es más directa, puesto que el abuelo paterno del futuro tirano, José Trujillo Monagas, llegó al país con el ejército real de Isabel II, en la sección de Sanidad Militar. Este José Trujillo Monagas iba a destacarse más tarde en Cuba como policía, y sin duda de él heredó el nieto muchas características temperamentales. Trujillo Monagas abandonó el territorio dominicano en 1865, al retirarse hacia Cuba las fuerzas españolas, pero dejó en el país un hijo, cuya madre, Silveria Valdez, fue mujer muy activa, resuelta, audaz y de inclinaciones políticas, dado que por lo menos una vez su actuación política le valió el destierro. Abandonada por el padre de su hijo, que contrajo matrimonio en Cuba, la señora Valdez estableció un hotel rural en que albergaba a las familias acomodadas de la capital que veraneaban en el lugar y a los que hacían el viaje de la capital hacia el sur de la República.

El pequeño Rafael Leonidas fue el primero de sus nietos, y el ambiente en que nació ese niño, operando sobre un temperamento peligrosamente sensible a ciertos estímulos, originó esa alma tenebrosa con que al andar de los años iba a mostrarse al mundo. Pues en la República Dominicana de aquella época la población estaba dividida entre gente “de primera” y gente “de segunda”, rezago de la organización colonial; y si bien esa división perdura aún, ya no es tan categórica ni humillante como lo era medio siglo atrás. Oficios como el de regentear un hotel, sobre todo rural, no eran para el primer grupo; y los del segundo no tenían derecho a entrar en los cerrados círculos de los “de primera”. Eso ocurría en todo el país, por pequeña que fuera la población.

Trujillo sintió desde niño el desprecio de la gente “de primera” que se hospedaba en el hotel familiar; al andar del tiempo, siendo ya jefe de la Policía Nacional, trataría de cambiar su estado social

solicitando que se le admitiera como socio en el club más selecto del país. Se le negó la entrada, por la simple razón de que había nacido “de segunda”. De manera que a lo largo de los años le perseguía el estigma de haber nacido en un círculo despreciado. Su odio a los “de primera” pudo haberse adormecido de haber logrado acceso al Club Unión; pero no lo obtuvo, a pesar de que era ya un personaje con poder en las manos. Dada su psicología de resentido, se explica que al erigirse tirano destruyera ese Club Unión y lo sustituyera con uno que lleva su nombre; y dado su temperamento se explica que su odio creciera en vez de disminuir, así como dada su incultura se explica que midiera con ese odio a todo el que estuviera por encima del común.

Es claro que de no haber tenido Trujillo un concepto tan egolátrico de la función política y tan primitivo del poder público, su reacción debió haber sido barrer esas desigualdades sin base, que sólo sirven para alimentar vicios sociales. Pero su afán era ascender rebajando a los demás y vengarse, no enmendar males antiguos.

En la atmósfera dominicana en que creció Trujillo era casi un delito no nacer “de primera”, pero lo era también ser pobre. El afán de enriquecimiento de Rafael Leonidas apareció tan temprano y fue tan intenso, que cuando, siendo casi un niño todavía, le obsequiaron una yegua, la bautizó con el nombre de “Papeleta”, y “papeleta” era, y es aún, el nombre que da el pueblo a los billetes de banco. Trujillo era muy mozo cuando tuvo una hija en su primer matrimonio; esa niña recibió de su padre el nombre de Flor de Oro.

Oro y su equivalente, billetes de banco, eran en él una obsesión desde su infancia. Con los años Trujillo aprendió el valor de las riquezas y su utilidad para sobreponerse a los que le despreciaban por su origen; y en una psicología como la suya, trabajada por la soberbia ofendida, el deseo de tener riquezas fue haciéndose cada vez mayor, y creció cuando vio que desde el poder podía satisfacerlo con relativa facilidad y casi sin límites.

Ahora bien, Trujillo tardó años en destacarse. Desempeñó trabajos más o menos humildes, y él tenía conciencia de que era capaz y constante. Esto, unido a lo ya descrito y a su ambición de dinero sin que viera cómo había de cumplirla, creó en él un complejo de inferioridad de tal profundidad que de él sólo podía salir denigrando a los otros, afirmándose a sí mismo que eran indignos, o ladrones o viles. Desde luego, ahí entraba en juego la vulgaridad de su alma, tan notable desde sus primeros años que sus amigos de entonces recuerdan todavía la facilidad con que insultaba, como un jayán, a damas y ancianos cuando creía que obstaculizaban alguno de sus propósitos. Esa vulgaridad la trajo él a la vida, pero sin duda hubiera podido ser enmendada en un ambiente que no le hubiera ofendido en su dignidad humana. Para su mal y el de su país, sus jefes norteamericanos en la fuerza constabularia no le enseñaron a respetar la virtud, sino que fueron para él maestros en el desprecio a los dominicanos.

Explicamos esta formación de Trujillo para que se aprecie cómo el medio en que él se produjo ayudó a formarle tal como es hoy. Una crisis nacional, provocada en gran parte por la inexorable política exterior de los Estados Unidos, le permitió llegar al poder; eso es cierto. Pero no lo es menos que su psicología es un fruto natural de males sociales de su pueblo. Un tirano no cae del cielo; sale de las entrañas de su gente, se nutre con los vicios del país en que se forma. Y como esos vicios son comunes a toda su generación, se explica que en ella encuentre servidores, porque habría muchos como él.

He dicho en otro libro que ningún grande hombre es superior a su pueblo. Ello es así sobre todo en política, porque el grande hombre recibe desde la infancia, en su hogar, en los de sus vecinos, en la escuela y hasta de los criados, la esencia del ambiente que le rodea. Además, de ser él superior a su medio no podría mover a sus congéneres para crear obras. Veamos el caso de José Martí, ese astro sin par en la historia americana: ¿Cómo habría podido José Martí conmover el alma cubana de haberse

él expresado en una lengua que los cubanos no hubieran entendido; cómo habría podido tocar el corazón de sus compatriotas hablándoles de libertad, de dignidad, de justicia y de bondad, si no hubiera habido en ellos un singular aprecio por la libertad, por la dignidad, por la justicia y por la bondad?

El héroe es siempre una síntesis carnal de lo mejor de su pueblo. Pero en la misma medida el villano lo es de lo peor; él aglutina junto a sí todas las maldades, todas las podredumbres, toda la bajeza que hay a su alrededor. Desgraciadamente para la República Dominicana, Trujillo resultó una encarnación abrumadoramente perfecta de los vicios nacionales en una alma de fortaleza demoniaca. Por desgracia, también, las debilidades políticas del país y la política imperialista de los Estados Unidos se conjugaron con una gran Guerra Mundial dando por resultado la ocupación militar norteamericana de Santo Domingo, justo a tiempo para que esa encarnación de los vicios dominicanos pudiera prosperar y llegar a la cima del poder político en el país.

Nótese que ciertas características de Trujillo no las tiene Somoza, lo que se debe a que éste se crió en otro ambiente. Aunque en Nicaragua había también —y la hay todavía— esa división entre familias distinguidas y las que no lo eran, la de Somoza entraba en el primer círculo, dado que su padre había sido varias veces senador y disponía de algunos bienes para enviarle a estudiar. Somoza puede tener, y los tiene, odios políticos, pero hasta tanto un adversario amenaza su poder; cuando deja de amenazarlo deja de odiarlo, y puede tratarlo como a amigo. El tirano de Nicaragua no tiene el tipo de odio personal, constante y activo, de Trujillo. Somoza hace propaganda calumniosa contra sus enemigos, pero no siente la necesidad de vivir denigrando a los demás. Somoza no padece los complejos de inferioridad de Trujillo, porque el ambiente en que creció no fue propicio a que se le formaran.

Trujillo denigra, insulta y calumnia sin tregua a sus enemigos y a sus amigos, y sería incapaz de reaccionar como Somoza en

ciertas situaciones. Por ejemplo, estando Somoza en Washington el presidente Truman fue interrogado por los periodistas, en una de sus habituales conferencias de prensa, en el sentido de si no iba a recibir al gobernante centroamericano. “El señor Somoza no es invitado oficial del gobierno de los Estados Unidos”, respondió Truman, “y por tanto no será recibido en la Casa Blanca”. Ese mismo día Somoza contestaba, también públicamente: “Es cierto que no soy invitado oficial, pero desde luego sería impropio que yo pasara por Washington sin ir a saludar a mi excelente amigo, el presidente Truman”. Reacción cínica, desde luego, pero típica de una alma sin complejos de inferioridad, de la que jamás hubiera sido capaz Trujillo. Puesto en la piel de Somoza, Trujillo se aleja cargado de cólera, espera la llegada al poder de otro presidente norteamericano y se dedica en cuerpo y alma a perseguir a Truman con sus calumnias.

En cuanto a su conformación mental, Rafael Leonidas Trujillo es hombre de inteligencia clara en ciertos aspectos, y de casi ninguna en otros. Carece de capacidad para el matiz, lo cual es causa de que no pueda tener mentalidad política. Apasionado por el dinero, no habría podido sin embargo hacer fortuna de haberse visto en el caso de tener que competir con otros en el campo comercial o industrial.

Sabe a conciencia cuál es el valor del poder, pero no acierta a comprender su significado histórico. Le sucede lo mismo con el dinero. Conoce la utilidad de ambas cosas para sustituir una popularidad que su ausencia de sentido político jamás le otorgará, y usa del poder y del dinero sin límites, pero sin distinguir cuándo y hasta dónde debe usarlos. Su vulgaridad está estrechamente ligada a esa incapacidad para apreciar los límites; y muchos de sus tropiezos —que los ha tenido muy graves— se han originado ahí.

No tiene flexibilidad mental, de donde resulta que sus métodos son monótonamente repetidos un día y otro y un año y otro. Para él los hombres carecen de significación y sólo es importante la función pública; así, él sería incapaz de vivir sin un cargo, cual-

quiera que fuere. Siendo como es el hombre más poderoso en la historia de su país, no tolera la idea de carecer de un cargo, ya sea el de secretario de Estado, ya el de diplomático. Como no tiene don político, no puede sufrir en torno suyo que haya hombres libres. Frente a una situación en la que tenga que utilizar la inteligencia o la flexibilidad pierde la cabeza y arremete como una bestia ciega. Trujillo sabe mandar, pero no puede gobernar.

Al mismo tiempo, caso curioso en un hombre que concibe la función como la definición del individuo, Trujillo puede hacerse cargo de que la función tiene sus propios valores, y que por tanto no debe ser rebajada con actuaciones deshonorosas. La presidencia de la República, por ejemplo, demanda actitudes éticas en quien la desempeña. Pero eso no cuenta para él. Siendo presidente ha dado en forma solemne y pública su palabra infinidad de veces y la ha violado sin el menor escrúpulo. La gran mayoría de los adversarios de Trujillo a quienes él ha ofrecido garantías para vivir en el país, han sido asesinados por su orden expresa más tarde o más temprano; infinidad de declaraciones suyas han sido contradichas horas o días después con los hechos. He aquí dos casos que por su mezquindad son impropios de un gobernante:

Una de las tantas veces en que mi padre fue detenido en respuesta a artículos míos en el exterior, Trujillo recibió numerosas peticiones del extranjero para que lo pusiera en libertad. El tirano contestó personalmente algunos de los cables; y no se asombre el lector de la monstruosidad que va a leer a seguidas, porque es habitual en Santo Domingo. Al presidente del Senado de Cuba le contestó así Trujillo, vía All America Cables: “El señor José Bosch, que es persona sin importancia alguna en la sociedad dominicana, no fue detenido por razones políticas sino porque tenía una casa de prostitución. El ministro español, que le acompañó en todas las diligencias judiciales, no presentó protesta alguna a este gobierno. Presidente Trujillo”.

Ese cable retrata de cuerpo entero a Trujillo y a su régimen. Veamos: para él mi padre no tenía “importancia alguna en la

sociedad dominicana” porque no era funcionario público. Se trataba del padre de uno de los líderes adversarios suyos que es, además, un escritor conocido dentro y fuera del país; pero eso carecía de valor para el tirano. Pocos años después Trujillo haría enmendar la Constitución con el objeto de impedir que el hijo de ese hombre “sin importancia alguna” fuera algún día presidente de la República,¹ y en un acto público su propio ministro de Educación, en un discurso autorizado por Trujillo, dijo que en todo el presente siglo el país sólo había producido dos grandes figuras, una de ellas Trujillo —desde luego— y la otra el hijo de ese “señor José Bosch, que es persona sin importancia alguna en la sociedad dominicana” (aunque el ministro explicó que yo era un desalmado que había dedicado mi capacidad a perturbar el país y a corromper con mi prédica a la juventud mientras Trujillo había sido el constructor de la grandeza patria).

Trujillo no tomaba en cuenta que al lanzar sobre las venerables canas de mi padre una calumnia como ésa de que “tenía casa de prostitución”, y además de hacerlo con su propia firma, deshonoraba su cargo de presidente. Y como carece de capacidad para el matiz afirmaba a seguidas: “El ministro español, que le acompañó en todas las diligencias judiciales...”. Cómo, ¿es que un ministro extranjero acompaña a un nacional de su país en diligencias judiciales cuando éste va preso por delito tan asqueroso como tener una casa de prostitución? En menos de cinco líneas el tirano ponía al desnudo su alma y la entraña de su régimen; calumniaba y se contradecía. Y esas líneas estaban firmadas por él como presidente de la República.

Otro episodio bueno para conocer a Trujillo como es:

Hacia 1951 el ministro de Cuba en la República Dominicana fue llamado por el ministro de Relaciones Exteriores y ya en su despacho éste le comunicó que el presidente deseaba verle.

¹ La Constitución fue enmendada en 1946 para establecer que sólo podían llegar a la presidencia los dominicanos hijos de dominicanos. El único líder adversario de Trujillo hijo de extranjeros es el autor de este libro.

El procedimiento era insólito, pero el representante de Cuba, acompañado por el canciller, se dirigió a las oficinas de Trujillo. Ya ahí, el diplomático cubano fue objeto de una de las escenas más grotescas que se hayan dado jamás entre un gobernante y un diplomático extranjero. Trujillo se lanzó a insultar a Cuba, a su gobierno, a su pueblo y a sus mujeres. El ministro cubano dijo que no podía oír semejante lenguaje y se dispuso a irse; entonces el canciller corrió tras él, lo sujetó y lo obligó a seguir oyendo improprios. Por fin, Trujillo cerró el triste episodio con estas frases, probablemente nunca antes dichas por un presidente: “En Cuba están equivocados conmigo, porque yo soy un macho muy macho”. En cuanto a las palabras que usó para insultar al pueblo, al gobierno, a la prensa y a las mujeres de Cuba, éstas no pueden transcribirse en un libro como éste.

Para dar la verdadera faz de un régimen como el de Trujillo son a menudo más útiles las descripciones de pequeños incidentes que la de los mayores; pues en el caso de los mayores resultan tan increíbles que mucha gente se negaría a aceptarlos como reales.

Por ejemplo, un desterrado dominicano no puede recibir cartas de sus padres, de sus hijos o de sus hermanos; ni escribirles, desde luego, sin que ello equivalga a lanzarlos al presidio o a la muerte. Pero a menudo un desterrado recibe un cable o una carta firmada por familiares o amigos; esas comunicaciones son siempre falsas y tienen por objeto justificar prisiones o atropellos dentro del país, puesto que se publican en la prensa nacional como auténticas. Ningún exiliado puede recibir ayuda económica de los suyos, ni puede enviarla. Contadas veces, y con el fin de causar dolor, se dejan pasar noticias de fallecimientos o de enfermedades graves de algún ser querido. La censura es absoluta, y probablemente la más completa del mundo en toda suerte de comunicaciones.

Desde luego, ningún adversario del régimen es dotado de documentación. Los consulados y las representaciones diplo-

máticas dominicanas se niegan a dar pasaportes a los adversarios de Trujillo; deben, en cambio, tratar de averiguar cuál de ellos trabaja en alguna empresa relacionada comercialmente con Santo Domingo para solicitar su despido a cambio de que la empresa pueda seguir comerciando con el país; debe convencer a la policía del país en que se halla acreditado de que sus compatriotas no trujillistas son delincuentes de la peor especie, y debe distribuir de manera concienzuda y según las instrucciones oficiales que se le mandan, la propaganda que elabora una oficina especializada en inventar “pruebas” infamantes contra esos compatriotas. Cierta encargado de Negocios en Venezuela se negó a hacer esto último en un caso en que a él le constaba que se trataba de calumnias de la peor especie contra un desterrado; Trujillo hizo que lo llamaran a su presencia y él mismo le gritó a voces “traidor y degenerado”. El ex diplomático está ahora en el destierro.

La incapacidad de Trujillo para distinguir matices y su fuerza de odio, que en verdad es abrumadora, le llevan a medir con un mismo rasero a todos sus adversarios, al humilde campesino que logró huir de su persecución, al adolescente que manifestó un desacuerdo con su régimen o al personaje de valía. A todos los aplasta con igual saña; y esa saña no reconoce límites ni materiales ni morales. Veamos algunos casos.

Cierta eminente médico, que había sido rector de la Universidad de Santo Tomás de Aquino —la más antigua de América—, presidente del primer congreso médico dominicano, esposo de una sobrina del ex presidente Vásquez, un ciudadano, en fin, con numerosos títulos para ser querido y distinguido, logró permiso para dejar el país después de haber estado en presidio varias veces por su oposición a Trujillo. No pudo sacar dinero alguno ni vender una sola de sus propiedades; eso no lo ha logrado nadie en la República Dominicana. Se le permitió ir a Alemania, donde no podía ejercer. Pero el galeno se las arregló para volver a América y establecerse en Venezuela, donde reva-

lidó su título y abrió gabinete. Como era una notabilidad en su profesión, tuvo inmediato buen éxito.

Y he aquí que a poco de establecerse, el Ministerio de Relaciones Exteriores de Venezuela recibió una comunicación oficial del gobierno dominicano en que se le notificaba que las autoridades dominicanas habían tenido noticias de que un dominicano se hacía pasar en Venezuela por médico, y que ni en los registros de la Universidad ni en los de la Secretaría de Sanidad figuraba ese señor como médico. Pero sucedía que en el propio Ministerio del Exterior de Venezuela había funcionarios que habían sido tratados por ese médico en Santo Domingo, mientras se hallaban allí, y muchos venezolanos distinguidos, que habían vivido desterrados en la República Dominicana en los días de Gómez, le habían conocido y tratado en Santo Domingo.

La orden para que se enviara esa comunicación partió de Rafael Leonidas Trujillo, no de un subalterno. Siendo presidente de la República, él mandó que una dependencia del Estado, cuyo deber es proteger a sus nacionales donde quiera que se encuentren y ayudarles a desenvolver sus actividades honestas, mintiera de una manera sin ejemplo en la historia. En el caso opuesto un pobre periodista que publicaba una hoja suelta mensual y que él mismo vendía de puerta en puerta, cometió el atrevimiento de llamar la atención de las autoridades sanitarias porque, según las estadísticas, la tuberculosis estaba aumentando en el país. Fue asesinado veinticuatro horas después. En el malhadado sueltecito, muy tímido por cierto, abundaban los elogios a Trujillo; pero eso no le salvó la vida. Un niño de catorce años fue muerto a puñaladas por haber cometido la imprudencia de manifestar ante algunos amigos que vengaría el asesinato de su padre, víctima de la tiranía.

Resulta aparentemente contradictorio que el hombre que actúa como Trujillo, sin límite en nada, sea débil de carácter. En realidad, no hay tal contradicción, puesto que si tuviera dominio sobre sí sabría dónde están los límites de su actividad. En

ocasiones a Trujillo no le importa desafiar a enemigos poderosos; y tal fue lo que hizo cuando él, por su propia mano, dio muerte a un sacerdote norteamericano; ordenó que lo llevaran preso a una de sus fincas y allí le rompió el cráneo a palos. El cadáver fue enviado al domicilio del desdichado, y encontrado esa misma noche —¡qué casualidad!— por el jefe de la policía tendido en la cocina. Se hizo preso a un conocido delincuente a quien se le ordenó declarar que él había dado muerte al sacerdote porque le había hecho proposiciones de homosexualidad; de manera que sobre el crimen se elaboró la deshonra. La víctima fue acusada ante Trujillo de haber enviado al exterior los primeros informes que se dieron sobre la matanza de haitianos, en 1937. El delincuente que se declaró autor del asesinato murió por aplicación de la ley de fuga, antes del juicio, desde luego. Trujillo salió bien del paso, pero se jugó una carta peligrosa, como se la jugó en 1935 y en 1952, las dos ocasiones en que ordenó el asesinato de dos adversarios suyos en el corazón de Nueva York.

Ese hombre, tan audaz para actuar, tiene sin embargo poco carácter. Trujillo es incansable en la destitución de los altos funcionarios de su régimen, secretarios de Estado, embajadores, senadores, diputados, jueces de la Suprema Corte, jefes del ejército. Pero en todos los casos los afectados se enteran por la prensa, y muchas veces cuando van a sus despachos y los centinelas o los porteros les informan que han sido destituidos. Trujillo no tiene carácter para decirle a un funcionario que da por terminados sus servicios, y regularmente no lo tiene para recibirlo una vez que lo ha echado del cargo. El vacío que deja en su alma la ausencia de carácter lo llena con sentimientos de adoración de sí mismo y de odio a los demás, lo cual explica en cierta medida la falta de sentido del límite en casi todos sus actos.

En 1937 el tirano dio una orden insólita: que se matara a cuanto haitiano se hallara dentro de las fronteras dominicanas, en la región del oeste. Es increíble que esa orden se cumpliera,

pero se cumplió. Se produjeron escenas espantosas, asesinatos en masa de millares de ancianos, de mujeres y de niños. A esta altura muy poca gente se explica la razón de esa medida, y Trujillo ha querido justificarla *a posteriori* con varios argumentos, uno de ellos que deseaba la guerra con Haití y “les lancé el guante a esos cobardes, pero no lo recogieron”; a veces afirmando que él se había propuesto liquidar de un golpe la afluencia de inmigración ilegal haitiana en Santo Domingo. Pero en verdad, el origen es más increíble.

En un viaje hecho a Haití pocos meses antes, el tirano enamoró a una joven haitiana a quien se proponía llevar a Santo Domingo. Cuando el presidente haitiano lo supo fue a visitar a su colega para pedirle que dejara en paz a la joven, pues era parte de una familia muy conocida en Haití y su fuga podría tener malas consecuencias en las relaciones de los dos gobiernos. Trujillo, débil de carácter, accedió. Pero uno o dos días después, ya de vuelta en su país, comenzó a sentir celos del gobernante de Haití y a irle cobrando un odio que fue creciendo irresistiblemente, tanto que al fin ese odio requería convertirse en hechos que le crearan una situación difícil al presidente vecino. Así, cierto día, hallándose en una fiesta en las cercanías de la frontera, el volcán que llevaba por dentro estalló, y dio la monstruosa orden.

A partir de ese día, y sin duda para justificarse ante sí mismo, comenzó a elaborar toda una tesis política para fundamentar la existencia de su régimen como una necesidad nacional impuesta por la vecindad de Haití. Y era que él mismo ignoraba en qué forma demoniaca sus pasiones incontrolables, servidas por un poder político y militar sin medidas, habían pasado a ocupar violentamente el lugar que debió llenar en su alma la firmeza de carácter.

De paso, se negaba a sí mismo como hecho biológico, puesto que olvidaba que él provenía de sangre haitiana, de la sangre de *Mamá Diyeta* Chevalier.

III

Trujillo cumplió su periodo de cuatro años, para el cual fue electo en 1930, y decidió reelegirse, cosa que hizo, como es claro. Iba en camino de reelegirse otra vez para un tercer periodo —de 1938 a 1942— cuando se lanzó a la matanza de haitianos. La categoría del escándalo, que nunca antes se había dado en el hemisferio, le impidió hacerlo. Pero a la fecha de las elecciones de 1938 no había ya más que un partido político en Santo Domingo, el suyo, y por tanto no hubo sino una lista de candidatos. Electo presidente un hombre de su confianza, éste murió en el poder y le sucedió otro, cuyo periodo no le dejó terminar Trujillo.

Pues entre 1939 y 1941 se produjeron la guerra europea y la agresión japonesa a Pearl Harbor. Otra vez una situación mundial en crisis favorecía a Trujillo. Al entrar en guerra los Estados Unidos, toda consideración de tipo doméstico se dejó a un lado en el continente; sólo importaba asegurar la paz en los países de América para lanzarlos a la contienda, bien con hombres y armas, bien con materias primas. Trujillo pidió la renuncia al presidente nominal y se hizo designar él; tomó posesión legal del cargo en agosto de 1942, esta vez por cinco años, y fue reelecto de nuevo en 1947, por otros cinco; al cumplirse en 1952, le sucedió en el cargo su hermano menor.

¿A qué se debió que, lanzado antes de 1952 a una nueva campaña reeleccionista, el déspota dominicano abandonara el campo dejando en la presidencia a su hermano?

Otra vez a sus incontrolables impulsos. Pues entre 1945 y 1950 Trujillo se dedicó a desafiar abiertamente la política de Washington en el mar Caribe. Dispuesto a hacerse el productor individual de azúcar más grande de las Antillas, chocó con intereses norteamericanos muy poderosos y decidió hacerles la guerra. Esos intereses buscaron la protección del gobierno estadounidense justo en el momento en que Washington necesitaba un cambio de política por parte de las tiranías del Caribe.

A partir de los sucesos de 1944, que en plena guerra conmovieron a todo el Caribe, Washington comprendió que su retaguardia doméstica andaba muy mal y que era imposible mantenerla firme a base de dictaduras primitivas como las que imperaban en la zona. En el origen de esas conmociones tuvo gran parte el control por parte de las tiranías de las importaciones de artículos de consumo. En realidad, el Caribe se vio, a partir de 1944, azotado por verdaderas sublevaciones populares, cuyas consecuencias podían ser imprevisibles. Washington se preocupó, y comenzaron a actuar sus embajadas en las capitales de la región instruidas para que no favorecieran la creación de obstáculos a la voluntad de los pueblos. Salieron del poder Maximiliano Hernández Martínez en El Salvador, Jorge Ubico en Guatemala, Fulgencio Batista en Cuba; Somoza se vio a punto de caer y ofreció darle mayor flexibilidad a su régimen; Tiburcio Carías prometió no reelegirse en 1948 —promesa que cumplió— y Trujillo proclamó una amnistía que sólo los comunistas dominicanos pretendieron aprovechar.

Fiel a sí mismo, Trujillo se sobrepasó, elogió públicamente a Stalin, solicitó, en carta abierta, la legalización del Partido Comunista, y pocos meses después, cuando vio que el pueblo acudía a los mítines que celebraban los comunistas enarboló el sable y volvió a ser el despiadado perseguidor de siempre. Centenares de hombres fueron asesinados, colgados en los caminos, echados a los presidios. El tirano desató el terror en todo el país. Las embajadas y las legaciones latinoamericanas se llenaron de refugiados. A seguidas se proclamó campeón del anticomunismo. La política antihaitiana dejó de ser la clave de su permanencia en el poder, y pasó a serlo la política anticomunista.

La agitación no cedía, sin embargo, y Trujillo tuvo que hacer frente a varios intentos para derrocarlo. Uno de ellos fue la concentración de Cayo Confites, islote situado al norte de la isla de Cuba. Más de mil hombres, bastante bien armados, se reunieron allí para caer sobre Santo Domingo; y en esa ocasión Trujillo no tenía equipo suficiente para enfrentarse a un movimiento armado.

Todas sus gestiones en Washington para conseguir armas fueron inútiles, recurrió entonces a la compra ilegal de armamento donde pudiera obtenerlo.

Eso, y la movilización durante varios meses de millares de hombres, le costó mucho dinero, precisamente cuando más necesitaba él de fondos porque estaba empeñado entonces en hacerse el mayor productor individual de azúcar en el Caribe. Es en verdad un hecho curioso y aleccionador que en un momento dado se vieran en conflicto los intereses del capitalista Rafael Leonidas Trujillo y los del régimen político que él mismo encabezaba. Trujillo no acertó a comprender esto, y echó la culpa de sus tribulaciones sobre Washington.

En Washington sucedía lo contrario: su política en el Caribe coincidía con los intereses de los azucareros. Éstos habían sido protegidos de Trujillo durante años, y habían intervenido abiertamente en la política nacional ayudando a las campañas reeleccionistas del tirano. Pero al hacerse éste productor de azúcar, es decir, su competidor, comprendieron que tenían perdida la partida; pues a la menor objeción contra una disposición gubernamental que Trujillo siempre podría no cumplir y ellos no, el déspota iba a usar su poder de echar a la calle su confederación de trabajadores, instrumento muy útil en sus manos, y cuantas leyes necesitara para alcanzar sus fines.

Con las ventajas que le ofrecía el poder político, Trujillo podría monopolizar el mercado nacional o las ventas en el extranjero; vender más caro en el país para vender más barato afuera, por ejemplo, o fijar a la exportación altos impuestos que él no pagaría o establecer una tarifa de altos jornales que a él no le alcanzaría. Por de pronto, los grandes trabajos de preparación de sembrados en los ingenios que organizaba Trujillo estaban haciéndose con presos y con soldados.

Un conflicto de tal naturaleza, ¿cómo podía resolverse? Un régimen de libertades públicas no convenía a los azucareros, pero tampoco que el poder público siguiera en manos de Truji-

llo. Washington adoptó la línea de dejar prácticamente en libertad de acción a los desterrados para que amenazaran el poderío trujillista. La reacción del déspota fue la de enfrentarse a Washington en todos los terrenos. Así, cuando en 1949 llegó a Santo Domingo un avión con algunos dominicanos que iban a luchar contra la tiranía, Trujillo tomó prisioneros a los aviadores, que eran tres norteamericanos, los fusiló e hizo quemar sus cadáveres en una playa. Las víctimas eran veteranos de la guerra, y tenían el aprecio de muchos compañeros que organizaron en Miami una escuadrilla aérea destinada a bombardear a Santo Domingo. El gobierno norteamericano tuvo que actuar con mucha rapidez para evitar la salida de la escuadrilla, y a partir de ese momento procedió a vigilar estrechamente todo movimiento de los desterrados dominicanos. La lucha entre éstos y Trujillo era una carga de dinamita con la mecha encendida.

Se pasó entonces a la presión diplomática, a la que contestó Trujillo con todo vigor. Su plan fue sembrar el terror en el Caribe, perturbar la vida de la zona sin economizar medios. Plantado en su isla, como un dios arrojado del Olimpo en una roca cercada por el mar, comenzó a desafiar a Júpiter tonante. Seguramente él mismo se creía un héroe, y era tan sólo un negociante poseído por la cólera debido a que no le dejaban vender azúcar.

Al iniciarse el año de 1950 dos diplomáticos dominicanos acreditados ante el gobierno de Haití acudieron, espantados, a las autoridades haitianas para denunciar que Trujillo había resuelto invadir el territorio haitiano; que como parte inicial del plan, un grupo de soldados dominicanos en trajes civiles asaltarían la legación dominicana en Puerto Príncipe, la incendiarían y darían muerte a parte de su personal. Con ese pretexto, el ejército dominicano entraría por la frontera, ya en acuerdo con un pequeño grupo de haitianos opuestos al gobierno de su país. Los diplomáticos presentaron las pruebas del caso.

Trujillo estaba preparado. A raíz de un fracaso en el intento de comprar armas norteamericanas, las obtuvo en el Brasil y en

Europa, y envió compradores hasta el Asia; adquirió navíos de combate en Inglaterra y convirtió su flota en la mayor del Caribe, mayor aun que las de Venezuela, Colombia y Cuba juntas; montó una fábrica de armas, con expertos que llevó de Europa; se hizo de aviones en el Canadá y se jactó públicamente de tener setenta mil soldados de línea.

Pero no sólo se preparó en el orden militar, sino que lo hizo en el legal. Listo a invadir Haití, y no pudiendo declarar públicamente por qué iba a la guerra, elaboró una acusación contra la Cruz Roja Cubana —¡nada menos que la Cruz Roja!— afirmando que esta organización se preparaba para lanzar una invasión armada sobre Santo Domingo; y después que la hizo circular por todas las cancillerías del mundo, pidió a su Congreso autorización para declarar la guerra a cualquier país que el ejecutivo dominicano —esto es, el propio Trujillo— considerara agresor; y el Congreso le dio la autorización!

La denuncia de los diplomáticos dominicanos acreditados en Puerto Príncipe evitó el estallido de una guerra en el Caribe, pero Trujillo no abandonó su actividad, dirigida a crearle a Washington problemas en la zona. Dispuesto a provocar disturbios, hizo secuestrar en La Habana a Mauricio Báez, líder de los trabajadores azucareros de Santo Domingo, que se hallaba en el destierro. Mauricio Báez jamás apareció. El *Quetzal*, buque de carga, propiedad de un dominicano antitrujillista, salió de La Habana con destino a Puerto Barrios, en Guatemala, para cargar madera, y fue apresado por unidades de guerra dominicanas a la altura del Cabo Catoche, es decir, a más de mil millas de las costas dominicanas; su tripulación, compuesta en su mayor parte por cubanos, fue conducida a Santo Domingo y allí mantenida en prisión durante meses. No hubo forma de obtener la devolución del barco, de manera que al cabo de cientos de años la piratería abierta reaparecía en aguas del Caribe.

Mientras desacreditaba con esas agresiones la hospitalidad cubana y el poder del gobierno de Cuba para defender a sus

ciudadanos, hacía radiodifundir diariamente advertencias al jefe del ejército de Cuba estimulándole a rebelarse contra los gobernantes, y distribuía propaganda falsa destinada a enfrentar unos contra otros a políticos, militares y hombres públicos de la isla vecina. Planeó, y estuvo a punto de realizarlo dos veces, el asesinato de José Figueres, en una ocasión en territorio norteamericano y en otra en Costa Rica. Por último, hizo asesinar en pleno corazón de Nueva York a Francisco Requena, un periodista dominicano radicado en Estados Unidos desde hacía años. Con sus agentes perturbadores operando en todas partes, y decidido a crear conflictos, Trujillo iba derechamente camino de provocar una hecatombe en el Caribe.

Trujillo siempre tuvo buenos agentes en Washington. Pero erró al pensar que podían ser más eficaces que los representantes de los azucareros. Se ha hecho ya tradicional que la Secretaría de Estado, y hasta la Casa Blanca, tome consejo de sus ciudadanos establecidos en un país extranjero cuando se va a actuar sobre ese país. Trujillo estaba llamado, pues, a perder la partida; si bien no pueden los dominicanos llamarse a engaño pensando que en ese caso iba a ganarla el pueblo.

A qué extremos llegó la posición del tirano en la capital norteamericana, puede medirse por este incidente: al abandonar la presidencia de la República Dominicana, el poderoso señor de Santo Domingo se hizo designar embajador en Washington. Quería estar allí para dar la batalla en la propia capital de los Estados Unidos. Y allá se fue; y ya el cuerpo diplomático latinoamericano acreditado ante la Casa Blanca había despedido con un banquete a su antecesor, y ya estaban despachadas por correo las invitaciones para la fiesta en que él iba a tomar posesión de su nuevo cargo. En eso llegó la noticia de que la cancillería del Potomac le negaba el *agreement*. Se hizo entonces embajador ante las Naciones Unidas, y al mismo tiempo ministro de Relaciones Exteriores y de Bienestar Social de la República Dominicana.

Su difícil situación internacional no ha debilitado, sin embargo, su régimen dentro de Santo Domingo. Él sigue siendo allí el amo en tres órdenes: el militar, el político y el económico. De manera que su tiranía es de triple faz, algo nunca antes visto en América. Moviendo sus peones en uno de esos tres campos, o en dos, o en los tres a un tiempo, mantiene a la totalidad del país, incluidos sus servidores en los tres aspectos, sometidos a su voluntad por el terror. Se trata, en verdad, de una maquinaria de poder montada con acierto y manejada con cuidadoso esmero. Las dotes de organizador de Trujillo se lucieron en esa tarea. No se conoce el caso de otro gobernante que haya logrado hacer tanto.

La organización militar descansa en una selección hecha a base de probados partidarios suyos, vinculados a él por el crimen. Normalmente su jefatura está en manos de hombres a quienes Trujillo ha dado toda suerte de beneficios: dinero, fincas, negocios, mano libre para el atropello. Se ha ido formando más o menos con el siguiente sistema: alguien asesina a un opositor, real o supuesto, del régimen; el asesino mató él solo o formó parte del grupo encargado de dar muerte a Zutano. Trujillo hace llamar al matador y le da un cargo de oficial en su guardia personal; en esa posición pasa un tiempo, mientras se le enseñan los rudimentos del arte militar; luego se le asciende y se le hace pasar al servicio de línea, ya con cargo de capitán, de mayor o de coronel. Habiendo vivido durante algunos meses al lado de Trujillo, y habiendo recibido sus obsequios, tal hombre va a servir entre las tropas como verdadero agente de Trujillo. Ese tipo de oficial —que es el más numeroso— es el que garantiza la lealtad del ejército al tirano.

Debido a que la oficialidad no es de carrera, en el ejército no hay conciencia de cuerpo, lo cual explica que Trujillo pueda designar generales de brigada a amigos suyos que jamás han usado uniforme, o que su hijo mayor haya sido coronel a los cuatro años de edad y hoy sea general de aviación sin ser ni militar ni aviador.

Tampoco hay escalafón ni retiro. Un señor de la calle amanece el mejor día hecho coronel, y el jefe de un batallón amanece también un buen día echado de las filas sin explicación alguna. El ejército es un partido armado en el poder, pero los militares no tienen en ese partido más méritos que los que les reconozca el interés o el capricho de Trujillo.

Lo admirable del caso es que habiendo sido el ejército el instrumento usado por el déspota para implantar el terror, hallara la manera de aterrorizar también al ejército. En ese sentido el miedo del hombre uniformado no es menor que el del civil. Ya se ha explicado que mantiene el terror en las filas de sus soldados a través de los asesinos que lleva, con cargos militares, a su servicio personal, y que traslada después a las Fuerzas Armadas con mando y ascensos. Así se da en Santo Domingo la circunstancia de que un ejército aterrorizado siembra el terror en el pueblo, gracias a lo cual Trujillo pudo hacerse amo, también absoluto, de la vida política del país.

Todo lo que hay dentro de las fronteras dominicanas que pueda ser susceptible de movilización política, está al servicio del trujillismo. Sólo hay un partido, y a él tienen que pertenecer obligatoriamente todos los dominicanos, hombres y mujeres, de edad electoral. Una sola persona designa candidatos a cargos públicos en ese partido, y es, desde luego, Rafael Leonidas Trujillo; en el momento de ser designados esos candidatos tienen que firmar una renuncia con la fecha en blanco, lo que explica que a menudo —pero con una frecuencia increíble— un senador, un diputado, un juez de la Suprema Corte, amanecen “renunciados” sin que sepan debido a qué; los sustitutos son escogidos de ternas sometidas por el jefe del partido, esto es, Rafael Leonidas Trujillo, o por el presidente de la República, que en fin de cuentas también es él.

Los estudiantes universitarios están organizados militarmente; los sindicatos de trabajadores son únicamente los que ha creado el propio Trujillo, y hubo época en que los jefes de esos

sindicatos eran los comandantes militares de cada plaza. No hay en el país más periódicos que los de su propiedad o los de algunos amigos que siguen al pie de la letra sus instrucciones; igual cosa sucede con las estaciones de radio o con la única planta televisora. Es del todo imposible que se publique una hoja suelta libre ni que se dé por radio una noticia adversa al régimen. La persona sorprendida con una hoja clandestina es inmisericordemente asesinada; muchos han muerto por habérseles hallado oyendo estaciones de radio extranjeras.

Para que esa maquinaria política no se resquebraje se mantiene en acción el terror. La lista de las víctimas de ese terror es interminable. A veces, para caer bajo el plomo o el puñal del trujillato basta con hablar a la ligera. Un ilustre médico fue asesinado por haber dicho que, a su juicio, Trujillo estaba padeciendo de cáncer. Abogados, obreros, comerciantes, estudiantes, agricultores y hasta niños, gentes de las más diversas nacionalidades y posiciones han muerto por hablar. El terror se mantiene con métodos sórdidos. En Santo Domingo no se fusila y contadas veces se mata en las cárceles. La muerte se produce en la calle, en la puerta del hogar cuando la víctima charla con la esposa o con algún visitante o cuando pasea en la plaza con un hijo. Jamás son hallados los autores.

La sensación de terror que esto infunde demuele el valor más entero, pues el adversario de Trujillo sabe que no está seguro en ningún sitio, y sabe que decir algo sospechoso o demostrar tibieza en la expresión de su trujillismo es llamar sobre sí la sentencia de muerte. Salir del país es tarea de titanes, ya que se requieren varios permisos militares y policiales, y en última instancia uno del propio Trujillo; mucha gente ha sido asesinada por solicitar uno de esos permisos, y algunos que ya habían salido vieron cómo a las varias horas de haberse alejado su buque de las costas dominicanas una unidad de guerra lo detenía y los sacaban de sus camarotes. Esto ha sucedido hasta con barcos norteamericanos.

Un señorío tan completo de la vida política de un pueblo, obtenido gracias a un sistema de terror que habiéndose originado en el control de las Fuerzas Armadas acabó penetrando en éstas, no lo tiene ninguno de los demás tiranos del Caribe: en Nicaragua actúa, con sus limitaciones —claro—, pero actúa, al fin, el Partido Conservador; en Venezuela sólo Acción Democrática es perseguida a muerte; en Cuba hay oposición en la calle y en el Congreso.

Del terror trujillista no escapan ni los familiares del déspota. En cierta ocasión ordenó la muerte de un hermano suyo, y en otra envió tropas a sacar por la fuerza de su hogar a otro hermano que no quería venderle tierras para sus ingenios azucareros; la suegra de ese hermano fue atropellada por la soldadesca y el propio hermano acabó suicidándose debido a que Trujillo se negó a pagarle las tierras una vez que las hubo tomado militarmente.

Ese terror, compacto, inmisericorde, es la base del imperio económico de Trujillo, una organización perfecta, como jamás soñó tenerla ningún gran capitán de empresa en la historia humana. Con un Congreso que él designa, según los métodos ya descritos, y un ejército sumiso, Trujillo obtuvo todas las leyes que le permitirían adueñarse de cualquiera fuente de riqueza, y el respaldo de la fuerza pública a esas leyes.

Veamos el caso de la sal. Había varias salinas en el país, y una mina de sal gema que no se explotaba. Trujillo comenzó por obligar a los campesinos dueños de la mina de sal gema a venderle. Aseguran sus íntimos que dice el propio tirano cuando tiene interés en comprar algo: “Si alguien no vende venderá su viuda”. A seguidas hizo votar una ley prohibiendo la producción de sal marina; de manera que en el país hubo un solo productor que fue subiendo el precio hasta donde quiso.

Procedimientos parecidos fueron poniendo en sus manos la producción de grasas y aceites, la de carnes, leche y sus derivados, la de maderas, cemento, el negocio de construcciones públicas, carreteras, alcantarillados e instalaciones en todo el país,

la de minerales, la de cerveza y otros licores, una gran parte del azúcar, la de tejidos y zapatos, enorme número de grandes fincas, gran cantidad de comercios, las líneas de navegación aéreas y marítimas, las minas, la Lotería Nacional. Constantemente vende al Estado una o varias de esas empresas por muchas veces su valor, y a poco vuelve a comprarlas en licitación pública —a que no acude nadie— por una mínima parte de lo que cobró.

Como en la mayor parte de sus empresas trabajan soldados, marinos, funcionarios pagados por el Estado, y hasta presidarios, y como su condición de monopolista le permite vender a precios de capricho dentro del país, puede competir en el extranjero con precios bajos. En consecuencia, tras un cuarto de siglo de actividad en industrias y comercio amparados en tal forma, Trujillo es hoy dueño de una de las fortunas más grandes del hemisferio.

Ahora bien, ¿en qué bases sociales, además de ese triple sistema de opresión militar, política y económica, descansa el régimen trujillista? Pues alguna base social debe tener, ya que todo un pueblo no se somete de tal manera si no hay un ajuste cabal de la maquinaria que lo explota a las condiciones históricas.

Descansa en el robustecimiento y la ampliación de las clases que se han desarrollado bajo su gobierno, en un pequeño grupo de grandes terratenientes que antes no existía y que ha sido creado de hecho por la política trujillista, y en la zona de gente no situada en grupo social alguno que forman la cantera de donde él saca el mayor número de sus agentes secretos y matones. Aprovechando la abundancia económica provocada por la guerra, ha dejado gajes de sus negocios a familiares y partidarios, ensanchando así, y fortaleciéndola, a la pequeña burguesía apenas existente cuando él llegó al poder. Del grupo de los pequeños burgueses del agro que halló, ha salido el núcleo de millonarios formados gracias a que la legislación social de Trujillo les permitió tener mano de obra esclava, en la práctica, y tierras casi regaladas; a muchos de ellos Trujillo los asoció a

sus empresas, sobre todo en los negocios de carne, leche y sus derivados, o les fabricó caminos y canales que aumentaron el valor de sus tierras. Esos caminos y esos canales se hacían con prestatarios de trabajo, esto es, campesinos pobres que tenían que trabajar durante determinado número de días sin recibir paga alguna, ¡y hasta llevando su propia comida!

En cuanto a las grandes masas, forzadas a trabajar en los ingenios azucareros, en construcciones o en las industrias del propio Trujillo, su situación no puede ser peor. Hay una compañía de seguros, propiedad del tirano, que es la única aseguradora contra accidentes; para no pagar indemnizaciones no se da oficialmente por muertos o por accidentados a los obreros caídos o heridos en el trabajo. No hay posibilidad de huelga, y las dos o tres parciales que se han producido en veinticinco años han sido ahogadas en sangre. En la mayor de ellas los obreros abandonaron sus labores al grito de “¡Viva Trujillo, queremos mejor trato!”. De nada les valió. Día tras día amanecían ahorcados en los árboles de los ingenios grupos de obreros con leyendas cosidas en las espaldas que decían: “Ahí tienes tu aumento de jornal”. Los cadáveres se dejaban colgados hasta que empezaban a pudrirse, a fin de que nadie se quedara sin verlos y sin leer las inscripciones.

Trujillo surgió en un ambiente propicio a la formación de su personalidad. Pero es el caso que él ha acabado influyendo en la vida nacional al extremo de que ha quebrado todos los resortes de la moral colectiva. Es frecuente leer en la prensa dominicana insultos de un padre a su hijo, o de un hermano a otro: es frecuente leer anónimos relativos a la honestidad de una dama. La unidad familiar ha sido destruida por el terror, pues aquellos insultos y esos anónimos son ordenados desde el palacio presidencial.

La Iglesia Católica no escapa a esa atmósfera; los sacerdotes truenan sus sermones en discursos políticos favorables al régimen, bajo las bóvedas de las iglesias; consagran terceros matrimonios religiosos o sirven de emisarios diplomáticos encubiertos,

como es sabido que lo hizo el arzobispo Pittini para obtener la reanudación de relaciones entre Trujillo y el gobierno venezolano, cuando éste estaba encabezado por Isaías Medina Angarita.

La escuela ha sido convertida en una agencia de propaganda trujillista, y los niños inician sus clases cantando un himno a Trujillo. Cualquier ambicioso sin capacidad para desempeñar un trabajo honesto sabe que la mejor manera de prosperar es dar muerte a un sospechoso de ser adversario del régimen o proceder a insultar públicamente a un exiliado o a los familiares de los desterrados.

Los médicos saben que no pueden asistir a los deudos de los antitrujillistas; los abogados, que no pueden defenderlos. Quien tenga una reclamación que hacer a la administración pública o necesite un servicio normal de las instituciones estatales, sabe que no será atendido si no hace pública y ostentosa manifestación de trujillismo. En una palabra, la moral del pueblo ha sido trastocada; sólo se premia y estimula la infamia y toda conducta digna es perseguida sin piedad, dentro y fuera del país.

Algunos interesados o tontos afirman que el país ha progresado. ¿Y cuál no en veinticinco años, sobre todo en los veinticinco años de mayor progreso en la historia de la América Latina y especialmente en el Caribe? Pero no hay duda de que en relación con países de gobiernos democráticos, el progreso se ha estancado en la República Dominicana; ha sido rígido, dirigido y beneficioso sólo para el tirano y sus secuaces.

Como todo régimen de su tipo, el de Trujillo está llamado a derrumbarse el día menos esperado. La tarea de sus sucesores será de titanes. Pues será la de llevar a una masa aterrorizada, empobrecida, inmoralizada sistemáticamente, hacia la libertad, el bienestar y la dignidad.

En el póker de espanto en el Caribe, ninguna carta tiene raíces tan viejas y tan profundas como la de la República Dominicana.

ANASTASIO SOMOZA, LA CARTA NICARAGÜENSE

I

Ningún pueblo de América nos ofrece una lección tan cabal como el de Nicaragua, en lo que se refiere a los frutos de la política caudillista ejercida en las cercanías de un poder en crecimiento listo a aprovechar la menor grieta para penetrar por ella y aumentar su expansión. Ni creado en el laboratorio de una facultad de ciencias políticas hallaríamos ejemplo mejor, pues en Nicaragua no faltó uno solo de los elementos del drama, y a menudo los actores tuvieron verdadera categoría histórica.

Aunque el proceso tiene un origen relativamente remoto, y en él hay acontecimientos tan importantes como la invasión de los filibusteros norteamericanos acaudillados por William Walker, y la reconquista, por la fuerza, del territorio de Mosquitia ocupado a instigación de Inglaterra por una extraña raza mestiza de negros y de indios, la verdad es que para nuestro estudio no hace falta llegar a esos orígenes.

Desde luego, la invasión de Walker debió ser una lección útil para los nicaragüenses que encabezaban la vida política del país, pero no lo fue. Walker, norteamericano esclavista, se hizo designar presidente de Nicaragua y obtuvo el reconocimiento del gobierno de los Estados Unidos; y sólo fue posible sacarlo del territorio nicaragüense con la ayuda de los países centroamericanos, que organizaron fuerzas armadas para combatirlo; entre ellos, el mayor peso de la lucha lo llevó Costa Rica cuyos ejércitos batieron y destrozaron a las tropas filibusteras. Esos sucesos ocurrieron

a mediados del siglo XIX, y al darse por terminados volvió el pueblo nicaragüense a dividirse en conservadores y liberales, los dos partidos que han señoreado el campo político nacional, separados al parecer por diferencias ideológicas pero unidos en un mismo procedimiento caudillista.

En 1893 tomaron el poder los liberales, después de treinta años de gobierno conservador. El presidente liberal, José Santos Zelaya, estableció una dictadura que iba a durar diecisiete años, hasta fines de 1909. Esa dictadura no pudo ser más inoportuna, pues desde que en 1898 los Estados Unidos adoptaron la política de franca intervención, con fuerzas militares, en la zona del Caribe, toda conducta política tenía que ser planeada tomando en cuenta el peligro de una posible intervención. Un régimen tan duro como el de Zelaya dividía al pueblo nicaragüense mucho más de lo que ya estaba; ponía a su frente, de manera irreconciliable, no sólo a los perseguidos conservadores, sino además a la juventud, que en todas partes es generosa y enamorada de la dignidad; y gran parte de esos jóvenes, pasaban a engrosar las filas conservadoras o, sin hacerlo, se mantenían en lucha contra la dictadura. Por lo demás, la inclinación a la división era vieja en Nicaragua, donde hasta la existencia de ciudades rivales, como Granada y León, era un síntoma de esa enfermedad social.

El país está situado en el mismo corazón de Centroamérica, con Costa Rica al sur, Honduras y El Salvador al norte, al este el mar Caribe y al oeste el Pacífico. La mayor parte de la población ocupa más o menos un tercio del territorio, el que está situado entre el sistema montañoso que da al Pacífico y ese mar; y aun esa tercera parte se concentra más bien en un triángulo formado entre Granada, al sur, León al norte y la capital, Managua. Al sur, pegado a la frontera de Costa Rica en su orilla meridional, está el gran lago de Granada o lago de Nicaragua; en la orilla occidental, la ciudad que le da nombre. Ese lago se comunica con el Caribe por el río San Juan. Por allí subían los

piratas y atacaban la ciudad de Granada. Por allí se pensó cavar el canal que después se hizo en Panamá.

Durante largos años los nicaragüenses soñaron con que su territorio sería usado en la gran vía transmarina; y de hecho fue puente del Caribe al Pacífico cuando el descubrimiento de oro en California lanzó a millares y millares de aventureros de la costa este norteamericana a las lejanas costas del oeste.

Los buques llegaban a las bocas del San Juan, transbordaban su carga a barcos de río, y éstos remontaban la corriente, penetraban en el lago y dejaban a sus pasajeros casi al borde del Pacífico, donde había dos puertos de salida, Corinto y San Juan del Sur.

Hacia 1909 Washington descubrió que el dictador Zelaya estaba negociando acuerdos con Alemania y con el Japón para la construcción de un canal por esa ruta. El canal de Panamá no estaba inaugurado todavía; pero no tardaría en estarlo. Y Panamá era una lección demasiado dramática para no tomarla en cuenta.

Ese recién nacido país no existía en 1902; era una provincia colombiana, y surgió como nación independiente a voluntad de Teodoro Roosevelt (aunque desde luego Roosevelt estaba actuando como delegado de muy vastos y complicados intereses) cuando Colombia se negó a aceptar las condiciones que imponía Washington para abrir el canal por el istmo panameño. El mismo Roosevelt lo diría en público ocho años después del establecimiento de la República de Panamá: “Afortunadamente la crisis vino en un momento en que yo podía actuar sin impedimentos. En consecuencia, yo cogí el istmo, inicié el canal, y dejé al Congreso que discutiera, no ya sobre el canal, sino sobre mí”.

Con un gobernante norteamericano de tan escaso respeto a los principios internacionales era muy peligroso mantener conversaciones con otras potencias para abrir, junto al de Panamá, un canal en Nicaragua; y lo era mucho más si se tenía en cuenta que el régimen de Zelaya carecía de respaldo popular, tenía frente a sí a los conservadores y a gran parte de los liberales jóve-

nes, se enfrentaba a una opinión adversa en el resto de América, debido a sus métodos dictatoriales, y llevaba en su propio seno gérmenes de disolución.

Los conservadores habían producido numerosos levantamientos durante la administración de Zelaya; y a los conservadores volvieron sus ojos en Washington cuando se enteraron de las inoportunas negociaciones de Zelaya con alemanes y japoneses. El acuerdo entre conservadores y norteamericanos iba a durar años, y sería funesto para la vida de Nicaragua. Pero como se verá a su tiempo, los liberales no pueden acusarlos porque ellos acabaron desplazando a sus adversarios en el favor de los gobernantes estadounidenses y llegarían a extremos a que no llegaron aquéllos. Y es que bajo las etiquetas de partidos opuestos se guarecían en realidad dos huestes caudillistas, a cuyos líderes les interesaba el poder para ellos más que el destino de su pueblo.

En octubre de 1909 el jefe de la guarnición de Bluefields, en la costa del Caribe, se levantó contra el gobierno de Managua. Era un liberal, pero se alió con los conservadores. Éstos garantizaban la ayuda norteamericana al movimiento. La ayuda llegó a tiempo, con un cable del secretario de Estado de Washington conminando a Zelaya a abandonar el poder o exponerse a ser atacado por la Infantería de Marina norteamericana. Había sucedido que un buque gubernamental que iba cargado de tropas hacia Bluefields para sofocar la rebelión fue dinamitado, con pérdida de todas las vidas, por mercenarios norteamericanos que se hallaban al servicio de los revolucionarios. Zelaya capturó a esos norteamericanos y un consejo de guerra sumarísimo los condenó a muerte. Su fusilamiento dio pretexto para la intervención estadounidense. Zelaya abandonó el poder en el mes de diciembre. Al cabo de diecisiete años de dictadura dejaba tras sí un caos que estaría dando frutos venenosos cuarenta y cinco años después.

En 1912 había en Nicaragua un gobierno conservador, que en realidad no se atrevía a tomar medida de alguna importancia sin

consultar antes al ministro norteamericano. De hecho, el país estaba intervenido. Y aun en esa situación ni conservadores ni liberales tomaban en cuenta que estaban hipotecando a su pueblo; seguían acechándose, los ojos de cada uno puestos en el poder y no en Nicaragua. El ministro de la Guerra se alzó en armas; el presidente solicitó el desembarco de tropas norteamericanas, que lo hicieron por el puerto de Corinto. La Infantería de Marina yanqui sometió a los rebeldes a cañonazos, y el jefe del alzamiento fue hecho preso y enviado, no a una cárcel nicaragüense, ¡sino a un presidio de la zona norteamericana del Canal de Panamá!

Después de haber debelado ese alzamiento el grueso de los infantes de marina salió de Nicaragua, pero quedó en Managua, la capital del país, una guarnición de algunos centenares de hombres cuya función aparente era proteger la legación de los Estados Unidos; en realidad, su papel era advertir a los liberales que no se rebelaran. Para Washington, liberales en el poder significaba canal en Nicaragua manejado por potencias extranjeras. El control absoluto por parte de los Estados Unidos de la vía transmarina del hemisferio era asunto que no podía discutirse, gobernar en la Unión republicanos o demócratas; ese control tenía no sólo un fin estratégico desde el punto de vista de una guerra posible, sino además garantizaba el dominio de las comunicaciones, y por tanto el del comercio internacional en tiempos de paz.

Que ese criterio era el dominante lo demuestra este hecho: cuando fue derrocado el gobierno de Santos Zelaya estaba construyendo un ferrocarril llamado a unir las costas del Pacífico y las del Caribe; tan pronto llegaron al poder los conservadores los trabajos se paralizaron y de inmediato se destruyeron los kilómetros de vías ya tendidos. Por ese ferrocarril hubiera pasado de un mar al otro mucha carga enviada de Europa al Asia o del Asia a Europa.

Desde 1912, después de la intervención armada extranjera en su favor, gobernaron los conservadores en paz y se celebraron y

se ratificaron los pactos necesarios para garantizar que sólo los Estados Unidos podrían hacer un canal por Nicaragua, si algún día se construía. No hubo dictaduras conservadoras parecidas a la de Zelaya, pero hubo dieciocho años de gobierno con ninguna participación de los liberales. Bajo el amparo —o si se prefiere, por más justo, bajo el tutelaje— de Washington proseguía la división de la gran familia nicaragüense; esa división agravaba, en vez de resolver, los problemas nacionales. Pero los norteamericanos veían los problemas desde el punto de vista de su interés; no paraban mientes en el interés de Nicaragua.

Esa división fue causa de que en 1926; con el apoyo del gobierno mexicano, encabezado entonces por Plutarco Elías Calles, los liberales iniciaran una revolución, que comenzó por Puerto Cabezas, también en la costa del Caribe. De inmediato surgió a la superficie la alianza de conservadores y norteamericanos. La revolución tomó Puerto Cabezas y formó gobierno bajo la presidencia de Juan Bautista Sacasa; sus tropas, al mando militar del general José María Moncada, avanzaron hacia el interior. El 23 de diciembre intervino Washington en los sucesos dando a Sacasa veinticuatro horas de plazo para que abandonara Puerto Cabezas porque el territorio de esa zona había sido declarado neutral por la Infantería de Marina norteamericana. Ésta tomó el lugar y echó al fondo del mar las armas de la revolución. Las fuerzas de Moncada avanzaban, sin embargo, y se combatía ya tierra adentro.

Casi dos meses antes del desembarco de los marinos norteamericanos en Puerto Cabezas, una pequeña fuerza de acaso treinta hombres fue derrotada por una columna de doscientos soldados gobiernistas. El jefe de esa pequeña fuerza derrotada se llamaba Augusto César Sandino, y ni los extranjeros interventores, ni los nicaragüenses, conservadores o liberales, sospechaban qué destino iba a ser el suyo y hasta qué punto aquel jefecillo en derrota iba a representar una corriente histórica que con el andar de los años se iría afirmando hasta expresar el verdadero interés de los pueblos de América Latina.

En forma parecida a lo que sucedió en la República Dominicana, pero con matices que distinguen el caso en ciertos aspectos, la intervención militar norteamericana en la vida política nicaragüense desvió la vida interior de ese pueblo; y dejaron de ser los nacionales los que señalaban el rumbo de sus acontecimientos. La revolución de 1926, por ejemplo, acabó presentando un panorama nuevo, del todo inesperado: los liberales en el poder apoyándose en las fuerzas interventoras extranjeras.

En el año de 1927 comenzó a sentirse en Nicaragua el peso de un nombre hasta poco antes desconocido, el de aquel jefecillo derrotado por fuerzas gobiernistas a principios de noviembre de 1926. Habiendo ido a Puerto Cabezas a solicitar del presidente revolucionario armas con que volver a combatir contra los conservadores, el joven Sandino fue despachado con las manos vacías. Entre las mujeres públicas de Puerto Cabezas consiguió unos treinta rifles que ellas habían salvado de las aguas del mar, y unos seis mil tiros; remontó con esa carga el río Coco, en el norte de la parte oriental del país, y organizó un pequeño ejército en las montañas de Las Segovias.

Ese joven guerrillero se había dado cuenta de que no había diferencias fundamentales entre conservadores y liberales; había visto a Sacasa plegarse al ultimátum de la Infantería de Marina norteamericana que le ordenaba salir de Puerto Cabezas, y a su jefe militar, el general Moncada, acatar esa imposición, y se dijo que era necesario luchar por una nueva Nicaragua, combatiendo a la vez contra liberales, conservadores y norteamericanos. El mundo vería poco después a ese hombre magro, de poca estatura, de escasa instrucción, altivo y duro, batirse por la libertad de su país contra el poder militar más grande de la historia mundial.

Una situación como ésta no se produjo en la República Dominicana, porque allí los voceros de la dignidad nacional actuaron políticamente, no con las armas, y salieron a recorrer el mundo americano en demanda de justicia para su pueblo,

a la cabeza de todos el hombre que había sido designado por el Congreso presidente de la República a la desaparición del gobierno derrocado por la intervención. El venerable patricio doctor Francisco Henríquez Carvajal hizo, en otro campo, lo que Sandino en el suyo, pero contó con el apoyo de su pueblo, porque ningún político quiso colaborar con las autoridades de ocupación, y Sandino debió combatir contra los ocupantes y contra sus aliados nacionales, los grandes jefes de los partidos tradicionales. Una juventud brillante acompañó al llamado "Presidente Errante" de Santo Domingo en su peregrinar y en su denuncia, mientras que sólo un puñado de campesinos y trabajadores se unió a Sandino en Las Segovias. El heroísmo de Sandino era más grande cuanto más solo se hallaba.

En 1927, también, comenzó a sonar otro nombre en Nicaragua, el de Anastasio Somoza, que en virtud del acuerdo entre liberales y conservadores bajo la tutela norteamericana, pasó a ser jefe político del departamento de León. Se trataba de un cargo importante, que tocaba a los liberales. Somoza había sido conservador, pero su matrimonio con una dama de distinguida familia liberal le había llevado a esas filas. Era hijo de un conocido conservador de igual nombre, que varias veces fue senador. Al parecer, Somoza heredó de su padre un temperamento ansioso de poder.

El hijo fue enviado a estudiar a Granada, primero, y después a Filadelfia, donde cursó ciencias comerciales. Allí aprendió el inglés, que le sirvió para ser intérprete de las fuerzas de ocupación. Al volver a Nicaragua trató de establecerse y de hacer algunos negocios, con la ayuda del padre, sin tener buen éxito, y entró en la administración pública como funcionario de Rentas, también sin alcanzar buen éxito. Sus nuevos amigos extranjeros, su parentesco político con una familia distinguida y su presencia misma, que era agradable, le abrieron el camino para llegar a jefe político del departamento de León. Poco después, cuando el general Moncada pasó a ser presidente de la República, le designó su secretario en actividades militares.

Con el gobierno títere de Moncada a su disposición, las fuerzas interventoras dispusieron usar de la experiencia lograda en la República Dominicana y en Haití y procedieron a organizar una Guardia Nacional constabularia, comandada, por oficiales estadounidenses. El objetivo era usar esa guardia contra Sandino. Pero dado el aspecto que tomaba la guerra, la Guardia Nacional sólo pudo servir como auxiliar. Más de diez mil infantes de marina norteamericanos y varios miles de soldados constabularios, con artillería y aviación, debieron ser movilizadas para combatir al pequeño ejército patriota de Las Segovias.

El eco de la heroica lucha iba extendiéndose por el mundo, y con vistas a la Conferencia Panamericana de La Habana, que había de celebrarse en 1928 con la presencia del presidente norteamericano, Washington decidió aplastar al rebelde nicaragüense. En tal momento, dos generales yanquis al mando de más de ocho mil hombres dirigían las operaciones contra Sandino. Esto ocurría en enero de 1928. Pues bien, once meses después, en diciembre del mismo año, Sandino recibía una comunicación del almirante D. F. Sellers, comandante del escuadrón en Servicio Especial, en que este alto personaje de la Marina de Guerra de Norteamérica le decía que se sentía de nuevo “impelido a apelar a su patriotismo para determinar si no fuera posible concluir [“dar fin”]* la resistencia a las fuerzas bajo mi mando”. El almirante Sellers le decía a Sandino que “proseguir la resistencia armada sería inútil” y que por tanto el héroe “debería considerar la conveniencia de la terminación de sus actividades guerreras, con sus consiguientes beneficios”. Oficialmente, los Estados Unidos reconocían el patriotismo de Sandino y a él apelaban.

Sandino respondió a esa petición:

El patriotismo a que usted apela es el que me ha mantenido repeliendo la fuerza contra la fuerza, desconociendo en lo absoluto

* Todas las anotaciones entre corchetes son de Juan Bosch. [*N. del E.*]

toda intromisión del gobierno de su país en los asuntos de nuestra nación, y demostrando que la soberanía de un pueblo no se discute sino que se defiende con las armas en la mano. Sin llenar ese requisito no habrá paz, y aunque usted en su comunicación dice que no serviría para ningún propósito la continuación de mi resistencia armada, le hago la formal declaración de que solamente la continuación de esa resistencia armada traerá los beneficios a que usted alude, exactamente como toda intromisión extranjera en nuestros asuntos trae la pérdida de la paz y provoca la ira del pueblo.

Seis meses después de haber dictado y firmado ese notable documento en el cual laten las almas de Bolívar y de Juárez, el general Sandino salía de Nicaragua hacia México en busca de ayuda para su causa. Su pequeño ejército se batía con armas quitadas al enemigo; a menudo después de un combate los sandinistas iban recorriendo los árboles, uno por uno, para extraer de ellos los plomos que allí se habían incrustado en el fragor de los combates, y esos plomos volvían a ser usados en cascarones ya usados. No había medicinas ni ropas ni provisiones para los heroicos seguidores del joven adalid; millares de infantes de marina y de constabularios rodeaban sus posiciones y quemaban, ahorcaban, dispersaban por el terror a las poblaciones de la zona. Pocas veces la historia humana ha visto lucha más desigual.

Antes de cumplirse un año de su salida de Nicaragua, Sandino estaba de nuevo al frente de sus fuerzas, esta vez atacando en operaciones de más alcance, puesto que ya en junio de 1930 sus hombres operaban en tres departamentos del país. Las acciones militares de 1931 y las de 1932 fueron de tal naturaleza que en octubre de este último año tropas sandinistas llegaban a tres horas de Managua, la capital nicaragüense, y al departamento de Chontales, en la parte sur del país. Destacamentos de la Guardia Nacional se pasaban a sus filas.

Mientras tanto, ¿qué ocurría en el resto de Nicaragua, más allá de las fronteras de pavor que separaban al pueblo de su

denodado paladín? Pues sucedía que los políticos liberales y conservadores proseguían en su carrera de inconsciencia, sirviéndose de los cargos públicos, atendiendo a las insinuaciones y las órdenes de los ocupantes, brindándoles a éstos territorio, hombres y medios para que librarán al país de Sandino, a quien todos ellos calificaban de bandolero mientras América lo aclamaba como a un paladín de su dignidad.

El presidente títere José María Moncada designó a Anastasio Somoza subsecretario de Relaciones Exteriores, y desde su nuevo cargo Somoza entabló amistad con el anciano ministro de Norteamérica, cuya esposa, una baronesa alemana, quedó fascinada por la simpatía del joven funcionario. Somoza tenía un carácter festivo y agradable presencia física. Su naturaleza psicológica no se parece a la de Trujillo, que es víctima de numerosos complejos de los cuales surge esa presencia a menudo torva o de untuosa melosidad, siempre falsa y excesiva. Somoza era más bien natural, sin coqueterías y sin miedo a la verdad ni a ninguna situación inesperada; dúctil y rápido para el chiste, oportuno, aunque desde luego dado a la vulgaridad tan pronto entraba en confianza. Esa manera de ser, y su tipo latino, le ganaron el favor de la señora baronesa.

A esa altura estaban dándose acontecimientos que, vista su posición, Somoza debía medir en toda su importancia. Sandino había dicho que abandonaría las armas cuando hubiera en Nicaragua un gobierno nacional con el cual pudiera pactar los detalles de una paz digna, pero que las mantendría mientras hubiera en el territorio de su país un infante de la Marina norteamericana. La fuerza del sandinismo era cada vez mayor, y no se veía lejos el día en que se impusiera a todo el pueblo. Una victoria total del héroe, con el consiguiente aumento de su popularidad nacional e internacionalmente, no debía equivaler a una derrota de los Estados Unidos; de ahí que Washington, incapaz de doblegar al tozudo luchador de Las Segovias, resolvió dejar ese problema en manos nicaragüenses; en vez de soldados suyos, que luchara la

Guardia Nacional; si Sandino acababa triunfando que lo hiciera sobre sus compatriotas, no sobre la Infantería de Marina norteamericana. Así pues, los invasores se aprestaron a dejar el país tan pronto como se celebraran elecciones y resultara elegido un nuevo gobernante nicaragüense. Se convocó a comicios y triunfó la candidatura liberal de Juan Bautista Sacasa. El nuevo presidente, que debía tomar posesión de su cargo el 1 de enero de 1933, era tío de la señora De Bayle de Somoza; esto es, tío político del favorito de la señora ministra de Norteamérica.

La Guardia Nacional era ya un cuerpo militar apto para sustituir a la Infantería de Marina interventora, si Sandino dejaba la lucha. Su jefe era un alto oficial norteamericano. Somoza obtuvo que ese jefe y la legación recomendaran su designación como segundo jefe. Contó, desde luego, con el respaldo de su tío político, el presidente electo; de manera que el presidente Moncada, llamado a dejar el cargo dos meses después, le designó segundo jefe en noviembre de 1932. Somoza no sabía palabra del arte militar, pero tenía ambición, ausencia de escrúpulos y buen respaldo en la cancillería de Washington logrado a través de la señora ministra y de sus amigos oficiales de la Infantería de Marina con quienes había intimado sirviéndoles de intérprete.

El día de Año Nuevo de 1933 tomó posesión de la presidencia Juan Bautista Sacasa. Un mes y un día después, el 2 de febrero, el general Sandino firmaba los convenios de paz.

Ya no había un soldado interventor en tierras de Nicaragua. Lo que quedaba allí era una Guardia Nacional, con su segundo jefe ascendido a jefe director; un jefe nicaragüense, con menos responsabilidad y menos escrúpulos que un nativo de Norteamérica. El héroe de Las Segovias debía sospecharlo, pero el curso de los acontecimientos le exigía ignorarlo.

Pues en la historia de Nicaragua él era un parto prematuro, y estaba llamado a ser, por tanto, un mártir y no un realizador.

II

Había transcurrido un año. Empeñado en organizar empresas agrícolas y mineras en la zona nordeste de Nicaragua, el general Sandino permanecía alejado de las actividades públicas, rodeado por los veteranos de sus fuerzas y sus familiares, a quienes quería asociar a los negocios que planeaba. A mediados de febrero de 1934 hizo una visita a Managua. La Guardia Nacional hostilizaba a los sandinistas, exigiendo la entrega de armas que no existían; la intranquilidad agitaba toda la región, y el héroe quería hallar una fórmula para resolver esa situación; a la vez, iba en busca de ayuda para sus empresas.

El día 21 de febrero Sandino visitó al presidente Sacasa con quien debía hablar sobre explotaciones de oro en las tierras del río Wiwilí. Al terminar la conversación era ya hora de sentarse a la mesa, y el presidente invitó a Sandino a que le acompañara. Con Sandino habían ido a la casa presidencial un ministro del Gabinete, en cuyo hogar se hospedaba el héroe, el anciano padre del general y dos altos oficiales suyos. Un hermano de Sandino y dos compañeros más se habían quedado en la casa del ministro y allí esperaban el retorno del grupo que había ido a palacio. Ese grupo jamás volvió, y en su lugar los alojados en la casa del ministro recibieron un asalto criminal a bala, que dejó sin vida al hermano del caudillo de la libertad nicaragüense.

Tres días antes de ese nefasto 21 de febrero, el jefe de la Guardia Nacional, Anastasio Somoza, había visitado a Sandino en la residencia del aludido ministro; le abrazó, le hizo protestas de amistad, le pidió un retrato autografiado y le dejó uno suyo. En la tarde del 21 pasó largo rato, según su propia declaración, en la legación norteamericana, donde conferenció con el ministro de Estados Unidos, Mr. Arthur Bliss Lane. Al salir de allí convocó una reunión de oficiales de la Guardia en su residencia, que debía celebrarse a las seis para tratar “una cosa muy importante”. He

aquí el relato hecho por uno de los presentes en esa reunión, el teniente Abelardo Cuadra, que fue designado por el propio Somoza fiscal de la causa abierta con motivo del crimen.

En total éramos dieciséis —dice el teniente Cuadra, después de dar los nombres de los presentes— las personas convocadas. A las siete y media de la noche llegó “Tacho” Somoza. Nos saludó a todos. Después nos dijo: “Vengo de la legación americana donde acabo de sostener una conferencia con el ministro Arturo Bliss Lane, quien me ha asegurado que el gobierno de Washington respalda y recomienda la eliminación de Augusto César Sandino, por considerarlo un perturbador de la paz del país”. Un silencio profundo acogió aquellas palabras. Yo, personalmente, quedé impávido. Sabía que Sandino estaba siendo vigilado en sus viajes a Managua, pero jamás pensé que se pudiera perpetrar un crimen de esa naturaleza. Tacho Somoza redactó un acta. Con ello aspiraba a responsabilizarnos a todos con el acto que se iba a realizar. Nadie hizo objeción alguna antes de firmar el documento. Yo mismo lo firmé. Allí no podía hacer otra cosa. Cuando Somoza acabó de hablar y recoger las firmas, los allí reunidos comenzaron a hablar. Hubo quienes se envalentonaron y comenzaron a esbozar planes para eliminar a Sandino. Así hubo quien habló de ahorcarlo; otros pensaron en ametrallarlo donde lo encontrarán. Finalmente se llegó a un acuerdo. Se tomarían quince hombres del Campo Marte, de la 15 y la 17 compañías; a ellos se unirían otros quince que se tomarían de la policía. Se les trasladaría en el camión “G. N. Núm. 1”. Al frente de ellos irían los mayores Delgadillo y Gutiérrez y los tenientes López Barreda y Federico Dávison, quienes se dirigirían al campo de aviación, el cual sería tomado como cuartel general, pues estaba próximo a la casa del ministro Sofonías Salvatierra, donde pensaban chequear [“observar”] a Sandino. El plan se desarrolló perfectamente hasta ese punto de localizar a Sandino en la residencia del ministro Salvatierra, pues resultó que a esa misma hora, éste [debe referirse a Sandino, y no a Salvatierra] no se encontraba allí, sino en el palacio presidencial, en unión de los generales Francisco Estrada y Juan Pablo Umanzor, conversando con el presidente Sacasa.

Sócrates Sandino [hermano del héroe] y Santos López sí se encontraban allí. El mayor Lisandro Delgadillo salió con quince hombres a emboscarse para capturar al general Sandino. Para ello se situó en el vacío que existe, o al menos existía en aquella época, entre la fortaleza del Hormiguero y la Imprenta Nacional. En el medio de la calle atravesaron un automóvil, simulando el sargento J. Emilio Canales, con una ametralladora Thompson en la mano, arreglar un desperfecto del motor. Unos minutos más tarde se divisaron las luces de un auto que bajaba de La Loma [la residencia del presidente]. Era en el que venía Sandino, acompañado de su padre don Gregorio Sandino, los generales Umanzor y Estrada y “Sofó”, apelativo con que era popularmente conocido el ministro Sofonías Salvatierra. El sargento Canales, al llegar el auto, le dio el alto. El chofer frenó, mientras Estrada y Umanzor, previendo la celada, desenfundaban sus revólveres. Sandino, que se daba cuenta de lo que sucedía, les pidió que no hicieran uso de ellos, pues el ministro Salvatierra y su padre no eran gentes de pelea. Fue ése el momento que aprovechó el mayor Delgadillo, disfrazado de cabo de la Guardia Nacional, para acercarse al automóvil, advirtiéndoles que estaban detenidos y procediendo a la requisa de las armas. El general Sandino, en las mejores formas, le explicaba su extrañeza. Invocaba su reciente amistad con Tacho Somoza. Pero todo resultaba inútil. Maruca Sacasa, hija del presidente de la República que accidentalmente iba en un auto encontrado al de Sandino, vio desarrollarse todos los acontecimientos. Se acercó para protestar de aquella agresión. Recordó que el general Sandino venía del palacio presidencial, donde había comido con su padre esa misma noche. No le hicieron caso. Viendo que sus alegatos eran inútiles decidió seguir hacia el palacio, donde informó inmediatamente a su padre de lo que estaba sucediendo. El presidente Sacasa llamó insistentemente al Campo de Marte. Sus llamadas, por órdenes de Somoza, no fueron contestadas. Mientras esto ocurría otro grupo de quince soldados de la Guardia Nacional, al mando del mayor Policarpo Gutiérrez y el teniente Federico D. Blanco, rodeaban la casa del ministro Salvatierra. Tanto el grupo que mandaba el mayor Delgadillo como este otro que había allanado la residencia del minis-

tro Salvatierra, se mantuvieron en constante contacto por medio de enlaces que iban y venían en automóvil de un lugar a otro. A esa misma hora Tacho Somoza escuchaba un recital que ofrecía la poetisa peruana Zoila Rosa Cárdenas en el Campo de Marte, siendo ésta la primera vez que un acto de esa naturaleza se llevaba a cabo en aquel lugar. Sandino hizo un último esfuerzo, convenciendo al mayor Delgadillo que fuese a ver a Tacho Somoza y le recordase su reciente amistad, confirmada con el intercambio de fotos en las que se consignaban dedicatorias expresivas y cordiales. El mayor Delgadillo llegó al Campo de Marte y regresó diciendo que no había podido ver al general Somoza y por ende que era del todo imposible hacerle llegar su mensaje. Los dos grupos de militares conjurados habían llegado a un acuerdo de atacar la casa del ministro Salvatierra. Para ello habían convenido en que la señal serían varios disparos hechos por el lado conocido de Larreynaga. Sandino en tanto se paseaba nervioso e inquieto, esperando la respuesta a sus recados y previendo su inmediato fin. Estrada permanecía silencioso, sentado con los brazos cruzados sobre el pecho. Umanzor, descendiente de indios y africanos, estaba tranquilo, sereno. En el mismo camión “G. N. Núm. 1”, que antes cité, se los llevaron. En El Hormiguero quedaron don Gregorio Sandino y el ministro Salvatierra. No hubo despedidas. Recostados a un lado del camión colocáronse Sandino, Estrada y Umanzor. Iban en cuclillas. El camión tomó la dirección de un lugar conocido por La Calavera, que era parte de un sitio llamado Larreynaga. Allí había un altozano en el cual les ordenaron a Sandino y sus compañeros que se sentaran y el mayor Delgadillo, que estaba disfrazado de sargento de la Guardia, se fue a alguna distancia, se colocó bajo un árbol y disparó un tiro. Ese tiro era la señal que esperaba el pelotón que cuidaba a Sandino y los dos generales que le acompañaban, de manera que tan pronto se oyó el disparo hecho por Delgadillo, los guardias del pelotón dispararon sus armas, pero no para asustar a Sandino, Umanzor y Estrada, sino para asesinarlos, y los asesinos no fueron devueltos a su cuartel sino llevados a un lugar desconocido.

El teniente Abelardo Cuadra explicó que

Para hacer mejor el papel, Tacho Somoza me designó fiscal de la causa iniciada para averiguar cómo y por quiénes fueron asesinados los hermanos Sandino y sus acompañantes. Me percaté enseguida de que tenía la oportunidad de saber muchas cosas que la historia demandaría algún día. Al menos si no logré impedir que se asesinara a los tres generales patriotas, los he vengado de la artera traición de Somoza, revelando cómo los asesinaron.

Hasta aquí la prolija exposición del ex teniente Abelardo Cuadra. Su declaración coincide con la del padre de Sandino y la del ministro Salvatierra en los detalles anteriores a la ejecución, pues ambos fueron presos conjuntamente con el general Sandino y sus compañeros. Coincide también, en líneas generales, con la del presidente de la Cámara de Diputados de Nicaragua, hecha una semana después de los sucesos, vía telefónica, al diario *La Hora* de San José de Costa Rica. Por su posición, el presidente de la Cámara debía estar enterado de los hechos, y él comienza su breve pero dramático relato dando cuenta de la reunión de Somoza con los oficiales subalternos para levantar un acta en que éstos, según las palabras de Sandoval, “se comprometían a ser solidarios en el asesinato que se iba a cometer”.

Don Gregorio Sandino, padre del mártir, y el ministro Salvatierra declararon que mientras ellos se hallaban detenidos oyeron los disparos y que el desdichado padre del héroe comentó: “Ya están matando a Sócrates y a los otros”; y un poco más tarde, al oír otros disparos más lejanos: “Ya están matando a Augusto”. Pasada la medianoche, a eso de las doce y media, llegó al cuartel en que ambos estaban detenidos el ministro norteamericano, Mr. Arthur Bliss Lane. El ministro Salvatierra cuenta que “nos llevaba al padre de Sandino y a mí, la libertad y el ofrecimiento de asilo en su legación. Agradecemos la muestra de cortesía [...] mas preferimos ser conducidos a la casa presidencial. El mismo representante diplomático nos condujo a la residencia que abandonamos horas antes, ajenos, por entero, a la terrible tragedia”.

El anciano padre del inmolado caudillo cuenta que la llegada del ministro norteamericano fue “como a la una y media de la noche”... y que

nos saludó diciéndonos que llegaba a sacarnos; y cuando salíamos dijo el señor ministro Salvatierra al teniente López que si íbamos libres o íbamos presos todavía; él contestó que estábamos libres; entonces el señor ministro americano míster Arturo Bliss Lane nos montó en su carro y nos llevó a la legación americana; después que nos brindó asiento nos preguntó cómo había ocurrido y yo se lo referí a él así como lo estoy declarando a ustedes [en el proceso abierto con motivo del crimen]; entonces el señor ministro Salvatierra le pidió permiso para hablar por teléfono con la casa presidencial y el señor ministro accedió gentilmente dando el aparato telefónico para que hablara; entonces el señor presidente le dijo [a Salvatierra] que nos fuéramos para la casa presidencial. En vista de eso el señor ministro americano nos brindó su carro y acompañados por él y su secretario míster Daniels, vino a dejarnos; aquí quedamos hasta la hora, donde nos han atendido tanto el señor presidente como su apreciable familia y los amigos que nos han venido a visitar.

Salvatierra hizo su relato tiempo después, y eso tal vez explica que pase por alto su estancia en la legación americana; pero el padre del general Sandino declaraba el 24 de febrero, es decir, a tres días del brutal crimen, mientras estaba todavía alojado en la casa del presidente Sacasa; de manera que no hay duda de que la misma noche de los sucesos el ministro Bliss Lane conocía una versión correcta no sólo del prendimiento, sino del asesinato.

¿Por qué fue él, y no otro diplomático o un alto funcionario del gobierno, quien visitó en el cuartel donde se hallaban detenidos, poco después de los hechos, a los dos supervivientes? ¿Quién le dio autorización para verlos y para sacarlos de allí en libertad? ¿Quién dio cuenta al ministro norteamericano, tan rápidamente, del tenebroso acontecimiento?

La actuación del ministro Bliss Lane esa noche demuestra que antes de ir al cuartel donde se encontraban don Gregorio Sandino y el ministro Salvatierra, él habló con Somoza. Si lo hizo personalmente o por teléfono, es un detalle sin importancia. Pero sólo Somoza podía dar al teniente López orden de que dejara ir a los detenidos con el representante de Washington. Supongamos, ateniéndonos a todas las conjeturas posibles, que él supo el prendimiento por el presidente de la República. Se sabe que el presidente quedó enterado gracias a que su hija llegaba a La Loma en esos momentos; se sabe que quiso comunicarse con el Campo de Marte y que sus llamadas no fueron contestadas. Imaginemos que en tal hora, desesperado, el doctor Sacasa acudiera al ministro Bliss Lane.

Pero si sucedió así el ministro norteamericano debió acudir inmediatamente a evitar el crimen, puesto que la vida de Sandino debía ser preciosa para el prestigio de los Estados Unidos; y ocurre que no lo hizo, sino que se presentó más allá de medianoche en el cuartel donde se hallaban presos don Gregorio Sandino y el ministro Salvatierra. Por otra parte, ¿quién le dijo que se encontraban allí, siendo que ni el propio presidente Sacasa lo sabía? Sólo una persona: Anastasio Somoza. Un análisis elemental nos conduce, por de pronto, a esta conclusión: el ministro Bliss Lane supo, inmediatamente después de consumados los hechos, por boca de Somoza, que Sandino y sus compañeros habían sido asesinados. Ahora bien, ¿supo que iba a producirse ese escandaloso crimen antes de que ocurriera? ¿lo supo después, porque él indagó o porque Somoza fue a informarle? Cuando Somoza dijo a los oficiales reunidos en su residencia, a las siete y media de la noche, que llegaba de la legación americana y que en una conferencia con el ministro éste le había asegurado que “el gobierno de Washington respalda y recomienda la eliminación de Augusto César Sandino”, ¿estaba diciendo la verdad o estaba sólo presionando a sus subalternos con la noticia de que el asesinato era una orden de Washington?

Y si dijo la verdad, ¿procedía el ministro Bliss Lane con autorización de la Secretaría de Estado?

Misterio. Misterio que probablemente jamás se aclarará. Pero hay una afirmación que podemos hacer sin miedo de cometer injusticia: con o sin esa entrevista, real o supuesta, de Somoza con el diplomático estadounidense; con o sin las palabras de Mr. Bliss Lane repetidas por Somoza; con o sin orden procedente de Washington, el asesinato es moralmente una obra de los gobiernos norteamericanos que actuaron en el periodo que va de 1926 a 1934. Pues si el jefe de la Guardia Nacional nicaragüense se lanzó al crimen, y si con él se solidarizaron varios oficiales, y un alto número de ellos intervino materialmente en la fechoría, fue porque durante años esos constabularios oyeron a las autoridades civiles y militares de los Estados Unidos calificar a Sandino de bandolero.

La Guardia Nacional de Nicaragua fue adiestrada para matar a Sandino y a sus hombres; se le adiestró material y psicológicamente. Somoza, como Trujillo, aprendió a despreciar a sus compatriotas, y a despreciarlos más cuanto más dignos eran, en la prédica de la Infantería de Marina norteamericana; con ella aprendió métodos de terror, como los aprendieron Trujillo y sus oficiales, antes desconocidos en Nicaragua tanto como en la República Dominicana. En el caso nicaragüense como en el dominicano los invasores llegaron, destruyeron las instituciones nacionales, desviaron la corriente histórica de su curso normal y en cambio dejaron cuerpos militares organizados para el crimen. Lavándose las manos, como Pilatos, quisieron eludir toda responsabilidad, en el mejor de los casos, y dejaron a esos pueblos inermes ante fuerzas armadas por ellos y por ellos enseñadas a despreciar y a despotizar.

Recuerde el lector las palabras del ex teniente Abelardo Cuadra; aquellas de “Tacho Somoza redactó una acta. Con ello aspiraba a responsabilizarnos a todos con el acto que se iba a realizar. Nadie hizo objeción alguna antes de firmar el documento...”.

Y bien, ¿por qué habían de hacer objeción? La Guardia Nacional venía hacía años asesinando sandinistas, combatiendo contra Sandino, y estaba enseñada a perseguir al héroe y a sus partidarios. Eso lo sabía Somoza, de manera que él no pensaba estarles proponiendo a sus subalternos nada extraordinario cuando les pidió que firmaran el acta. Para Somoza —y él debía entender que también para todos ellos— esa reunión era simple y llanamente un consejo de oficiales convocado con el fin de acordar una operación militar contra un enemigo conocido.

La Guardia Nacional era, de hecho, la autoridad decisiva en el país, como la Policía Nacional, su hermana mayor, lo fue en la República Dominicana. La diferencia entre lo que ocurría en Nicaragua y lo que sucedió en Santo Domingo se debía a la personalidad de cada uno de los jefes. Somoza invitó a sus subalternos a discutir el asunto, levantando acta; además, ordenó que no se asesinara a don Gregorio Sandino ni al ministro Salvatierra. Trujillo jamás habría llamado a ese grupo de subalternos, sino a uno solo, para darle órdenes; y nunca hubiera permitido que quedaran sobrevivientes. Cuando mandó que se asesinara al poeta y líder horacista Virgilio Martínez Reyna se le dio muerte, a puñaladas, a su bella esposa, que estaba encinta. En cuanto a la presencia de Somoza en un recital al tiempo que se producía el macabro suceso, Trujillo ha actuado así en muchas ocasiones: estaba en una fiesta cuando ordenó la muerte de millares de haitianos, y en ella siguió mientras su ejército le daba cumplimiento.

Algunos apasionados han querido culpar al presidente Sacasa por el asesinato de Sandino. Su culpa está en haber traicionado a su pueblo permitiendo que su sobrino político usurpara su autoridad, pero no concretamente, o por lo menos directamente, en haber tomado parte en los hechos de esa sombría noche. Después del asesinato, nada hay tan patético como el desamparo de ese desdichado anciano, llamando desesperadamente por teléfono al Campo de Marte para evitar que la sangre derramada le deshonrara. Él sabía que era un prisionero de Somoza.

Para su mal, ni siquiera tuvo el coraje de abandonar esa noche la casa presidencial.

Tras el asesinato del paladín la Guardia Nacional comenzó, acto seguido, a completar su obra; y en todo el territorio donde se movió Sandino durante su gloriosa campaña de cinco años, se fusiló, sin previo juicio, a cuanta familia se halló. Hombres, mujeres, ancianos y niños eran muertos, sus chozas quemadas, sus bestias de labor y de alimentación, robadas. Somoza no quería dejar un sandinista vivo. Se salvaron los muy contados que huyeron a tiempo, internándose en las montañas como fieras perseguidas para refugiarse en Honduras y en El Salvador. Asesinado el caudillo, Somoza quería limpiar del todo su camino hacia el poder.

Seis meses después de la sangrienta noche del 21 de febrero, el 19 de junio de 1934, se rindió homenaje a Anastasio Somoza en la ciudad de Granada. En el espléndido banquete con que se le agasajó habló del crimen: “Fui llamado por el gobierno para liquidar la situación. Lo hice y no rehúyo las responsabilidades”.

No dijo qué gobierno lo había llamado, pero sin duda que no fue el de Sacasa. De todas maneras, en aquel banquete donde había dos ex presidentes, uno conservador y otro liberal, atronaron los aplausos cuando Somoza habló. Era que el héroe asesinado había sido odiado a partes iguales por conservadores, por liberales y por la Guardia Nacional.

Todos ellos eran enemigos del pueblo, y él había tomado las armas para defender a Nicaragua de sus enemigos.

III

Anastasio Somoza no es un desesperado a la manera de Trujillo. Convertido en el amo virtual del poder en Nicaragua, libre ya de la amenaza que para sus planes significaban Sandino y el sandinismo, dejó a su tío político haciendo el triste papel de presidente sin autoridad durante más de dos años del crimen.

Acaso creyó prudente esperar que la ola de la indignación producida en América cediese, aunque es muy probable que su propósito fuera llegar a la presidencia por caminos de apariencia legal. Porque en realidad Somoza es uno de esos dictadores que no toman en cuenta la opinión pública internacional, excepto cuando procede de los Estados Unidos.

Es el caso que el doctor Sacasa no fue echado del poder sino en junio de 1936; en noviembre de ese año hubo elecciones con la candidatura única de Somoza. Desde luego, resultó “electo por abrumadora mayoría”, según es tradición en los países tiranizados del Caribe, y tomó posesión de la presidencia él 1 de enero de 1937. En plena Guerra Mundial procedió a reelegirse con resultados de nueva “abrumadora mayoría”, mientras los líderes opositores se hallaban en el destierro y en las cárceles. En 1944 tuvo que hacer frente a los disturbios que se produjeron en toda Centroamérica como resultado de las limitaciones impuestas por la situación bélica mundial.

Pues sucedió que mientras escaseaban los productos de consumo en todas partes, y se vendían a precio fijo —pero remunerador y seguro— los que producían nuestros países —tanto agrícolas como minerales, en materia prima o manufacturados—, los productores tenían entradas firmes y con ellas encarecían los artículos de consumo mediante una demanda tenaz. Eso se reflejaba en una carestía creciente, que las leyes de restricción de precios no podían evitar, sobre todo en países como los del Caribe, plagados de tiranías que monopolizaban el comercio o que estimulaban la inmoralidad para favorecer a sus partidarios. De por sí, además, gran parte de los artículos de consumo procedían de Estados Unidos y su exportación estaba restringida. Fueron los días en que el pueblo cubano, con su acostumbrado espíritu festivo, se puso a cantar aquello de

*Se acabó el jabón,
no hay nada que hacer...*

Por reflejo encarecieron renglones de producción nacional, como carne y leche cruda, precisamente en los que casi todos los tiranos del Caribe estaban personalmente interesados. A la vez que esto sucedía la guerra propiciaba la promulgación de leyes que prohibían las huelgas, la petición de salarios más altos o cualquiera actividad que pudiera mejorar la situación de los pueblos. El resultado fue un número impresionante de movimientos populares en cadena, que se produjeron en el continente entre 1944 y 1945, favorecidos por la obligada propaganda en favor de la democracia.

Los movimientos alcanzaron a todos los países de América Central, a Cuba, Haití, la República Dominicana, Venezuela, Colombia y Panamá, y originaron la caída de tiranos tan feroces como Maximiliano Hernández Martínez en El Salvador y Jorge Ubico en Guatemala, la salida del poder de Fulgencio Batista en Cuba, de Arnulfo Arias en Panamá; el derrocamiento, por acciones conjuntas de militares y civiles, de los presidentes de Venezuela y Haití, la división del liberalismo en Colombia con la aparición del gaitanismo y la consiguiente subida al poder de los conservadores en ese país. El poder de Somoza fue conmovido por una serie de huelgas y manifestaciones en que participó toda la ciudadanía, liberales y conservadores unidos. Una impresionante manifestación de mujeres enlutadas recorrió las calles de Managua; y de nada valía que la Guardia Nacional quisiera disolver esos actos, porque la presión popular estallaba por donde menos se esperaba.

El país no volvió a su normalidad. Cuando la situación fue dominada por la fuerza, Somoza pasó balance y halló que millares de nicaragüenses habían ido a dar en las cárceles o se hallaban en el destierro; y entre ellos los había desde millonarios hasta campesinos pobres. Muchos de los líderes liberales estaban en franca rebeldía política desde los días de la reelección somocista. No se trataba, pues, de luchar sólo contra los conservadores, sino contra todo el pueblo. Flexible como es, muy astuto para

apreciar la realidad y eludir sus consecuencias si no le favorecen, el dictador retiró su candidatura para un nuevo periodo y buscó un títere del partido liberal a fin de que figurara en la presidencia mientras él volvía a los cuarteles.

El escogido fue Leonardo Argüello, electo en febrero de 1947, también “por abrumadora mayoría”. Somoza repetía en sus predios lo que diez años antes había hecho Trujillo en los suyos. Pero Somoza no tenía en Nicaragua un control de la situación tan completo como el de Trujillo en Santo Domingo. El presidente Argüello tomó posesión el 1 de mayo de 1947 y veinticinco días después, justo el 25 de mayo —e insistimos en la fecha porque parece increíble que no durara en el poder un mes—, el amo de Nicaragua dio un golpe de Estado y derrocó a su representante civil. Parte de la oficialidad de la Guardia y gran parte de los líderes liberales habían rodeado a Argüello para fortalecerlo en una lucha contra Somoza, que se veía llegar; el matador de Sandino cortó la amenaza de un tajo.

El jefe director de la Guardia Nacional no se atrevió a auto-designarse presidente, de manera que dejó ese cargo en manos de un dependiente suyo; hasta que en 1950 se cansó de esa situación y ordenó a su Congreso que lo eligiera “designado”, esto es, sucesor legal del cargo, e hizo renunciar al que se hallaba de turno.

Para asegurarse la tranquilidad Somoza negoció un acuerdo con la jefatura del partido conservador en el que se especificó que en el Congreso habría representación conservadora, que Somoza no se reelegiría al terminar su nuevo periodo y que no se restringirían ni la libertad de prensa ni la de movimiento de los nicaragüenses que quisieran salir del país o volver a él. Cinco años después, a principios de 1955, iniciada una campaña de propaganda reeleccionista, el jefe del partido conservador, senador Emiliano Chamorro, anciano de más de ochenta años, era enviado a la costa del Caribe en relegación por ocho años dentro de los pequeños límites de Bluefields.

Nicaragua no gravita hacia el norte de la América Central. Su amplia frontera con Honduras está prácticamente despo- blada, sobre todo hacia el Caribe, y por otra parte la mayor población de Honduras queda hacia la frontera norte de este país, más bien en la región del nordeste, donde se hallan las grandes plantaciones de bananos de la United Fruit y las salidas marítimas del país. En cuanto a El Salvador, su economía y sus fuerzas militares son demasiado fuertes comparadas con las de Nicaragua, de manera que Nicaragua no puede pesar sobre El Salvador.

En cambio entre Nicaragua y Costa Rica ha habido siempre una estrecha vinculación comercial, política y cultural. El río San Juan, que hace frontera entre los dos países hacia el Caribe, es la salida obligada de productos nicaragüenses y costarricenses; las llanuras de Chontales en Nicaragua son ricas en ganado que se consume —más bien, se consumía— en Costa Rica; para llegar a ciertas zonas de Costa Rica hay que internarse en territorio nicaragüense, y en la llamada Frontera Norte, hacia el Pacífico, el tráfico comercial entre nicaragüenses y costarricenses es constante. Debido a su proverbial democracia y a la facilidad de llegar hasta ella desde su vecina del norte, Costa Rica es el refugio de los desterrados de Nicaragua; además, en la zona bananera costarricense hallan trabajo millares de compatriotas de Sandino. Por último, sobre todo después que a resultas de los movimientos populares de 1944 Somoza cerró las universidades, buen número de jóvenes estudian en San José.

Hacia 1940 Costa Rica conoció, por vez primera, lo que era tener gobernantes inmorales, gentes que se aprestaron a negociar con Somoza cobrándole una participación ilegal por cabeza de ganado que dejaran entrar en tierras costarricenses. Somoza se había adueñado, en la práctica, de todo el comercio de carnes en su país; y lo hizo en la forma pública y hasta chistosa habitual en él. Por ejemplo, está el caso de un plantador de cocos, extranjero por cierto, en cuyos vastos campos crecía abundante

yerba, a quien Somoza visitó cierta vez. “Hombré —le dijo, con la típica acentuación aguda de los nicaragüenses—, tú tienes aquí bastante pasto entre esos cocos. Te voy a mandar unas cuantas reses para que me las engordes.” Y le envió cerca de mil cabezas, que pastaron allí durante varios meses, con todos los gastos de cuidado por parte del cosechero de cocos, porque Somoza no se ocupó ni siquiera de mandar alimento para los vaqueros.

Incidentalmente recordamos el caso de un ciudadano cubano dueño de un buque, que por averías fue a dar a Puerto Cabezas. Somoza se enteró de la llegada del barco y ordenó retenerlo allí, porque justamente de ese tamaño necesitaba él uno para llevar ganado a Panamá. El dueño del barco le visitó en su ingenio de Montelimar, y fue cordialmente recibido por el dictador, a quien jamás abandona su simpatía personal; y se acordó que el cubano daría poder a un abogado nicaragüense para negociar el barco, que Somoza compraría. El propio Somoza señaló al abogado, un joven diputado adicto suyo, que viajó a La Habana. Se dieron los poderes y Somoza compró legalmente, pero jamás pagó. El sistema es muy parecido al que usa Trujillo, con la diferencia de que Somoza engaña con sonrisas y Trujillo aturde con el terror.

Desde luego, con esos métodos Somoza acabó, como Trujillo, siendo dueño de las mejores empresas de Nicaragua; ingenios azucareros, alcoholes, negocios de cambios, líneas marítimas, ventas de carne, leche y sus derivados, fincas. En los días de la guerra se exportaba carne por avión a Cuba, y a él en persona había que pagarle cada envío; sólo aceptaba dólares. No tenía intermediarios, y cuando alguien pretendía competir le dejaba hacer hasta el último trámite, a fin de arruinarle; a la salida del avión jamás aparecía la persona encargada de autorizar el vuelo, y en el calor de Managua la carne se pudría en veinticuatro horas. O sucedía que alguien necesitaba cien mulas, iba a comprarlas a Nicaragua y no podía exportarlas sino después que un hijo de Somoza recibía una regalía de veinte o de treinta dólares por cabeza.

En fin, así iba el dictador tirando, acumulando sus millonajos, sacándose los no sólo a sus compatriotas sino además a los costarricenses, por vía indirecta, y a los cubanos y a quien hiciera negocios con él. Hasta que en 1948 perdió la base comercial de Costa Rica.

Pues sucedió que el pequeño grupo de gobernantes costarricenses que inició, a ejemplo y por ofertas de Somoza, la corrupción económica en un país donde era desconocida, creyó que podría extender esa corrupción al campo político. Comenzó a hacerlo, olvidando que el medio nacional, la tradición, la cultura, no eran del mismo nivel que en Nicaragua. En 1944 ese grupo adulteró el resultado de las elecciones presidenciales, con fraudes en los colegios y actos de violencia nunca antes vistos en el país; en 1948, a pesar de haber repetido los métodos empleados en 1944, perdió las elecciones y declaró que las había ganado porque la oposición había cometido fraudes, caso peregrino y único, comparable con el de la escopeta alegando que la paloma le había disparado.

Pero los fundamentos de la democracia costarricense eran sanos; y de ellos surgió un caudillo de la dignidad nacional y un haz de notables jóvenes que le secundaron. Ese caudillo fue José Figueres. Alzado en armas y seguido por una juventud brillante y de coraje, Figueres mostró una inesperada capacidad militar que nadie hubiera sospechado en un costarricense, gente de paz. La organización de sus tropas, la audacia de sus planes y la corrección de su ejecución asustaron a Somoza, quien, cuando vio en peligro a sus asociados de San José, envió hombres y armas a defenderlos. Pero fueron batidos inexorablemente. Entonces Somoza envió su Guardia Nacional sobre el país vecino, con el beneplácito del gobierno de Costa Rica.

Pero sucedió que en tal momento —abril de 1948— estaba celebrándose la Conferencia Panamericana de Bogotá, y en su seno denunció la agresión somocista Rómulo Betancourt, que presidía la delegación de Venezuela cargado de prestigio inter-

nacional gracias a su reciente actuación como presidente de su país. El escándalo obligó a Somoza a retirarse; y de no haberlo hecho, de todas maneras, se exponía a que las fuerzas de Figueres acabaran acampando en Managua, con el regocijo de los nicaragüenses que veían en el joven líder costarricense todo lo opuesto de lo que era su dictador. Los asociados de Somoza perdieron el poder en Costa Rica poco después, en el propio mes de abril de 1948. El exportador de corrupción no tuvo mercado consumidor en el pequeño país vecino.

Somoza no tiene la tenacidad ciega de Trujillo. Sabe retirarse a tiempo cuando se ve envuelto en situaciones políticas difíciles. No demanda la sumisión de todo el mundo, no le sacan de quicio los opositores. Como aconsejaba un dictador dominicano del siglo pasado, “se ocupaba, pero no se preocupaba”. Eso sí, jamás perdona que se le arrebate un negocio. La pérdida de entradas económicas sufrida en Costa Rica a causa de la triunfal rebelión encabezada por José Figueres no sería perdonada por el dictador de Nicaragua. En diciembre de 1948 volvió a la carga, esta vez para restaurar en el poder en Costa Rica a los que habían sido derrocados en abril de ese año. En esa agresión somocista hubo crímenes espeluznantes, como el de un número de distinguidos médicos costarricenses agregados a la Cruz Roja, asesinados con brutal saña por los agentes de Somoza en territorio de Costa Rica. Una vez más, sin embargo, su agresión fue repelida.

Figueres entregó el poder, a fines de 1949, el jefe político que había sido elegido en los comicios burlados por el gobierno derrocado. Ese jefe político era un conocido periodista. Sin el alzamiento de Figueres y de su grupo jamás habría él alcanzado la presidencia; sin la obra económica del régimen provisional de Figueres su gobierno nunca hubiese tenido estabilidad. Pero desde antes de ocupar el cargo comenzó a ser trabajado por el consejo somocista, dirigido a hacer de él un adversario de Figueres. Es de pensar que ni el mismo Somoza previó el buen éxito que iba a tener.

La estrategia de Somoza descansó en este principio:

Siendo Costa Rica un país sin tradición militar —y precisamente Figueres había disuelto el ejército—, y por tanto militarmente débil, cuyo pueblo no quiere la guerra, si Nicaragua amenaza con acción armada, achacando al figuerismo la culpa de esa acción, los costarricenses preferirán abandonar a Figueres; como contraparte, Nicaragua tiene que demostrar que habrá paz si en Costa Rica gobierna una persona que no sea Figueres.

Por odio político el periodista presidente se prestó a ese juego, olvidando que cuando a él le arrebataron el triunfo electoral y fueron en su busca para asesinarlo —y asesinaron a un amigo y compañero—, los que así actuaron lo hicieron con la ayuda de Somoza. Somoza supo cultivar el resentimiento del nuevo gobernante con tanta habilidad que los periódicos de América imprimieron fotografías de los mandatarios de Costa Rica y Nicaragua abrazados en Managua. De manera que allí donde no le dio resultado la compra de la voluntad de un gobernante con dinero —porque ese periodista era honesto en esa materia— le rindió frutos cultivar el resentimiento de una vanidad política herida por la creciente popularidad de Figueres.

El día que el presidente periodista entregaba la presidencia a José Figueres, electo por una aplastante mayoría en 1953, comenzó su discurso de despedida afirmando que su mejor obra había sido la de haber mantenido la paz y las buenas relaciones con todos los países. El pueblo entendió su alusión a Somoza. Ya era, de hecho, una de las puntas de lanza que Somoza iba a utilizar en su próximo ataque a Costa Rica, que tuvo efecto en enero de 1955, esa vez con aviones y tanques.

Hay una página triste en las relaciones del periodista ex presidente de Costa Rica con el dictador de Nicaragua. En abril de 1954 Somoza descubrió una importante conspiración para derrocarlo; en verdad, la más seria de cuantas se han organizado con ese fin.

Los conspiradores tenían abundante equipo de armas modernas, alianza con varios jefes de guarniciones y de puestos de la Guardia Nacional, hombres reconcentrados en las afueras de Managua y acuerdos con numerosos políticos conocidos. Entre los reconcentrados había muchos que habían ido subrepticamente de Costa Rica, cruzando gran parte del territorio costarricense, el Lago de Nicaragua y el trecho entre éste y Managua. La habilidad con que fue organizado ese movimiento habla muy alto de la capacidad de su jefe militar, Pablo Leal, asesinado en esa ocasión, y de los que con él murieron; pues en un país de libertades públicas como Costa Rica, donde por lo mismo es difícil actuar con secretos, nadie supo nada, ni siquiera el ex presidente periodista, que por haber sido gobernante, por ser jefe de un partido y por su función de periodista —dueño de dos diarios y una planta de radio— tenía siempre las mejores fuentes de información; como en el campo opuesto, Nicaragua, erizado de espionaje, nadie tampoco supo palabra hasta que uno de los conspiradores delató el movimiento en el último minuto.

Somoza asesinó sin piedad a la mayor parte de los conjurados; pero uno de ellos, casado en Costa Rica, con mujer e hijos costarricenses, fue hecho preso a fin de sacarle declaraciones que comprometieran al gobierno de Figueres como organizador del complot. El preso se negó a hablar. Nadie sabía, ni en Nicaragua ni fuera de Nicaragua, que todavía vivía. Casi un mes después apareció en uno de los diarios del ex presidente y periodista costarricense una noticia a todo cintillo: “Jorge Ribas Montes muerto en combate con la Guardia Nacional”; y en el texto se aseguraba que la información procedía de fuentes oficiales de Nicaragua.

Ese diario fue enviado por aire a Managua el mismo día y presentado a Ribas Montes, que había sufrido ya toda suerte de torturas sin animarse a declarar lo que se le dictaba. Al mostrarle el periódico se le dijo que su familia lo daba por muerto, y sólo si él accedía a afirmar lo que deseaba Somoza su familia

sabría que él vivía. Ese tipo de tortura —el de imaginarse a la joven esposa desolada, llorando con el malhadado diario en el regazo— era demasiado fuerte. Accedió. Firmó cuanto se le exigió.

El diario del ex presidente periodista había jugado su importante papel en los planes de Somoza para justificar una agresión a Costa Rica, como lo jugó el propio ex gobernante con una obra de agitación que duró largos meses. La agresión tardó, pero llegó, como se ha dicho ya, en enero de 1955. Fueron muchos los costarricenses caídos. Empecinado en su campaña contra Figueres, tan cegado en su resentimiento que no se daba cuenta de que estaba siendo instrumento de Somoza, el ex presidente periodista pidió en un artículo que se les preguntara a las viudas y a los huérfanos de los costarricenses caídos en esos días qué convenía más a Costa Rica, si el abrazo que él le había dado a Somoza en Managua cuando era gobernante o las “aventuras internacionales de Figueres”. Las viudas le dieron una lección de dignidad; le contestaron públicamente que preferían a sus maridos muertos antes que sufrir la afrenta de ver a un mandatario costarricense abrazando al asesino de Sandino.

En su intento de corromper al pueblo vecino fracasó, pues, Anastasio Somoza. Pero no había fracasado en otra actividad extrafronteriza, la que provocó la caída del gobierno de Jacobo Arbenz en Guatemala, a mediados de 1954. Desde 1952 Somoza empezó a adiestrar hombres en sus propias fincas para lanzarlos contra Guatemala. Esa actividad fue iniciada con el respaldo de Rafael Leonidas Trujillo; y a fines de 1953 llegó a haber en Nicaragua una fuerza expedicionaria bien organizada. No es ningún secreto que en esa tarea Somoza se sintió respaldado por la Secretaría de Estado norteamericana, cuyo titular, el señor Foster Dulles, había abogado claramente en diversas ocasiones por una acción que derrocará a Arbenz.

La posición de Anastasio Somoza en los círculos oficiales de los Estados Unidos se hizo muy difícil después de 1944, espe-

cialmente a raíz de haber pasado a ocupar la presidencia Harry S. Truman tras la muerte de Franklin Delano Roosevelt. La sangre de Sandino era una mancha demasiado fuerte en la Política del Buen Vecino. Por otra parte, la guerra había logrado ampliar en grado importante los conocimientos del pueblo norteamericano sobre dictaduras y democracias fuera de sus fronteras; la propaganda contra la dictadura hitlerista alcanzaba también, por extensión, a las de la América Latina.

Nicaragua no es país donde haya grandes inversiones estadounidenses, lo cual quiere decir que el régimen de Somoza no tiene, como el de Pérez Jiménez o como el de Batista, centros de empresarios petroleros, azucareros interesados en defenderlo dentro de los grupos gobernantes de Washington; y en cuanto a la política basada en la posibilidad de que alguna otra potencia intentara abrir un canal por tierras nicaragüenses para competir con el de Panamá, había caducado por sí misma. Tacho Somoza llegó a tener tan mala atmósfera en Washington que el gobierno títere que él organizó a raíz de haber derrocado a Leonardo Argüello tardó un año en ser reconocido por la Secretaría de Estado.

Pero cuando hizo falta en la América Central —y dadas las circunstancias geográficas, tenía que ser ahí y no en otra parte— un cómplice para ayudar en el derrocamiento de Arbenz, Somoza volvió a cobrar importancia como aliado de Washington. La conspiración de abril de 1954, descubierta milagrosamente horas antes de hacerse efectiva, coincidió con los toques finales de la agresión a Guatemala; de haber tenido buen éxito, la acción armada contra Arbenz habría tenido que buscar otras bases.

Somoza explotó esos aspectos de su ayuda a los atacantes del régimen de Arbenz para obtener, implícitamente, manos libres en su ataque a Costa Rica, pues la presencia de José Figueres en el gobierno de Costa Rica había sido su pesadilla desde antes de las elecciones de 1953 en que el caudillo de la dignidad costarricense alcanzó la presidencia constitucional de su país. Para ayudar a los adversarios de Figueres, Somoza organizó una colecta en la que

debían participar los cuatro componentes del póker de espanto del Caribe (en los círculos diplomáticos de Managua se dijo que el recaudador se había quedado con una parte del dinero, sobre no haber dado la que él había ofrecido). Después de las elecciones, su plan fue atacar, valiéndose de algunos antifigueristas que pudieran ofrecerle a su intervención carácter de movimiento político doméstico dentro de las fronteras costarricenses.

De todas maneras, y a pesar de su complicidad en los sucesos de Guatemala que llevaron al poder a Castillo Armas, no conviene engañarse y pensar que el sustento del régimen somocista es de origen exterior. Los norteamericanos lo eligieron a fines de 1932 como su sargento de confianza para eliminar en Nicaragua la oposición antiamericana personificada en Sandino. Pero con el andar del tiempo, imponiéndose, aterrorizando, enriqueciéndose, corrompiendo, el dictador acabó hallando en la propia Nicaragua bases para estabilizar su dominio. Así, cuando a principios de 1947 llegó la ruptura franca de Washington con él, ya se hallaba firme en su mando. Menos voraz que Trujillo, más dúctil, con condiciones políticas que no tiene su colega dominicano, supo acomodarse a las condiciones económicas de su país, más débil en ese sentido que Santo Domingo, y a la situación política, más difícil por cuanto en Nicaragua perduró la división entre liberales y conservadores, y perduró, aunque no en el grado de antes, la fuerza de estos últimos.

Una época de precios excepcionalmente buenos para los productos básicos del país —café, algodón, carnes y maderas— se presentó entre 1948 y 1954, y Somoza tuvo suficiente buen criterio para no impedir que muchos de sus adversarios se dedicaran a la producción de algunos de esos artículos, lo cual permitió que se consolidara y ampliara una pequeña burguesía comercial y campesina muy útil para los fines de prolongar su régimen. Pues en su etapa de consolidación, una pequeña burguesía que se beneficia de un régimen político prefiere seguir con ése, por malo que sea, a jugarse su creciente bienestar en una aventura revolucionaria.

En cuanto a la clase obrera de Nicaragua, su situación es muy parecida a la de Santo Domingo; esto es, debe trabajar en las contadas industrias o empresas que son principalmente del dictador y de sus familiares y allegados, o en algunas —muy escasas, como las minas de oro del centro del país— extranjeras. Debido a que el dictador es productor, no puede tolerar peticiones de mejores salarios o de derecho de huelga. Los trabajadores nicaragüenses y los dominicanos son, por razones similares, los peor tratados en la zona del Caribe; si bien los de Nicaragua tienen la posibilidad de emigrar a los restantes países de la América Central, mientras que los dominicanos tienen que competir con obreros de bajo jornal importados de Haití y de las Antillas inglesas.

En 1952 Anastasio Somoza visitó en la República Dominicana a su amigo y colega Rafael Leonidas Trujillo. Salió de allí asustado. El hecho de que nadie pudiera hablarle a Trujillo sin ser previamente autorizado por éste —y los miembros de la comitiva de Somoza se vieron en ese caso—, el de que en las habitaciones que se le destinaron hallara audífonos secretos para recoger sus palabras, y varios detalles oprobiosos, le hicieron pensar que su compañero de aventura dictatorial estaba mentalmente enfermo. Como es un extrovertido, lo dijo así a quien quiso oírle cuando retornó a Managua.

Pero sin duda debió darse cuenta de que si las diferencias de matices en sus dos personalidades distinguían sus respectivos regímenes, en sus fundamentos ambos eran iguales; ambos habían tenido igual origen, ambos descansaban en el dominio de una fuerza militar, partido armado en el poder; ambos usaban ese poder para aumentar sus riquezas y para ampliar su esfera de acción. Ambos, en fin, eran parte del póker de espanto del Caribe.

La lógica de la historia indica que ambos desaparecerán en una misma época y en forma parecida.

MARCOS PÉREZ JIMÉNEZ, LA CARTA DE VENEZUELA

I

Hemos llegado —¡por fin!— a un ejemplo de tiranía del Caribe en cuyos orígenes primeros —si se nos permite la redundancia— no tuvo intervención el imperialismo. Esos “orígenes primeros” están en el predominio de las fuerzas andinas, esto es, procedentes de los Andes; y aunque pocos años después de hallarse establecidas en el poder se aliaron a cuantos imperialismos florecían en el Caribe, es del caso admitir que su predominio en Venezuela surgió de males nacionales y se desarrolló, sobre todo, gracias a debilidades nacionales.

Venezuela tiene su costa norte en el mar Caribe, y fueron indios de Venezuela los que le dieron nombre a ese mediterráneo americano; al este se halla el Atlántico, al sur el Brasil y parte de Colombia. Queda el lado oeste, en el cual está la frontera con Colombia. La frontera corre de sur a norte. Hacia el sur está el Alto Llano o los llanos de Apure; hacia el norte la frontera está formada por la cordillera de los Andes, que va a terminar en las orillas del Caribe con las cumbres nevadas de Santa Marta. En la parte media de esa mole montañosa están las provincias o estados que se conocen como “estados andinos”. Hay uno de ellos, el más occidental —el de Táchira— que ha sido desde fines del siglo pasado el nidal en que han empollado las tiranías que han azotado el país. Pero el pueblo venezolano llama a los tachirenses con el nombre genérico de “andinos”.

América conoce muy poco a Venezuela. La quiere, sin duda por Bolívar, por Sucre y por ese ejército libertador que recorrió

las llanuras y las montañas del continente sembrando repúblicas; la admira por su heroísmo y por sus figuras eminentes en las letras americanas, como Andrés Bello, Rómulo Gallegos, Andrés Eloy Blanco. Sabe que su riqueza es inconmensurable, en petróleo, en hierro, en brillantes. Pero ignora que Venezuela es de los países etnográficamente más ricos de América, una suma de pueblos que incluye a los guajiros de la península de su nombre en la costa del Caribe, a los mestizos de Margarita, a los negros de Oriente, a los llaneros, a los indios de las selvas del Orinoco, a los buscadores de minas de las Guayanas, cada uno con sus bailes propios, sus cantares, sus leyendas.

Entre esos pueblos está el tachirense. Habita en sus ciudades y aldeas de las montañas, adusto, trabajador, frugal, sin recibir en sus tierras influencias del resto del país, dominado por el cura y esclavo de las tradiciones, produciendo lo que puede, algún café, alguna lana, algún trigo, alguna carne. Debe ser fruto de mezcla entre el español y el indio de las alturas. Sus rasgos son españoles pero su pelo es lacio y negro como el del indio; su porte, fuerte; su cabeza dolicocefálica recuerda la del sirio libanés, con quien tiene mucho parecido; los ojos negros, los dientes fuertes, la piel tirando a quemada y rojiza. Estos rasgos son comunes a los pobladores de todos los estados andinos. El andino habla pronunciando fuertemente cada sílaba y alargando las “eses”, con un acento moroso, más parecido al del bogotano que al del habitante de Venezuela.

Venezuela se desangró en su lucha por la independencia, primero, y en la lucha por la libertad de América después. Los andinos apenas participaron en esa epopeya. Pero Venezuela acabó de desangrarse en su terrible guerra federal, la gran guerra social del país, en que las razas y las clases se nivelaron por la violencia. Los andinos no tomaron parte en la guerra federal. Trepados en las faldas de la gran cordillera, se quedaron allá, cultivando sus pequeños valles y sus tradiciones, multiplicándose, fortaleciéndose mientras el resto del país se debilitaba.

A la guerra federal siguieron innumerables movimientos armados, la proliferación de los caudillos, la “pelea de perros”, como diría un venezolano, entre godos y liberales; en una palabra, el empobrecimiento del país mientras los andinos cultivaban café, criaban reses, comerciaban con Colombia y con las poblaciones de los Llanos. A fines del siglo XIX los andinos eran el único núcleo racial fuerte, unido y con producción regular que había en el país. Ese núcleo iba a derramarse bien pronto sobre Venezuela y a imponer en la enorme tierra de Bolívar —un millón de kilómetros cuadrados— su concepto de la vida, reaccionario y duro.

La revolución que los andinos llamaron “La Restauradora” se inició en 1898 bajo la jefatura de Cipriano Castro, que se creía heredero directo del Libertador y por tanto el mesías de una nueva América ajena a influencias europeas o norteamericanas. Su gobierno se distinguió por la dictadura que estableció dentro de Venezuela y por el nacionalismo palabrero con que vivió desafiando a Europa y a Estados Unidos. Derrocado por su compadre y vicepresidente Juan Vicente Gómez, mientras iba en viaje de salud hacia Francia, en 1908, su sucesor afirmaríala en una tiranía de veintisiete años el carácter regional del régimen: todos los cargos clave para dominar el país cayeron en manos de tachirenses, desde la jefatura civil de un caserío hasta los comandos de tropas. El Táchira primero, y los demás estados andinos después, se vaciaron en Venezuela.

De esa época hay un decir para explicar la dolicocefalia andina. Cuentan los venezolanos que cada vez que nacía un niño andino, la madre le ponía el rostro hacia Oriente y le daba una cachetada en la parte de atrás de la cabeza mientras le decía: “Vete a Caracas a buscar puesto”; de ahí que todos tuvieran la cabeza aplastada. Se hizo proverbial que cada familia tachirense, por humilde que fuera, dedicaba tres de sus hijos varones a sacerdote uno, a militar el otro, a funcionario público el tercero. Unidos por un fuerte sentimiento familiar y regional, los andi-

nos se ayudaban entre sí. En poco tiempo ser andino equivalió a un privilegio. El andinismo fue —y es todavía— una forma de prusianismo americano. Y en ese fenómeno social —no está de más recordarlo— nada tuvo que hacer el imperialismo.

Es solamente tontería pensar que los pueblos y las razas son malos o son buenos de origen. El andinismo, por ejemplo, ha hecho mucho mal a Venezuela, pero los andinos tienen virtudes notables; son tenaces, laboriosos, inteligentes. Las consecuencias de su conducta se deben al medio retrasado en que han crecido. Mas cuando los andinos se cultivan en ambientes propicios al refinamiento de la sensibilidad y al desarrollo de un concepto social apropiado, ponen al servicio del pueblo esas virtudes de su raza; y así se explica que los más renombrados mártires de la lucha por la democracia en Venezuela hayan procedido, en los últimos tiempos, de la tierra andina.

Una vez establecida la tiranía andina con Castro y reforzada con Gómez, hizo acto de presencia el imperialismo; el de bandera inglesa, el holandés, el norteamericano. Había petróleo en Venezuela, y ayudando a Gómez contra Castro, que merodeaba por las Antillas inglesas y holandesas, podían obtenerse concesiones para explotarlo. La historia de los cuantiosos regalos en yacimientos petroleros que Gómez hizo a sus nuevos amigos del extranjero, a cambio de tajadas para él, sus familiares y amigos; el relato de todas las intrigas que se tendieron entre Washington y Caracas, entre Caracas y Londres, entre la capital de Venezuela y La Haya, París, Roma, Madrid, es atractivo como una novela policial y repugnante como toda exposición de traiciones, crímenes e intrigas.

Pero sería exagerado afirmar que la ayuda imperialista para evitarle el ataque de Castro fue decisiva para mantener a Gómez en el poder. Esa ayuda le evitó muchos contratiempos, le permitió consolidar la paz y por tanto consolidar su régimen. Mas la fuerza en que él descansó fue el andinismo. El andinismo, compuesto por millares de hombres duros, laboriosos, que no

descuidaban su tarea de mantener sojuzgado al pueblo, fue el nervio de su régimen, el esqueleto de la tiranía, la base firme del poder gomecista. Cada andino colocado en una posición había logrado puestos y ventajas para sus familiares, y cada uno trataba de que el gomecismo no fuera derrocado porque ello equivalía a la pérdida de esos privilegios.

La historia de la tiranía gomecista, con sus cárceles espantosas en que moría la flor de Venezuela, con sus millares de desterrados y sus millares de asesinados, es bien conocida en América; y no vamos a reproducirla aquí. Gómez murió en 1935. Para el pueblo, gomecismo era andinismo, y el andinismo sabía que el pueblo le odiaba. Como él había llegado a imponerse sobre un pueblo dividido, como era una especie de partido político integrado por su sentimiento regional y su necesidad de conquistar en el resto del país el bienestar que su escuálida tierra de las montañas no le proporcionaba, se mantuvo unido a la muerte de Gómez y obedeció sin titubeos a sus jefes cuando éstos escogieron para sucesor de Gómez a otro andino; por cierto, uno que treinta y siete años antes, siendo muy mozo, había bajado del Táchira con Castro y con Gómez. El sucesor, pues, pasó a presidente, en diciembre de 1935, elegido por el congreso gomecista y confirmado por la oficialidad andina de la tropa.

Desde luego, la situación de Venezuela no era en 1935 parecida siquiera a la de 1898. La Guerra Mundial de 1914-1918 había operado una transformación apreciable en la economía de los pueblos americanos, y sobre todo en los del Caribe. Por otra parte el país había pasado de pastoril y agrícola a productor de petróleo; la población aumentaba, las ciudades crecían, la política y el comercio estaban formando nuevos núcleos sociales. Por lo demás en toda la zona del Caribe se levantaba la agitación, que en Venezuela produjo el alzamiento de los estudiantes en 1928, la llegada de una poderosa expedición armada en 1929, ataques desde Curazao ese mismo año y motines populares en diciembre de 1930.

El pueblo odiaba francamente al tirano y a sus secuaces; y en 1935 ya se había elaborado la Política del Buen Vecino en Washington y se sentían en Venezuela las ráfagas de una renovación que las masas reclamaban. Así, el sucesor de Gómez tuvo que enfrentarse, a poco de haber tomado el poder, con una huelga de violentas proporciones, seguida por manifestaciones públicas de carácter político y de saqueos en hogares y negocios de gomecistas. Los desterrados volvieron. El nuevo gobierno comprendió que tenía que cambiar de métodos. Además, el sucesor de Gómez tenía una dosis de temperamento político que le permitía maniobrar para ajustarse al nuevo estado de cosas, y adoptó la conducta de hacer el menor número de presos entre sus adversarios, desterrar sólo a los más destacados, tolerar cierto grado de libertad de prensa. Ahora bien, el fundamento del régimen seguiría igual, con andinos en los cargos clave, militares y civiles, elecciones amañadas y de tercer grado, manejo casi libre de los fondos públicos y sin organizaciones obreras o políticas nacionales.

Entre los pocos expulsados por el gobierno que sucedió al de Gómez estaba un joven de casi treinta años, que había participado en la sublevación estudiantil de 1928, que había vivido en el destierro manteniendo una constante campaña contra la tiranía y que había vuelto a Venezuela a poco de morir Gómez. Tenaz, infatigable, con sentido nato de organizador, Rómulo Betancourt se dedicó a organizar, con algunos de sus compañeros de destierro, una fuerza política nueva, de ideología y disciplina que la hicieran apta para enfrentarse algún día a los graves problemas del país con soluciones adecuadas, dentro de procedimientos democráticos y con fines claros de justicia social. Perseguido para ser echado al extranjero, se mantuvo trabajando en su obra clandestinamente, casi tres años.

De esa época se recuerda una anécdota que refleja muy bien el alma sombría del andinismo. Cierta noche la policía quiso apresar a Betancourt; el perseguido logró escapar tras un rato

de lucha, pero el agente que había tratado de apresarlos alcanzó a arrancarles una oreja de un mordisco, y con su trofeo auricular en la mano se presentó a sus jefes. ¡Gran noticia! El pabellón de carne se convirtió en un pabellón de guerra arrebatado en batalla al enemigo. Fue metido en un frasco de alcohol, presentado a los altos dignatarios del régimen como una gloriosa conquista, retratado y publicado en la prensa gubernamental. Pero resultó que la oreja no pertenecía a Rómulo Betancourt, sino a un desconocido que tuvo la desgracia de parecerse al joven líder. El desprendimiento a mordiscos de una oreja no es procedimiento honorable para que lo ejecute un policía civilizado, desde luego; pero puede pasar. Lo que pone al descubierto la entraña del andinismo es el júbilo oficial por la hazaña y su publicación en la prensa diaria. Ignoramos si el desorejador fue ascendido por su notable hazaña.

Rómulo Betancourt fue detenido, al fin, y expulsado. Pero la situación mundial se agravaba. Un país como Venezuela, productor de materia de tan alto valor estratégico como el petróleo, no podía ignorar que su destino estaba estrechamente ligado al del frente democrático. El heredero de Gómez procedió, pues, a maniobrar en la selección de un sucesor que, desde luego, debía ser también tachirenses. En el orden político no había una fuerza que pudiera sustituir esa vieja base regional y racial del régimen, y los comandos del ejército seguían siendo de procedencia andina. El presidente debía ser escogido por el Congreso, no por el pueblo, y gracias a la organización gomecista del Estado, que se conservaba incólume, el Congreso seguía estando en manos del gobernante.

La Guerra Mundial había estallado ya, y al parecer desde Washington hubo insinuaciones en el sentido de que Venezuela, garantía del suministro petrolero, debía tener un gobierno de libertades públicas, incluso aliado a los comunistas, a fin de evitar sabotajes en una industria vital para los ejércitos de las democracias. Por lo demás, aun sin esa insinuación y a pesar de sus simpatías por Mussolini, Isafás Medina Angarita, el nuevo

presidente, no tenía inclinaciones dictatoriales. Su gobierno fue en parte democrático, y decimos en parte porque no persiguió a la oposición, porque no censuró a la prensa y porque organizó un partido, a favor del poder, para apoyarse en la opinión pública, pero no admitió reformas en las instituciones básicas del orden político, por ejemplo, en el sistema electoral, que seguía siendo el mismo desde los tiempos de Gómez.

El pueblo sólo podía elegir ayuntamientos municipales y legislaturas provinciales o de estados; el Congreso Nacional, llamado Federal, era elegido por las legislaturas de los estados. Quien dominara en el Congreso disponía a su antojo de la sucesión presidencial, de la elección de presidentes de estados y de jueces; y el Congreso se hallaba de hecho en manos del presidente de la República debido a que éste disponía de las candidaturas a congresistas mediante su dominio de las legislaturas de estados, alcanzado gracias a que la mayoría de los estados no podían financiar sus presupuestos y necesitaban hacerlo con la ayuda del ejecutivo nacional. Como se ve, el mecanismo electoral de Venezuela bajo el andinismo se hallaba en manos de un solo hombre, el presidente de la República. Esa situación no fue alterada por Medina Angarita.

Sería deshonesto afirmar que el gobierno de Medina Angarita fue una dictadura, pero también sería deshonesto no afirmar que él era el heredero y beneficiario de la tiranía andina. Heredó su fuerza y la mantuvo en el poder; heredó su composición, la base de su existencia y sus vicios. Esos vicios, constitucionales, si así pueden definirse, estaban sobreviviendo a un régimen que ya se hallaba muerto en su entraña. La corrupción señoreaba la vida pública, y la corrupción no puede mantenerse, si hay libertad de expresión, sin poner en peligro la vida del régimen que la ejerce. Esto parecieron no comprenderlo ni Medina Angarita ni sus allegados en el poder.

Mientras tanto había sucedido que los desterrados volvieron, y Rómulo Betancourt, a la cabeza de su pequeño pero enérgico

grupo, tornó a la obra de agitación. En poco tiempo ese grupo era Acción Democrática, un partido con adictos en todo el país, que en las primeras elecciones en que participó ganó varios municipios y asientos de concejales en casi todos; amplió su base, predicó sin cesar su programa y afilió bajo sus banderas a la parte más batalladora de la juventud. La presión popular de 1944, que había conmovido a todo el Caribe echando del poder a varios dictadores y obligando a otros a comportarse con más flexibilidad, halló a Venezuela con un partido político moderno, organizado sobre ideología clara y disciplina adecuada.

En 1945 la propaganda de ese partido había quebrado las bases del andinismo, que se hallaban en el ejército. Como su antecesor, Medina Angarita se preparaba a elegir un sucesor, utilizando el mecanismo legal que lo había llevado al poder. Pero ignoraba que la raíz de su régimen estaba podrida. Una promoción de jóvenes oficiales del ejército, escasamente pagados, estudiosos, veía ante sí el camino cerrado por los viejos generales gomecistas. En ese grupo hacía efecto demoledor la campaña de Acción Democrática, que reclamaba mejor vida para las masas y una organización más moderna del Estado; legislación democrática veraz, participación mayor del país en las utilidades del petróleo y uso patriótico de esas utilidades; honestidad en la administración pública, ampliación de la escuela nacional, más capitales para el pequeño agricultor y mejor jornal para los obreros.

Nada de eso iba a obtenerse si Medina seguía en posición de elegir un sucesor entre sus secuaces, pues no se veía en tal grupo a ninguno con capacidad ni honestidad para llevar a cabo tal tarea. El partido que sostenía en la calle a Medina era un partido de burócratas, sin unidad ideológica ni arraigo en las masas; los comunistas, que apoyaban su régimen, eran pocos y se hallaban divididos. Entre las fuerzas que se encontraban frente a Medina los oficiales jóvenes no podían escoger; una de ellas era Acción Democrática y la otra un pequeño partido encabezado por el

sucesor de Gómez, y ese pequeño grupo estaba compuesto, sobre todo, por recalcitrantes gomecistas. Así, pues, los oficiales que pensaban en un cambio buscaron contacto con Acción Democrática.

Se ha dicho muchas veces que Acción Democrática —y sobre todo su líder político, Rómulo Betancourt— no debió haberse aliado a los militares para el movimiento de octubre de 1945. Es un error. De no haberlo hecho así los militares habrían derrocado a Medina y habrían establecido ese mismo día un régimen de soldados con todas sus consecuencias. Gracias a la audacia y la habilidad política de Acción Democrática fue posible inocularle a esa acción un contenido revolucionario, que hizo dar al país un salto de varias décadas en pocos meses. O tal vez habría sucedido que los jóvenes militares, desasistidos de respaldo civil, se hubieran abstenido de actuar, y en ese caso la situación del país estaba llamada a seguir su camino descendente de descomposición hasta llegar nadie sabe a qué extremos, pues Acción Democrática no podía elegir presidente con una organización electoral como la de Venezuela en tal momento, y el candidato oficial iba a resultar triunfante sin que el pueblo le diera el poder. Por lo demás, en política es muy fácil hacer suposiciones sobre la base de “si no se hubiera hecho esto, sino aquello”, pero la actuación pública requiere hechos, decisiones tomadas al ritmo de la marcha; y esas decisiones son buenas cuando dan frutos buenos, aunque sean temporales, como sucedió en Venezuela entre 1945 y 1948.

En 1945 la composición del pueblo venezolano era bastante caótica. Había una masa obrera relativamente pequeña para el número de habitantes del país, que trabajaba sobre todo en la industria petrolera, en la de la construcción y en la agricultura. Pero la agricultura —y sus conexos, la ganadería y derivados— era rudimentaria. En realidad, la gran masa campesina vivía en nivel sorprendentemente bajo. La actividad comercial era muchas veces mayor de lo que hubiera requerido una econo-

mía sana. Venezuela importaba —y ha vuelto a importar— casi todo lo que consumía; una moneda estable, fundamentada en la exportación del petróleo, facilitaba esa importación; y la distribución de productos importados en mayor cantidad de lo que en verdad convenía con su desarrollo social, demandaba un alto número de grandes y pequeños comerciantes.

En el país faltaban comunicaciones, incluso buenos puertos, y política de sanidad. Había regiones donde el paludismo era dueño y señor de la vida. La educación no llegaba sino a una pequeña parte de la infancia y a aquella parte de la juventud que podía ser sostenida en liceos y universidades por sus familias. La vida, normalmente cara, había encarecido sobremanera por las restricciones de la Guerra Mundial, que todavía se sentían en todo su rigor, por el exceso de intermediarios comerciales y por la escasa producción en renglones como carne, frutas, leche y trigo.

Había un número relativamente alto de gente muy rica —enriquecida por los favores de Gómez, con privilegios oficiales y concesiones petroleras— que no ocupaban sus fondos en montar industrias o en modernizar la agricultura y la ganadería; otro número, también relativamente alto, de millonarios dedicados al tráfico comercial; un núcleo, bastante amplio, de pequeños burgueses comerciantes que no podían progresar debido a los vicios gubernamentales, como el monopolio y las restricciones; y estaba, por último, la gran industria petrolera, dedicada a la extracción, que no transformaba el producto en el país sino afuera —en Curazao, Aruba y Estados Unidos, sobre todo—, con evidente perjuicio para la economía nacional; esa industria, además, pagaba impuestos bajos y contribuía, con sus enjuagues, a aumentar la corrupción oficial. Por último estaban los sectores profesionales y los burócratas de la administración pública, viéndose unos y otros que el valor adquisitivo de sus entradas era cada vez menor. De manera que en realidad toda Venezuela se hallaba como un torrente en cuyo curso ha caído una enorme piedra que reduce su marcha, obligándole a extenderse por las orillas. Nadie

veía la salida apropiada para tal situación. Eso explica que se produjera el estallido del mes de octubre en el año de 1945.

Los jefes militares del movimiento eran jóvenes, en su mayoría tenientes y capitanes, había entre ellos un mayor destinado a morir asesinado cinco años después, mientras presidía una junta militar alzada con el poder público. La acción tuvo que precipitarse porque Medina Angarita conoció los planes en las últimas horas. Corrió sangre en abundancia. Acción Democrática se lanzó a la calle, entró en los cuarteles alzados y llevó la rebelión a todos los sitios de Caracas que estaban en manos de las fuerzas del gobierno. Sin esa contribución de Acción Democrática la victoria habría sido alcanzada a muy alto precio de sangre, y tal vez no se habría alcanzado.

Se dieron incidentes pintorescos en medio de la lucha. El antecesor de Medina Angarita pensó que la rebelión había sido promovida por partidarios suyos, y acudió al palacio presidencial para hacerse cargo del poder. Al llegar se le detuvo y se le desarmó. Horas después, él y Medina Angarita se hallaban detenidos en un mismo cuartel. Desde un punto de vista personal Medina Angarita no merecía ese final, porque durante su gobierno no hubo prisión para ningún político. Pero él no fue derrocado porque fuera dictador, ni detenido por venganza, se le derrocó debido a que era el heredero y beneficiario de más de cuarenta años de tiranía y corrupción.

Algo de enorme interés para el sociólogo es el hecho de que esa rebelión, que entre otras tareas de rectificación histórica tenía la de eliminar el andinismo —y por tanto la división del pueblo en venezolanos privilegiados y venezolanos sometidos— estuvo encabezada sobre todo por andinos. Casi todos los jefes militares del movimiento procedían del Táchira. Ello se explica porque la gran mayoría de los que ingresaban en la Escuela Militar, durante los cuatro gobiernos andinos, llegaban de ese estado de los Andes. Ese hecho explica también la resurrección del andinismo como fuerza dominante, una vez que

los gobiernos de Acción Democrática fueron traicionados por el comando de las Fuerzas Armadas.

Desde Moscú se comentó el derrocamiento de Medina Angarita afirmando que tenía “fuerte olor a petróleo”. Todavía en esos días Washington y Moscú celebraban la luna de miel de la victoria sobre el fascismo, y por eso no se mencionó el imperialismo, sino que se aludió a su intervención de manera muy velada. Sólo así podían explicarse en Moscú la caída de un gobierno que tenía el apoyo comunista. Pero el imperialismo no tenía tan pocos sesos como para ofrecer el gobierno a un partido que había hecho conciencia nacional sobre la necesidad de meter en cintura a los petroleros. En lo que se refería a las relaciones del Estado con las compañías explotadoras del petróleo, como en varios otros asuntos de importancia capital, Acción Democrática tenía un programa más avanzado que el comunismo de Venezuela. La verdad era que los sucesos venezolanos venían siendo influidos por fuerzas exteriores en la misma medida en que toda nación recibe esas influencias, aun la más poderosa; pero eran primordialmente de orígenes nacionales, y a lo sumo correspondían a una etapa histórica que estaba desenvolviéndose por esos días en todo el Caribe.

El 18 de octubre de 1945, cuando estalló la rebelión, Rómulo Betancourt era concejal del Ayuntamiento de Caracas y periodista de la redacción de *El País*. Al amanecer del día 19 era presidente provisional de Venezuela.

II

He aquí un aspecto de los movimientos revolucionarios que se produjeron en el Caribe a partir de 1930 digno de ser tomado en cuenta por los historiadores del porvenir: la rapidez y la decisión con que se enfrentaron a los problemas que tenían por delante y la seguridad con que les dieron solución.

No en todos los casos se advirtió claramente ese aspecto, porque no en todos los casos se definieron de manera nítida las fuerzas que chocaban. Pero si se toma en cuenta que las revoluciones de independencia fracasaron en la acción política y económica después de haber tenido éxito en la militar; que otras tan categóricas como la guerra federal de Venezuela o la revolución mexicana tardaron años en hallar su camino, debemos convenir en que al derrocamiento de Machado en Cuba sucedió una acción política y social renovadora y de inmediatos resultados; otro tanto ocurrió en Guatemala a la caída de Ubico.

De pasada recordaremos que pocos días antes de su derrocamiento el régimen de Ubico autorizó por ley el asesinato de las personas que fueran halladas en predios ajenos; y esa ley, desde luego, autorizaba la muerte de indios y de jornaleros sin trabajo, porque sólo ellos se veían en el caso de meterse en fincas ajenas para recoger algún fruto o alguna leña. Adviértase por ese rasgo en qué retraso mantenían Ubico y su grupo a Guatemala, y dedúzcanse de ello las consecuencias lógicas para explicarse en gran parte lo que ha venido sucediendo allí en los últimos años.

El gobierno que produjo el movimiento haitiano de 1946 fue igualmente resuelto, rápido y eficaz; y lo fueron el que encabezó José Figueres en Costa Rica y el que emergió, a fines de 1948, de una acción revolucionaria en El Salvador. Ninguno de ellos, sin embargo, acometió tan inmediatamente y con tanta capacidad y energía un cúmulo tan grande de problemas como el que halló ante sí la revolución venezolana de 1945.

Esa simultaneidad en la acción tiene sus orígenes en el hecho de que los grupos que llegaron al poder en esos años pertenecían a una generación intelectual y moralmente preparada para la obra. Por primera vez entraban en escena hombres y mujeres que habían estudiado los males de sus pueblos con método y honestidad. La vasta literatura revolucionaria de Europa, los estudios de sociología y de economía, el ejemplo de otras re-

voluciones, y especialmente de Rusia, el propio desamparo y el atraso de sus pueblos, movieron sus corazones y sus mentes hacia la búsqueda de soluciones adecuadas para los intrincados problemas que tenían ante sí.

Esos problemas eran de poderosas raigambres y venían agravándose desde los días de la independencia, pues sucedió que nuestros países surgieron a categoría de naciones cuando todavía no disfrutaban de condiciones económicas, sociales y políticas, para formar Estados. La debilidad de la metrópoli española, en todos los órdenes, nos hizo lanzarnos a un abismo político, tal como un niño de corta edad se va por las calles a hacer su vida porque en el hogar de sus padres no hay comida ni ropa ni limpieza. El ideal republicano fue en nosotros obra del contagio, no fruto natural de nuestras fuerzas. Así, las revoluciones de independencia se atuvieron a separarnos de España, pero no pudieron procurarnos la estabilidad que necesitábamos para sobrevivir.

Esa estabilidad tenía que fundamentarse sobre economías sólidas y sobre ciudadanos capacitados. Y carecíamos de ambas cosas. Desgraciadamente, en la mayoría de nuestros países aquellos que ganaron prestigio en las guerras libertadoras lo usaron para beneficiarse a costa del pueblo. Fueron enemigos de España, pero no fueron patriotas. En muy pocos casos los libertadores se aplicaron a proporcionarnos las bases de un desarrollo económico y político saludable; lo que hicieron fue treparse en el poder para adueñarse de tierras, de ganados, de negocios, de honores. Salidos en una enorme proporción de las filas del pueblo, su ambición fue codearse con la aristocracia criolla, emularla o rivalizar con ella en riqueza.

Fue una fortuna para Costa Rica que allí no hubiera ni nobleza ni ricos —y ni aun medianamente ricos— a la hora de la independencia. Fue una desgracia para Venezuela que Páez, niño llanero prácticamente abandonado en su infancia, creyera que el fin de su vida era alzarse a la categoría de los mantuanos. Así es de patética su historia, y él es el mejor representante de

esa raza de libertadores que acabaron esclavizando a América con la pobreza, la ignorancia, la indignidad, pues mientras fue leal al pueblo y sirvió los ideales de la gran masa, ascendió desde criado de un llanero hasta general de Carabobo; después, personalmente siguió subiendo gradas a la vez que las iba bajando como hombre público. Cuando murió había llegado a ser hasta pianista pasable, lo cual indica que en sí mismo fue superándose, pero al compás que se superaba como persona caía y caía como ciudadano, al extremo de que su descrédito como político es mayor que su gloria de libertador.

La generación que hizo los movimientos del Caribe a partir de 1930 supo a tiempo que su deber era enmendar los yerros de los libertadores; que tenía por delante la tarea de dar a la independencia un contenido económico, social y de justicia humana que aquélla no llegó a esbozar. Se preparó, pues, para esa empresa; y cuando llegó al poder la acometió sin titubeos. Pero donde más ejemplar resultó su acción fue en Venezuela. Allí era, por otra parte, donde se había agrupado en un partido el mayor número de líderes capaces, unidos entre sí por una disciplina admirable y una ideología adecuada. Todavía al cabo de varios años de persecución por el terror, Acción Democrática es la fuerza política más capaz y mejor organizada en la América Latina.

Es fácil hallar el denominador común en todos esos movimientos del Caribe. Se trata de facilitar el desarrollo económico de los pueblos favoreciendo la formación de burguesías nacionales, a fin de que éstas pasen a ocupar el lugar que tienen los capitales extranjeros; pero esas burguesías no pueden —ni deben, por tanto— formarse a expensas de campesinos y trabajadores, como sucedió en Francia a raíz de la gran revolución; sino que las tres clases tienen que participar, a un mismo tiempo y dentro de un criterio de justicia común, en los beneficios de la riqueza naciente. El ambiente político para esa convivencia de los tres grandes núcleos tiene por fuerza que ser el de la democracia.

El punto débil de los movimientos del Caribe ha sido este último; pues dado que los pueblos han sido oprimidos durante tanto tiempo, el ansia de libertades políticas se ha sobrepuesto a la realidad y la ha ignorado. La realidad demanda que esas democracias revolucionarias sean regímenes fuertes, respetados por sus enemigos interiores y exteriores, sin miedo a opiniones interesadas; en cierto sentido, dictaduras de la democracia. Los movimientos del Caribe que han sido traicionados han tenido su tendón de Aquiles en la práctica de una democracia parlamentaria a la manera del siglo XIX, muy respetuosa de ciertas formas y con miedo al verdadero ejercicio del poder; olvidaron que una transformación del panorama económico y social agrade muchos intereses ilegítimos, y dejaron a esos intereses en libertad de acción, en libertad de conspiración. En algunos casos, cierto grado de corrupción, ideológica o administrativa, facilitó la obra de los conspiradores.

En la revolución venezolana de 1945 no hubo corrupción ni ideológica ni administrativa, pero hubo algún grado de soberbia en el pueblo, que se hallaba por vez primera gobernado por sus legítimos representantes; una atmósfera de impaciencia en grandes grupos de la población —no precisamente en el obrerismo organizado, que actuó con encomiable disciplina— creó cierto sentimiento de inseguridad. La gran piedra que cerraba el paso del torrente había sido removida, y las aguas corrían con violencia a llenar el cauce. Por otra parte, el mal latinoamericano del caudillaje ha tomado carta de ciudadanía en Venezuela. Enfermedad social de pueblos atrasados, entre nosotros ha sobrevivido al progreso, tal vez por herencia de la cultura árabe, donde el sultán era a la vez gobernante y representante de Alá. El pueblo de Venezuela acabó identificando a Rómulo Betancourt con su imagen del caudillo; a pesar de sus pretensiones de estar por encima del pueblo, el ejército compartía ese sentimiento, quizá sin darse cuenta.

El poder es, en el alma del pueblo, el lugar adecuado del caudillo; y cuando éste lo abandona el gran niño que es la masa se

siente defraudado. Por sí mismo, Betancourt hizo todo lo posible por erradicar el caudillaje del país; en ningún momento se sintió caudillo ni actuó como tal. Él era, y quería ser, un líder moderno, con sentido de la actuación colectiva, disciplinado, estudioso; jamás actuaba por su cuenta. Pero cuando un pueblo que tiene tendencia histórica y psicológica al caudillaje se siente reflejado en el gobernante, acaba fijando dentro de sí, como parte importante de sus afectos, la figura moral y hasta física de ese gobernante. Y sucedió que aun sin romper los marcos de Acción Democrática, sino que rebasándolos, Betancourt devino el caudillo de su pueblo.

Betancourt y Acción Democrática acabaron siendo términos sinónimos; de donde ocurrió que mientras aquél ocupaba la presidencia de la República el pueblo se sumaba a su partido. Dos elecciones se llevaron a efecto en la administración Betancourt, una para Convención Constituyente, otra para escoger presidente y Congreso constitucionales, legislaturas de estados y municipios; ambas fueron arrolladoramente ganadas por Acción Democrática sin que en ningún momento nadie, ni los más enconados adversarios, lanzaran una acusación de fraude. Las elecciones para constituyentes de 1946 y las generales de 1947 fueron las primeras, en la historia del país, en que hubo voto universal y secreto; Acción Democrática ganó las primeras con el setenta y cinco por ciento de la votación, y las segundas por el setenta y seis por ciento. Así, Acción Democrática tenía la mayoría en todos los cuerpos deliberantes, de frontera a frontera y de mar a mar. No es posible hallar un gobierno con mejores bases en la opinión pública.

Un año después, en noviembre de 1948, ese gobierno fue derrocado por el ejército —por algunos de sus jefes, desde luego, pues el ejército no fue consultado para tan nefanda acción—, y cuando en 1952 los militares alzados convocaron al pueblo en elecciones para Convención Constituyente, el mismo número de votantes que había sufragado en 1946 y 1947 en favor de Acción Democrática lo hizo entonces contra el régimen militar;

la ciudadanía no votó en esa ocasión por Acción Democrática, que había sido declarado partido ilegal y no pudo acudir a las urnas; pero votó por Unión Republicana Democrática y su candidato presidencial, Jóvito Villalba, un líder que se empareja con Rómulo Betancourt, pero no se le entregó el poder.

Del cúmulo de medidas favorables al interés popular y nacional que tomó Acción Democrática tan pronto llegó al poder en 1945, sobresalen unas cuantas; por ejemplo, la inmediata mejoría económica de burócratas, empleados, obreros y campesinos, no sólo mediante el aumento de sueldos y jornales, sino además mediante la rebaja de los artículos de consumo, de los alquileres y de los impuestos a una serie de productos que entraban en la alimentación popular; otros fueron comprados con subsidios y puestos a la venta a bajo precio. En el caso de los campesinos pequeños productores, se les facilitó dinero a plazos cómodos e interés bajo.

Las rentas del Estado no disminuyeron por esas rebajas de impuestos, sino que aumentaron, casi de golpe, a más del doble con el cobro idóneo de tasas sobre las rentas y con la imposición de otras para los beneficios que sobrepasaran determinada cantidad. Además, se llegó a un acuerdo con la industria petrolera para que pagara la mitad de sus beneficios líquidos, aumentara los jornales y el número de obreros y estableciera refinerías en el país. Fueron medidas tan contundentes, tan audazmente tomadas y sin embargo con bases tan sólidas en el terreno económico y moral, que los afectados tuvieron que plegarse a ellas sin mayores protestas. Como medida de moral pública, se juzgó a todos aquellos que se habían enriquecido dolosamente en el poder desde los días de Cipriano Castro, y se les despojó de varios centenares de millones de bolívares.¹

En acuerdo con los gobiernos de Colombia y Ecuador se creó la flota mercante Gran Colombiana, que aseguró el trans-

¹ El bolívar vale treinta y tres y medio centavos de dólar, de manera que un centenar de millones de bolívares equivale a treinta y tres y medio millones de dólares.

porte barato de la producción importada y exportada y pagó crecidos dividendos a los tres gobiernos. El de Venezuela prestó al de Ecuador los fondos para que adquiriera sus acciones. Se estableció la Corporación de Fomento, centro de actividades financieras para aumentar la producción en los más diversos aspectos, cuya actuación fue la más fecunda que se había visto en América en instituciones de esa índole.

La difusión de la enseñanza primaria y secundaria fue otra actividad ejemplar y en verdad asombrosa, pues cubrió todo el país, movilizó a millares de maestros y técnicos, alcanzó todos los rincones y tocó todos los aspectos de la cultura del pueblo. La obra sanitaria llegó a alturas nunca antes vistas en Venezuela, donde había centros de población diezmadados por las enfermedades tropicales desde hacía cientos de años. Había una ciudad llanera conocida con el mote de “la capital del paludismo”, que quedó, como muchas otras azotadas por otros quebrantos, libre para siempre de la endemia. El fomento general del nivel de vida fue pasmoso; y en poco tiempo no quedó un burgo sin luz eléctrica, atención médica, alcantarillado, agua potable.

Toda esa obra gigantesca fue echada abajo por el gobierno militar que sucedió a Acción Democrática. Volvieron a subir las rentas y los productos de consumo, se autorizó la rebaja de salarios y empleos, se cortó el suministro de fondos a los campesinos, se rebajaron los impuestos al petróleo, se desmanteló la flota Gran Colombiana, se devolvió el dinero mal habido a los que habían robado en los tiempos de esplendor del andinismo, se malgastaron las reservas oro acumuladas por Acción Democrática. El gobierno militar confió el aumento de sus rentas al aumento de la producción petrolera y a la venta de mineral de hierro en bruto; abandonó los trabajos en el interior del país para dedicarse a obras monumentales en la capital y en los centros urbanos más poblados. (Muchas de esas obras, por lo demás, habían sido iniciadas por Acción Democrática sin abandonar la atención a las que tenían mayor urgencia para la salud y el

bienestar públicos; por ejemplo, fue Acción Democrática la que comenzó la Avenida Bolívar en Caracas, el puerto de La Guaira en el Caribe, y la que hizo el estudio de la autopista entre Caracas y La Guaira.)

La gran obra de El Cenizo, donde estaban irrigándose centenares de miles de hectáreas y levantándose toda la instalación necesaria para iniciar por ahí una transformación de vastas proporciones en la zona campesina de la sociedad venezolana, fue abandonada; la autonomía universitaria y el cultivo de sus valores morales, el respeto a las instituciones populares como los sindicatos de obreros y las asociaciones de industriales y comerciantes: todo eso fue echado a un lado, desconocido o corrompido. La hermosa obra de Acción Democrática sólo quedó en los beneficios consumados —la familia palúdica con salud, el niño analfabeto ya letrado, el poblado sin aguas y sin luz eléctrica ya con cañerías e iluminado— y en el corazón del pueblo.

Se preguntará, ¿cómo, pues, a un gobierno así, tan acometedor, tan laborioso, tan entregado a la solución de los males del país, se le pudo derrocar con tan aparente facilidad?

Ya hemos explicado que Venezuela vivió más de cuarenta años bajo una tiranía sui géneris, algo así como un partido racista, duro, sin ideología pero con una franca tendencia al retraso y un tremendo impulso dirigido a la conquista de las ventajas que procura el poder. Con el andar del tiempo esa especie de partido se había vaciado en los cuarteles. Pese a la tremenda transformación, la oficialidad del ejército seguía siendo preferentemente tachirense; y en el carácter tenía sedimentos muy fuertes la idea de que a ellos correspondía la tarea de gobernar en Venezuela. Esa idea se ajustaba, como un guante a la mano, a un antiguo sentimiento que predomina en las Fuerzas Armadas de América y que en los últimos años llegó casi a ser una convicción en muchos institutos militares del continente; el sentimiento de que el gobierno debe hallarse en manos de los soldados. En el caso de Venezuela, una vez pasada la euforia re-

volucionaria comenzó a trabajar la propaganda de un pequeño grupo de altos oficiales que sostenían esa tesis. Fue un grupo muy reducido; pero ya hizo manifestaciones de sus propósitos en el gobierno de Betancourt, puesto que algunos jefes de fuerzas conspiraron o se sublevaron. Al abandonar Betancourt el cargo de presidente, esos pequeños núcleos fueron aglutinándose, la mayor parte alrededor de Marcos Pérez Jiménez, que era entonces teniente coronel.

Marcos Pérez Jiménez, tachirenses, había hecho estudios de superación militar en el Perú; de ahí retornó a Venezuela con dos ideas fijas: la de que él era un escogido del destino para gobernar, y la de que sólo el ejército podía salvar al país. De qué debía salvarlo es cosa que seguramente no se preguntó. Por otra parte, él, como muchos oficiales jóvenes, había sido trabajado por la tendencia fascistoide, fomentada por las simpatías de varios de sus jefes hacia Mussolini y hacia Hitler. El propio Medina Angarita, que había sido profesor de la Escuela Militar, ayudó a la difusión de esa tendencia, ya que fue admirador de Mussolini.

En varios países del Caribe había ejemplos elocuentes de ejércitos convertidos en partidos armados adueñados del poder, de manera que Pérez Jiménez y sus secuaces no estaban inventando la pólvora. Pero en Venezuela había además precedentes históricos de la tesis. En el siglo pasado el gobierno civil del doctor Vargas había sido derrocado por un levantamiento de militares; y en esa ocasión uno de los oficiales alzados le gritó al benemérito doctor Vargas que el gobierno era para los que tenían los fusiles. Por la grosera frase con que proclamó su doctrina ha quedado en la historia de Venezuela el coronel Carujo como arquetipo de la grosería con sable.

En 1948 se produjo una fusión de la doctrina bárbara de Carujo y la ambición tachirenses. El carujismo y el andinismo se encontraban en una encrucijada histórica y pasaban a formar un todo. Los andinos, sin necesidad de que fueran militares, se

consideraban herederos del poder en Venezuela; el ejército se creía llamado a conquistar el poder. Y resultaba que el ejército estaba comandado, de teniente arriba, casi totalmente por tachirenses. Se produjo, pues, una conjunción desdichada para el destino del rico e infortunado país. Ocurrió como si un cuerpo anduviera buscando su sombra y una sombra su cuerpo, y de pronto los dos se encontraban y formaban un todo.

Acción Democrática no previó esa síntesis infernal; no se dio cuenta de que había recibido en las fuerzas armadas la imagen de Cipriano Castro, de Juan Vicente Gómez, de Eleazar López Contreras, de Isaías Medina Angarita. En más de cuarenta años de control casi absoluto del poder público, el Táchira había nutrido los cuadros del ejército. Se pensó que también el Táchira había sido ganado por el ideal democrático que se propagaba por Venezuela; se pensó que las medidas de buen gobierno, que habían alcanzado al Táchira y a las fuerzas armadas tanto como a cualquiera otra región o zona humana del país, bastaban para satisfacer a los tachirenses y a los militares.

Por último, Acción Democrática tuvo ante sí un espejismo que deformaba la realidad: muchos de los mejores líderes del partido eran andinos, y se pensó que con esos jóvenes andinos gobernando en los Andes, el pueblo de aquella región estaría satisfecho. Pero sucedía que los militares andinos que se hallaban de guarnición en Caracas, en Oriente, en los Llanos, recibían a diario la propaganda de sus jefes conspiradores estimulándoles a unirse mediante el nexo regional y el profesional, y recibían además pruebas diarias de que el resto de Venezuela no había aprendido todavía a quererlos; les cobraba los cuarenta y tantos años de padecimientos bajo las tiranías tachirenses.

El único lugar de Venezuela donde los andinos eran acogidos sin reservas era en las reuniones de Acción Democrática. Pero los militares no asistían a esas reuniones. Dentro de Acción Democrática se fundió, verdaderamente, el sentimiento de lo venezolano sin distinción de regiones. Es más —como ya

se ha dicho— muchos de los más notables líderes del partido procedían de los Andes y aun del corazón de los Andes que es el Táchira; y en la lucha clandestina que siguió al golpe militar, los mártires y los héroes más destacados salieron de esa región.

Alguien objetará este análisis que venimos haciendo con un argumento de apariencia buena; el de que en la República Dominicana y en Nicaragua, cuyos casos han sido expuestos ya en este libro, los ejércitos acabaron siendo partidos armados en el poder sin que sus mandos estuvieran influidos por un sentimiento regionalista. Como se verá más tarde, lo mismo sucedió en Cuba a partir de enero de 1934. De ser esos casos iguales al de Venezuela, no hacía falta que la oficialidad militar de este último país procediera del Táchira, pues sin duda lo que sucedió en Venezuela no fue sino una manifestación nacional de un fenómeno generalizado en el Caribe.

Hay algo de eso, ciertamente. Lo mismo que en Santo Domingo, que en Nicaragua y que en Cuba, el ejército venezolano tendía a la conquista del poder. Pero a diferencia de lo que sucedió en aquellos tres países, en Venezuela se enfrentaba a esa tendencia un partido fuerte, capaz, de organización moderna y respaldado por la opinión pública; un partido que además era gobierno, con la ventaja de estar legalizado por unas elecciones bien ganadas. A los altos oficiales del ejército venezolano les hubiera sido muy difícil contar con la mayoría de los mandos para subvertir el orden constitucional si no hubiera tenido a su favor, como camino ya trajinado, ese nexo regional que identificaba a toda la oficialidad en un sentimiento común; el de que el poder público pertenecía por voluntad de la historia a los montañeses del Táchira.

Se ha dicho a menudo que el golpe militar de 1948, que destruyó la democracia en Venezuela, fue obra del imperialismo norteamericano. Cierta declaración de Rómulo Gallegos, hecha al llegar desterrado a La Habana, en diciembre de 1948, dio pie para esa propaganda; y hay muchos círculos venezolanos que

así lo creen, sobre todo porque las medidas de la tiranía han favorecido de manera tan evidente y tan cuantiosa a los empresarios norteamericanos, que parece haberlo hecho en pago de una deuda. Hasta el momento, sin embargo, el autor de este libro no tiene pruebas de que haya habido tal intervención; si las tuviera no tendría por qué callárselo, como no se las ha callado en los casos de la República Dominicana y de Nicaragua. El autor entiende que los militares venezolanos que se alzaron con el poder en 1948 no necesitaron ayuda extranjera, como no la necesitaron ni la solicitaron en la rebelión de 1945, que llevó a Acción Democrática al poder; y que si Pérez Jiménez ha sido tan generoso con los empresarios norteamericanos —e ingleses y holandeses— se ha debido a que trata de obtener en el exterior el respaldo que le falta en el pueblo de Venezuela.

El alzamiento militar de 1948 fue facilitado, pero no por embajadas extranjeras, sino por pequeños núcleos de oposición que no acertaron a ver para quién trabajaban. Esos núcleos, empeñados en tener participación en el gobierno, inundaron a Venezuela con la consigna de que el gobierno era sectarista. No parecía sino que Gallegos y el equipo que le acompañaba se dedicaban a gobernar sólo para los miembros de su partido, no para todo el país. La acusación de sectarismo halló eco en los grupos reaccionarios, dueños de una prensa influyente, y ofreció al ejército el argumento que le hacía falta; pues para las fuerzas armadas, justificar su traición con la pretensión de que ellas iban a salvar a Venezuela de las garras de una facción sectarista, era hallar la base moral que les hacía falta.

Marcos Pérez Jiménez no tardó en ser el centro de una actividad política que agitaba a buena parte de la alta oficialidad. Bajo su jefatura comenzó una fuerte presión sobre el presidente Gallegos para que éste lanzara por la borda a Acción Democrática, “debido a su sectarismo partidista”. Pero en realidad, lo que se proponía Pérez Jiménez no era tanto que Gallegos se deshiciera de sus colaboradores de Acción Democrática como

que inutilizara, sacándolo del país, a Rómulo Betancourt, pues había altos oficiales que no se plegaban a la conspiración por lealtad a Betancourt. Con lamentable falta de visión política, creyendo que deshaciéndose de Betancourt tenían abierto ante sí el camino del poder, los pequeños núcleos opositores hacían coro a Pérez Jiménez y a sus secuaces.

Una situación de incertidumbre, que restaba autoridad al poder civil y aumentaba la audacia de Pérez Jiménez, se adueñó del país; y como sucede siempre en esos casos, los indecisos del ejército creyeron ver en Pérez Jiménez al más fuerte. El 24 de noviembre, por fin, el ministro de la Guerra, que desempeñaba el cargo desde 1945, se plegó a los alzados. Gallegos fue detenido; la soldadesca, lanzada a la calle, se dedicó a la cacería de miembros del gobierno y del partido. De inmediato se declaró la ley marcial. Las embajadas y las cárceles se llenaron en pocas horas. En Venezuela había aparecido otra carta para formar el póker de espanto del Caribe.

Hasta qué punto ese golpe iba a llevar al ejército, de institución encargada de conservar el orden constitucional, a partido político armado en el poder, lo demuestra este incidente: en el momento de organizar la Junta Militar que debía suceder al presidente Gallegos, el ministro de la Guerra alegó: “La presidencia es para mí, porque soy el oficial de más alta graduación”.

Fue presidente. Y murió asesinado dos años después, víctima de la traición en que había tomado parte.

III

A la tiranía venezolana le bastaron pocos años para dejar atrás, en capacidad represiva, a sus congéneres del Caribe y a sus antecesores del país. Ha ejecutado tropelías que Juan Vicente Gómez no fue capaz de ordenar. Sólo Trujillo, en ciertos aspectos, se ha mantenido superándola. Pero el propio Trujillo no ha llevado a los presidios a ancianas distinguidas, profesoras, mujeres en avan-

zado estado de embarazo; ni ha situado en pleno corazón de la capital un centro de tortura y muerte, ni ha enviado a la cárcel a la viuda de un adversario político abatido a tiros en las calles por haber reclamado el cadáver de su esposo. En medidas como éstas la tiranía venezolana ha dejado pequeño a Trujillo.

Al cumplirse la traición, en noviembre de 1948, un triunvirato compuesto por un coronel y dos tenientes coroneles asumió el poder bajo la designación de Junta Militar. Entre sus primeras medidas estuvo declarar ilegal a Acción Democrática e imponer censura a la prensa. Como todo régimen de su tipo, organizó y desató sobre el continente una propaganda repugnante con la que trataba de enlodar el nombre de los líderes del partido caído; no pudo, sin embargo, llevar a ninguno de ellos a los tribunales por manejos deshonestos de fondos públicos o por violación de alguna ley.

Hay un episodio muy ilustrativo sobre la forma en que se manejó la calumnia contra los hombres de Acción Democrática: habían caído en prisión muchos de los más altos directores de ese partido, sobre todo muchos de los legisladores, y entre ellos el presidente del Congreso. La Junta Militar tenía interés en obtener el reconocimiento de Cuba, porque el presidente de Cuba, que había visitado Venezuela a raíz de su elección, era simpático al pueblo venezolano y además porque Cuba resultaba un refugio para los perseguidos, dado el prestigio que éstos tenían en la isla y dada su amistad con el presidente cubano. Un intermediario trató de obtener ese reconocimiento.

Prío Socarrás pidió una muestra de buena voluntad, por ejemplo la libertad del ex presidente del Senado venezolano, que padecía de una afección cardíaca y que era su amigo personal. El propio jefe de la Junta Militar, que durante años fue compañero de gabinete del preso cuando éste era ministro en el gobierno de Betancourt, envió a Prío Socarrás este mensaje: “Valmore Rodríguez no está preso por razones políticas, sino porque se le sorprendió cruzando la frontera de Colombia con los fondos del Senado”.

La calumnia era de una grosería inaudita, porque la propia Junta había informado, a raíz de su constitución, que Valmore Rodríguez había sido detenido en Maracay, a donde había ido con el objeto de asegurar la lealtad de la guarnición de esa ciudad al régimen de Gallegos. Maracay está a menos de dos horas de Caracas y a más de un día de la frontera con Colombia. En Maracay había una fuerte concentración militar y su jefe se mantenía leal al presidente Gallegos; Valmore Rodríguez fue enviado allí a respaldar la posición de ese jefe, y nada tenía que ir a hacer a la frontera, demasiado lejos, por lo demás, para poder alcanzarla en esos críticos momentos.

La respuesta de Prío no pudo ser más aguda: “Yo no tenía noticias de que hubiera un solo país en el mundo en el que los fondos del Senado fueran administrados por su presidente; si en Venezuela se da esa anomalía, deben enmendarla cuanto antes”. No hubo reconocimiento, pero la calumnia fue cortada en seco.

Cuando pudo reaccionar, el pueblo comenzó a luchar para recuperar sus libertades. Se produjeron varias huelgas, que fueron aplastadas con métodos increíbles; por ejemplo, se derramaba en las calles la leche destinada a los hijos de los huelguistas; no se dejaba llegar a sus hogares ni agua ni alimentos ni medicinas; los líderes proletarios fueron presos. Acción Democrática comenzó a rehacer clandestinamente su organización; montó plantas de radio, sistemas de impresión y distribución de su propaganda y vías de comunicación con el exterior.

La agitación era creciente. Centenares de desterrados volvían subrepticamente al país, y día tras día iban cayendo presos; muchos eran al cabo del tiempo desterrados de nuevo, y volvían a entrar, arriesgando la vida. Gran número de ellos fue muerto, por fin, y otros apresados, enviados al tenebroso campo de concentración de Guasima o a cárceles del interior, donde al cabo de años de presidio no se les instruía proceso. Los métodos de Gómez volvían a señorear la vida pública de Venezuela. Pero Gómez no había tenido frente a sí una fuerza tan capaz y tan tenaz como

Acción Democrática, y en verdad ningún tirano de América la ha tenido; de manera que la lucha entablada fue a muerte, y a muerte sigue.

En esa lucha, además de sus propios medios, los militares acudieron a ciertas ayudas indirectas. Por ejemplo, no estorbaban la propaganda contra Acción Democrática en los centros de trabajadores; compraron con favores la simpatía de Washington. Ellos sabían que Washington no puede ya dar sostén material a un gobierno, sobre todo cuando ese gobierno es rico, como el de Venezuela, y no necesita ayuda económica; pero sabían también que una felicitación pública del presidente o de un alto funcionario de los Estados Unidos acobarda a grandes masas de la población, porque éstas piensan que si es posible luchar contra el tirano criollo, no lo es luchar contra éste aliado a Norteamérica.

En medio de la batalla contra Acción Democrática la Junta Militar comenzó a ser objeto de contradicciones que latían en su seno. El que la presidía abogaba por una política moderada en la represión; Pérez Jiménez, por una de mano implacable. El primero aspiraba a ganar cierta simpatía popular con vistas a legalizar su régimen mediante elecciones que lo convirtieran en presidente constitucional de la República; el segundo quería el poder para sí. Esa pugna se resolvió un día con sangre. El episodio es uno de los más sombríos de la historia americana, y recuerda el asesinato de un hermano de Juan Vicente Gómez a manos de sus familiares, debido también a luchas por la conquista de más poder. Lo recuerda pero lo supera, porque el presidente de la Junta Militar fue el primer gobernante asesinado en Venezuela. He aquí un resumen de los hechos:

Rafael Simón Urbina había sido un personaje turbulento, un alma de corsario del siglo XVI perdida en el siglo XX. Miembro ínfimo de la policía política de Gómez, se disgustó con uno de los altos funcionarios del gomecismo y salió de Venezuela. En Curazao, pequeña isla de gobierno holandés que se halla en el

Caribe, frente a las costas venezolanas, reclutó a unos cuantos venezolanos y dominicanos audaces, que trabajaban allí en una refinería de petróleo, y asaltó con ellos el cuartel holandés; macheteó a los soldados, él mismo, y con su grupo se llevó las armas del arsenal; apresó al gobernador, tomó posesión de un buque en la bahía, lo llenó de voluntarios y se dirigió a Venezuela, donde después de uno o dos combates sin importancia su gente se dispersó, y una parte fue muerta mientras la otra dio en las cárceles de Gómez.

Urbina escapó. Se refugió en México donde organizó una expedición armada de más o menos cien hombres y tocó con ella en Venezuela. Nueva derrota, nueva escapada y nuevas muertes y prisiones de sus hombres. Murió Gómez en 1935, y sus sucesores dieron a Urbina un cargo de alguna importancia, el de gobernador de un territorio. Allí Urbina acumuló dinero del pueblo; de manera que cuando Acción Democrática, haciendo justicia histórica, recobró esos fondos para la nación, Urbina juró vengarse; y fue entonces cuando decidió matar a un presidente. El destinado a ser su víctima era Rómulo Betancourt, a quien odiaba con todo su salvaje ímpetu desde los días del destierro gomecista porque Betancourt lo había acusado de ser un analfabeto más apropiado para hallarse en las filas de Gómez que en las de los demócratas.

Con la ayuda de Trujillo, a cuya tierra fue a refugiarse, Urbina estuvo organizando el asesinato de Betancourt en Cuba, cuando éste pasó por allí en viaje presidencial hacia 1946, y después en Panamá, durante el mismo viaje. No pudo hacerlo, sin embargo; pero la idea había germinado entre las sombras de su dura cabeza y echó raíces en su alma de corsario. Con el andar del tiempo esa idea se fijaría en otra imagen, pero había de ser también la de un presidente. Su contacto con su futura víctima se produjo en la forma más increíble, pues sucedió que, todavía bajo el gobierno de Betancourt, Urbina se vio necesitado de dineros y entró entonces al servicio del ministro de la

Guerra de la administración Betancourt; su función era espiar en Colombia a los ex militares venezolanos que conspiraban en el país vecino y transmitir esos informes al ministerio de la Guerra de Venezuela, a cambio de lo cual se le pagaba un sueldo. Ese ministro de la Guerra que tenía a su servicio a Urbina como espion fue después presidente de la Junta Militar, y cuando llegó a su nuevo cargo le prometió a Urbina gestionar la devolución de los fondos que Acción Democrática le había obligado a devolver al pueblo.

Este Rafael Simón Urbina, producto natural de la Venezuela de Castro y de Gómez, turbulento, caótico, inculto, empeñado en matar a un presidente, fue el instrumento usado contra el jefe de la Junta Militar. El plan acordado fue el de hacerlo preso cuando se encaminara de su casa al palacio de Miraflores y llevarlo al aeropuerto militar de Caracas —llamado La Carlota—, meterlo en un avión y sacarlo del país. Pero Urbina tenía otra idea, Urbina quería sangre, sangre escandalosa, llamada a satisfacer su violenta necesidad de destacarse entre todos los venezolanos; así, hizo preso al coronel, con ayuda de unos cuantos forajidos que había llevado del interior, y en vez de dirigirse con él a La Carlota lo condujo a una casa deshabitada de las afueras de Caracas y le dio muerte.

En el tiroteo uno de los compañeros de Urbina hirió a éste gravemente en un tobillo. Urbina corrió a refugiarse en la embajada nicaragüense y de allí envió a Pérez Jiménez una esquila en la que decía que el plan se había complicado y había tenido que dar muerte al coronel presidente; agregaba que “tal como le dije, yo no quiero en Venezuela más presidente que usted”. Sacado de la embajada y llevado a prisión, Urbina fue muerto a tiros esa noche, porque, según la versión oficial, “pretendió fugarse mientras se le conducía a un hospital para ser curado”. A un hombre de tal naturaleza se le enviaba al hospital en camioneta con sólo un soldado para vigilarlo, y se alegró que se había lanzado sobre el escolta para darle muerte y fugarse cuando

toda Venezuela sabía que su herida era tan grave que no podía moverse. Pero, incontrolable como era, y de tan escasa inteligencia que difícilmente iba a poder mentir, lo aconsejable era liquidarlo antes de que pudiera hablar. Y así se hizo.

Naturalmente, el escándalo resultó demasiado grande para que Marcos Pérez Jiménez tomara la presidencia de la Junta, que se le ofreció a un civil. Pero ese civil no pudo resistir la presión militar y la popular a un tiempo. Con las universidades cerradas, los sindicatos perseguidos, la dirección clandestina de Acción Democrática agitando al pueblo; con los policías de la Seguridad Nacional violando domicilios día y noche, con millares de familias pidiendo la devolución de los hijos y de los padres que habían sido enviados a Guasima, con las torturas y las muertes a la orden, la situación empeoraba en forma creciente. Los militares obligaban a ese presidente civil a cargar con la responsabilidad de tantas tropelías y el pueblo se las echaba en cara constantemente. Un día el desdichado salió de Miraflores y no se le vio más. Cuando se supo algo de él estaba en Italia.

Pero eso sucedió después. El golpe militar que derrocó a Gállegos se produjo a fines de 1948; el asesinato del presidente de la Junta, a fines de 1950; la desaparición del jefe civil de la Junta Militar —valiente galimatías, por cierto—, a fines de 1952. Entre la primera y la última fecha corrió mucha sangre y estuvo Guasima. Guasima es una isleta situada en las bocas del Orinoco, de clima infernal, plagada de serpientes venenosas, de mosquitos transmisores del paludismo, de insectos que inoculan enfermedades de la piel, de aguas pútridas. Hacia allá salía semana tras semana un barco cargado de presos políticos, de estudiantes, de obreros, de profesores, de periodistas, de comerciantes. Las fiebres palúdicas, el tifus, las serpientes, y una soldadesca cruel hasta lo indecible; el trabajo forzado, los golpes de látigo y de fusil, la falta de medicinas y la alimentación miserable, hacían de Guasima un antro dantesco, como jamás lo ha conocido un país americano. La célebre prisión de la Isla del Diablo, en la Guayana Francesa, era

un paraíso comparado con Guasima. En verdad, ni Trujillo fue capaz de tanto. Guasima sumaba mil hombres en la lucha por la libertad a cambio de cada uno que cruzaba sus puertas.

Necesitado de aplastar a la dirección oculta de Acción Democrática, Pérez Jiménez puso al frente de la seguridad nacional a Pedro Estrada. Este Pedro Estrada había sido informador de la embajada norteamericana en tiempos del andinismo; había sido también agente de la policía política, y muchos hombres de Acción Democrática dieron en la cárcel gracias a sus confidencias; de manera que cuando Acción Democrática fue al poder él corrió a refugiarse en Santo Domingo, donde Trujillo le dotó de pasaporte diplomático y le encomendó varias misiones encaminadas al derrocamiento del nuevo gobierno de Venezuela. Actuó junto con Urbina en el plan trujillista de dar muerte a Rómulo Betancourt en Cuba o en Panamá, y como agente del tirano de Santo Domingo estuvo desenvolviéndose hasta que los militares fueron al poder en su país. Éstos lo enviaron a Estados Unidos para que vigilara a Betancourt, quien vivió allí parte de su destierro, y por último fue llamado a Caracas para entregarle la dirección de la Seguridad Nacional, policía política del régimen, con el encargo de liquidar a la dirección clandestina de Acción Democrática, cuya obra de agitación alcanzaba proporciones inauditas.

Pedro Estrada dispuso de fondos sin límites y de autoridad para hacer cuanto creyera conveniente. En poco tiempo millares de hombres y mujeres recibían sueldo de Seguridad Nacional; sus agentes estaban en todo el país, y en todo el país comenzaron las prisiones y las torturas, los asesinatos en los calabozos, a presencia de los demás detenidos; hombres de las más diversas nacionalidades, profesiones y edades eran apaleados, mantenidos desnudos, sin comida, de pie en un pequeño círculo, esposados a la espalda, sin poder moverse ni dormir veinticuatro, cuarenta y ocho, setenta y dos horas seguidas, recibiendo latigazos, sablazos, escupitajos. Aquellos que en su desesperación insultaban a sus martirizadores eran muertos allí mismo.

Un millar, dos millares, tres millares de damas, de ancianos, de jóvenes, fueron encarcelados y torturados; y cuatro millares y cinco millares. En un momento dado llegó a haber seis mil presos políticos en las cárceles venezolanas. Pero la dirección clandestina de Acción Democrática seguía trabajando; y un día se sublevaban militares, otro un grupo armado tomaba un cuartel. Los radioyentes oían de pronto un discurso de Betancourt o la gente hallaba en su casa un folleto opositor. Al parecer, Pedro Estrada iba camino del fracaso.

Pero el terror, los millones de bolívares circulando, y los medios humanos y técnicos empleados en la tarea, dieron su fruto. Al fin, Estrada logró encontrar un traidor que vendiera a Leonardo Ruiz Pineda, a Alberto Carnevali, a Antonio Pinto Salinas, y uno por uno a los heroicos jefes de la acción clandestina que iban ocupando los puestos de comandos de sus antecesores asesinados.

Ruiz Pineda, por ejemplo, andino, poeta, orador excelente, que había sido ministro en el gabinete de Gallegos, dirigió casi durante tres años, jugándose la vida sin cesar, las fuerzas ocultas de Acción Democrática. Leonardo Ruiz Pineda llegó a convertirse en personaje de leyenda. Se batía a tiros con sus perseguidores, lograba escapar cuando ya lo tenían cercado; estudiaba, escribía, organizaba, comandaba un aparato de resistencia de increíble capacidad y actividad. Fue un alma heroica, fina, sensible, alegre, valiente. Murió acribillado a balazos, una noche, en pleno corazón de Caracas; y esa misma noche fue asesinado a tiros en los patios de la Seguridad Nacional el médico que había prestado al mártir el automóvil en que viajaba. Cuando la viuda de Ruiz Pineda fue a reclamar el cadáver se le envió a presidio; después se le desterró.

El crimen conmovió a América, pero no al régimen venezolano, que siguió cometiendo otros. Se planeó el asesinato de Rómulo Betancourt en La Habana. Este atentado tuvo caracteres insospechados en la larga historia del crimen político. Se or-

ganizó la propaganda previa, pagando a un conocido gángster cubano para que calumniara sistemáticamente a Betancourt con las más bajas especies; esas publicaciones se reproducían en Venezuela y se distribuían en todo el país. Cuando se pensó que ya la opinión pública de Venezuela estaba bien trabajada, se envió a La Habana un equipo de hampones norteamericanos, reclutados en Tampa, y se les dotó de una arma nueva, una jeringuilla metálica, como la que usan los veterinarios, esto es, con el émbolo y la aguja en una misma pieza, de manera que al clavar la aguja el émbolo sube y fuerza la penetración del líquido en el organismo inyectado.

Esa jeringa estaba cargada con veneno de serpiente cascabel. ¿Qué médico en Cuba, donde no hay serpientes venenosas, hubiera identificado el agente mortal?

Betancourt fue atacado mientras se hallaba de espaldas a su agresor. Un detalle imprevisto le salvó la vida. Los organizadores del crimen no tomaron en cuenta que el veneno iba a corroer el metal de la jeringa y a impedir, por eso, que el émbolo corriera. Como Betancourt, al sentirse atacado, acudió a su revólver, el agresor huyó y en su aturdimiento dejó caer la jeringa. La policía cubana probó su contenido en un conejo: murió instantáneamente.

Alberto Carnevali murió en prisión. Había sido detenido poco después de llegar a Venezuela clandestinamente, pero sus compañeros lo rescataron mediante el ardid de disfrazar a algunos hombres de Acción Democrática de médicos y enfermeros. Carnevali había sido herido durante un motín en la prisión y tenía el maxilar fracturado. Había que enviarlo a otra dependencia a hacerse curas, y su partido aprovechó esa coyuntura. Carnevali fue líder del partido en la Cámara de Diputados; tenía la madera de un estadista; era estudioso, frío, bondadoso y enérgico a la vez, culto y resuelto. Fugado, tomó en sus manos la jefatura del partido. Una noche se vio cercado por la Seguridad Nacional; se batió a tiros, pero cayó preso. Pocos meses después moría en la cárcel.

Cantando la soledad de la mujer cuyo hombre fue llevado a la fuerza para servir en los ejércitos de la tiranía gomecista, Andrés Eloy Blanco² dice:

*Se llevó la guacharaca,
la manta de guarnición,
la palabra de varón
en el hijo prometido;
miren, se llevó el latido
y me dejó el corazón.*

Otro tanto puede afirmarse de héroes como Leonardo Ruiz Pineda y Alberto Carnevali: se llevaron el latido de Venezuela.

Antonio Pinto Salinas, el sucesor de Carnevali en la jefatura del movimiento, fue asesinado en un cruce de caminos; y Wilfredo Omaña, un capitán del ejército, en las calles de Caracas. Y otros más, muchos más... Venezuela sangraba por las venas rotas de sus mejores hijos, de los millares de presos, de los millares de desterrados. Mientras tanto la corrupción se extendía: se corrompía a la gente del pueblo con el terror o con el dinero, se ofrecían gajes jugosos a intelectuales y comerciantes, a políticos y profesionales. Un miembro de la Junta paseó todos los Estados Unidos en un ómnibus especialmente contratado para llevar una orquesta y un bar; y así, rodeado de amigotes, cruzó la Unión de costa a costa en fiestas lamentables pagadas con dinero del pueblo venezolano.

A fines de 1952 la Junta convocó a elecciones, eso sí, sin legalizar a Acción Democrática. Los comicios elegirían delegados a una Convención Constituyente, y esa asamblea, una vez terminada la redacción de la nueva Constitución, designaría un presidente de la República por seis años. El pueblo volcó en las urnas su repulsión al régimen militar; el partido de la Junta

² Muerto en el destierro, en México, en junio de 1955.

quedó en minoría ridícula, la misma proporción de votos que en las últimas elecciones presididas por Betancourt sacó la oposición de aquella época.

Los votos favorecieron, en más de un millón, a un partido de ideología democrática; y toda Venezuela esperaba que después de esa demostración los militares entregarían el poder. Pero sucedió lo contrario. Los datos oficiales de los sufragios iban dándose desde el palacio de Miraflores; y cuando se hizo evidente que el gobierno de facto perdía la batalla electoral se suspendió la transmisión radial de los datos; al día siguiente Marcos Pérez Jiménez disolvió la Junta y se proclamó presidente. Un comité de militares de alta graduación respaldó su nuevo golpe de Estado.

La situación política iba, pues, de tumbo en tumbo, sin que nadie supiera a qué atenerse ni se le viera salida legal a tal estado de cosas. Pero por fin, al cabo de cuatro años Pérez Jiménez se quitaba la careta y les decía a Venezuela y a América que lo que sucedía en Venezuela era que él aspiraba a gobernar por sí solo, sin Dios ni ley. Y para que nadie abrigara dudas al respecto hizo encarcelar a los diputados constituyentes que no se plegaron a su voluntad y deportó a los restantes, entre ellos a Jóvito Villalba, el jefe del partido que había ganado de manera tan contundente las elecciones. Después de medidas tan persuasivas los diputados adictos a Pérez Jiménez se reunieron, aprobaron el proyecto de Constitución que les sometieron del palacio ejecutivo y designaron a Marcos Pérez Jiménez presidente “constitucional” de Venezuela. Poco más tarde el hemisferio aprobaba esos democráticos procedimientos celebrando en Caracas una conferencia interamericana. Y mientras los cancilleres discursaban, las cárceles se hallaban llenas de presos políticos.

La tiranía de Venezuela, más dura en muchos sentidos que la de Trujillo, más cínica en otros que la de Somoza, capaz de ensangrentar las calles con los despojos de su propio primer presidente tanto como con los cadáveres de obreros anónimos,

halló en la explotación del hierro de Cerro Bolívar, en el oriente del país, y con el aumento asombroso de la producción petrolera, fuentes económicas de inesperada solidez. El hierro de Cerro Bolívar, de un grado de pureza poco común, estaba en vías de ser explotado por Acción Democrática cuando ésta se hallaba en el poder. Pero Acción Democrática aspiraba a reducir el mineral dentro de Venezuela, usando para ello los gases naturales del petróleo de la región oriental. Ya se contaba con un procedimiento sueco para obtener la reducción. En ese caso Venezuela iba a exportar hierro elaborado, acero en lingotes; y el Estado, a través de la Corporación de Fomento, iba a ser el mayor accionista de la gigantesca empresa. La tiranía creyó más útil para sus fines políticos entregar los yacimientos a una empresa norteamericana y que ésta enviara el mineral en bruto a sus plantas de Estados Unidos.

En igual sentido, Acción Democrática, que había logrado asociar al Estado en la producción petrolera reservando para el fisco el cincuenta por ciento de las utilidades —pagadero en moneda o en petróleo, según lo creyera conveniente el gobierno— pretendía alcanzar el más alto grado de destilación del petróleo y sus derivados dentro del país; y logró que las compañías petroleras montaran la primera refinería en la zona de Coro. Esa política previsora fue puesta a un lado por la tiranía, que en su afán de tener fondos disponibles para pagar un ejército lujoso y una policía política con agentes en todas partes, estimuló —al bajar los impuestos y al autorizar la rebaja de empleos y jornales— una alta producción de petróleo crudo para la exportación. Los resultados son que la reserva petrolera nacional se desmedra por días, y dado que el petróleo no se genera espontáneamente ni se multiplica bajo tierra, Venezuela está ejerciendo lo que podríamos llamar la política del pelícano, cuyos hijos le comen las entrañas.

Los cuantiosos fondos que dejan el hierro y el petróleo se gastan sobre todo en obras monumentales, cuya utilidad es

muy relativa, y en acrecentar el potencial bélico, como si Venezuela estuviera llamada a conquistar por las armas otros países o a ser agredida por algún vecino, pretensión ridícula en uno como en otro caso.

Ahora bien, ese ejército, partido armado en el poder, está sufriendo, como el de Santo Domingo y el de Nicaragua, las consecuencias de ir abandonando su fuerza en manos de un hombre o de un pequeño grupo. Como el hábito de la disciplina hace tanta mella en el soldado, a medida que más poderío confiere a sus jefes más va dependiendo de éstos hasta que llega el día en que los jefes o el jefe se convierten en la única fuente de autoridad. El ejército de Venezuela está sufriendo ya las consecuencias de haber montado sobre sus hombros una tiranía.

Gran número de oficiales de alta y baja graduación son apresados, desterrados, muertos o sacados de las filas por denuncias de la Seguridad Nacional. En realidad, aunque las bases originales del poder de Pérez Jiménez fueron las fuerzas armadas, cada día se desplazan más hacia la Seguridad Nacional. Pedro Estrada se ha convertido en la imagen misma del terror, no sólo para la ciudadanía civil, sino también para la militar.

Marcos Pérez Jiménez es hombre de una alma gélida, de frialdad tan notable ante el dolor de los demás que toca los lindes de la insensibilidad. El caso de Pedro Estrada es otro; es el de un policía por vocación que se halla un buen día con toda la autoridad y todos los medios para satisfacer, a lo largo de un país, sus más profundas inclinaciones. Esos dos hombres se complementan y reclutan sus servidores en la multitud de gente, uniformada o no, que necesita ganarse la vida sin parar mientes en escrúpulos o que aspira a funciones y honores que no podría alcanzar en la competencia de la capacidad que provoca el clima democrático.

La carta venezolana en el póker de espanto del Caribe se llama Marcos Pérez Jiménez, pero en verdad tiene dos rostros; el suyo y el de Pedro Estrada. Esa dualidad acabará debilitándole. Pues

la historia enseña que el poder tiránico puede delegarse temporalmente pero no puede compartirse, mucho menos cuando se ejerce en un país como Venezuela, de tanta energía para conquistar la libertad.

Dados esos factores la tiranía de Venezuela está llamada a deshacerse el día menos pensado, con lo cual quedará incompleto el póker de espanto del Caribe.

FULGENCIO BATISTA, LA CARTA DE CUBA

I

He aquí otro caso en el cual —hasta donde sepa el autor— no hubo influencia inmediata del imperialismo. Al producir el golpe de Estado que lo llevó al poder en marzo de 1952, Fulgencio Batista, el dictador cubano, no estaba actuando con el estímulo de Washington. Una serie de males políticos hicieron conjunción y crisis la desdichada madrugada en que Batista, ayudado por un escaso número de oficiales traidores, penetró en el campamento militar de Columbia, en las cercanías de La Habana, para iniciar un nuevo ciclo en su agitada historia y en la historia del país. Pero en esa crisis el imperialismo no tuvo papel de importancia.

Para comprender lo que sucedió en Cuba el 10 de marzo de 1952 hay que remontar la historia. En ningún país de la América Latina ella es tan diáfana, tan nítida en sus líneas generales. La historia de Cuba, esto es, la manifestación externa del choque de las fuerzas que trabajaron en su seno, deja ver siempre el fondo de la entraña social. Es en cierto sentido como el pueblo de esa isla fascinante, cuya extroversión permite ver su alma en estado natural, con todos los sentimientos que se agitan en ella.

Se sabe que con la excepción de Panamá, Cuba es la república más joven del continente; pero Panamá fue la creación de intereses internacionales, mientras que Cuba fue, sobre todo, la obra de su pueblo. La tarea del cubano para hacer de su país una república fue difícil, larga y heroica; tuvo sus frustraciones, sus fracasos tan grandes como la categoría de la obra misma.

Los historiadores, los sociólogos, los escritores, y en general todos los cubanos tienen fraccionada la historia de su isla; no la ven como es, una unidad que va de 1868 a 1933. Los cubanos hablan de “la guerra de los diez años”, “la guerra de independencia”, “la revolución del treinta”, la lucha por la independencia nacional. Iniciada como acción de guerra libertadora contra la dominación española en octubre de 1868, terminó con aspecto de revolución doméstica en septiembre de 1933. Este aspecto final engaña a los estudiosos de la historia cubana, y de ahí la incorrecta división que le han dado.

Pero cuando se rasca un poco en la corteza de la historia, muy poco por cierto, el estudioso observa que la llamada “revolución del treinta”, que se libró entre 1930 y 1933, era una lucha contra un poder extranjero que tenía apariencia de gobierno nacional. En los últimos veinte días de esa lucha se formó históricamente Fulgencio Batista, entonces sargento del ejército. Lo lamentable es que Fulgencio Batista nunca comprendió eso; y mal podía comprenderlo, dada su incultura. El sargento que insurgió como líder militar el 4 de septiembre de 1933 creyó, y cree aún, que él era producto de sus méritos personales.

Las primeras escaramuzas por la libertad cubana empezaron en 1820; en 1850 y 1851 hubo expediciones libertadoras que fracasaron. En 1868 comenzó la revolución de independencia. La acción militar duró diez años, hasta 1878; diez años de guerra enconada, implacable, en la que ardieron ciudades, murieron docenas de millares de hombres, se combatió en tres de las seis provincias del país, se redactó una Constitución de Cuba libre, se mantuvo un gobierno en la parte liberada, se dieron batallas extraordinarias, se ejecutaron actos de valor asombrosos, y, por último, se formó conciencia cubana, una voluntad de liberación.

Ya el resto de América era libre, de manera que España no tuvo que debilitar sus fuerzas imperiales para combatir en Cuba; a Cuba envió todo su poder, y sin duda el poder militar

de España, como el de cualquier otro país europeo, era mayor en 1870 o en 1875 que en 1820, por la sencilla razón de que se disponía de mejores barcos, mejores fusiles, mejores cañones, mejores medios de comunicación; en una palabra, de lo que un mundo más avanzado podía proporcionar.

De lo que fue aquella guerra llamada “de los diez años” dan cuenta los objetos que el visitante encuentra en el museo municipal de Santiago de Cuba; ropa hecha en medio de los bosques, con cortezas de árboles machacadas en lugar de telas, zapatos de cuero sin curtir, armas antiguas reparadas a la diabla, vajillas primitivas de frutos vegetales, herramientas fabricadas a martillo, con fuego de madera. Todo ese esfuerzo terminó aparentemente en el fracaso; pero sólo aparentemente, porque sirvió para ir forjando, con su recuerdo como centro, la conciencia nacional.

Los jefes de la revolución, los que la proclamaron y la mandaron desde el gobierno, y en muchos casos desde la línea de fuego, habían sido grandes señores del azúcar, nombres llenos de prestigios, amos de esclavos y hombres de letras. Prácticamente todos ellos desaparecieron, bien muertos en combate, bien en el destierro, bien en presidios y a menudo fusilados. La revolución llegó al año de 1878 sin fuerzas, desangrada; y entonces aceptó la paz que le ofrecía España.

Pero no murió; de ahí que sea un error considerar esa guerra como un capítulo aislado de la gran revolución libertadora. Fue un episodio, como si dijéramos una gran batalla en una larga guerra. Tanto es así que los jefes militares del próximo episodio, el que habría de abrirse en 1895, habían hecho su nombre militar en la campaña de los diez años. Esos jefes, y su máximo organizador civil, eran en su mayoría gente de la pequeña clase media; de manera que ellos fueron los que le dieron a ese nuevo episodio el carácter socialmente democrático con que se distingue de la anterior. En la guerra de los diez años se iba al mando por razones de cuna; en la de 1895, por razones de capacidad. Esto último estaba más en consonancia con el carácter nacional, profundamente igualitario.

El hecho de que los diez años de lucha habían contribuido a formar una conciencia de libertad, que fue extendiéndose por todo el país, y habían dejado un legado de heroísmo de que acabaron sintiéndose orgullosos todos los cubanos, sumado al origen común de los grandes y pequeños jefes de la guerra de 1895, hizo que esta última tuviera un acentuado carácter popular. A ese carácter contribuyó en gran medida la obra de José Martí el primero de los libertadores de la América Latina que daba a su prédica un acento profundamente democrático, pues Martí propuso a los cubanos no sólo una república libre, sino además —y sería mejor decir sobre todo— una república digna, de hombres realmente satisfechos en lo político, en lo social y en lo moral.

Martí, muerto en una escaramuza a poco de haber comenzado la guerra que él organizó, fue también el único de los libertadores americanos que antes de lanzar al pueblo a la acción formó un partido, el Partido Revolucionario Cubano, hecho en el cual puede adivinarse un franco propósito de darle a la república un esqueleto institucional de tipo popular, o si se quiere, un cauce para orientar la actividad política del pueblo tan pronto terminara la guerra.

Es fácil ver, pues, que Martí no tenía como fin de su actividad la sola libertad nacional, esto es, el simple nacimiento de una república libre de España; ese propósito era para él un medio, la manera de que los cubanos alcanzaran el poder político para que procedieran, con su uso, a modelar el destino de Cuba dándole a su pueblo libertad, dignidad, bienestar. Pero, cauto como era, y consciente de que la abierta exposición de esas ideas podía acarrearle acusaciones de ambicioso de poder. Martí hablaba sólo de la creación de la república y de cómo debía ser ella; no iba más allá; no aludía a los instrumentos de la acción política una vez lograda la libertad nacional. Le tocó morir antes de que le llegara la hora de tocar ese delicado punto. Cayó de frente, como pedía en uno de sus conmovedores versos sencillos.

*Yo no quiero que me pongan
a morir como un traidor.
Yo soy bueno, y como bueno
moriré de cara al sol.*

Pero quedó su prédica, la más hermosa, y hasta la más prolija, sobre las necesidades de un pueblo y el modo de satisfacerlas. Esa prédica está viva; de manera que muchas decenas de años después de su muerte en el campo de batalla José Martí sigue siendo el apóstol de la libertad cubana, de la democracia cubana; un maestro en activo, en quien todos los luchadores hallan estímulo para proseguir la tarea de superar los males de Cuba. A tal extremo llega esa actualidad de Martí que cuando los instructores del juicio abierto con motivo del asalto hecho por un grupo de jóvenes a un cuartel en Santiago de Cuba, en 1953, le preguntaron a Fidel Castro, líder de los asaltantes, quién había sido el autor intelectual del ataque, el interrogado contestó sin el menor titubeo: “José Martí”. Con esa sombra resplandeciente tienen que luchar los tiranos de Cuba.

La acción militar de 1895 fue dirigida por Máximo Gómez, por Antonio Maceo y por otros muchos notables capitanes. Maceo murió en combate, a fines de 1896, después de haber llevado la guerra a los confines occidentales de la isla. Máximo Gómez, el más extraordinario guerrillero de todos los tiempos, tuvo que enfrentar a veintenas de millares de soldados españoles en una tierra casi toda plana, estrecha, surcada de ferrocarriles y caminos; y lo hizo con asombrosa fortuna.

Pero el arma más peligrosa que manejó Gómez no fue el machete, que él enseñó a usar a los cubanos, ni el fusil, ni la acometedora caballería criolla, sino la tea. Con la tea recorrió la isla quemando todos los ingenios, destruyendo la riqueza del país en sus cimientos más firmes. Su idea era que cuando Cuba no le rindiera dinero a España, ésta dejaría de combatir. Había visto la raíz económica de la revolución y allí atacaba. Por otra

parte decía que dejando a la gente sin lugar donde trabajar acudiría a las filas del Ejército Libertador, y afirmaba, mucho antes que Lenin, que sólo los pobres son buenos revolucionarios.

Con esa campaña de la tea Máximo Gómez —que no era cubano, sino dominicano, nacionalidad a la que jamás quiso renunciar— movió dos intereses opuestos, el de España y el de los Estados Unidos. España vio, aterrada, que tenía que poner fin a la revolución a cualquier costo, y envió a la isla al general Valeriano Weyler, que puso en práctica métodos de exterminio implacables, gracias a los cuales murieron doscientos cincuenta mil ancianos, mujeres y niños cubanos, de hambre la mayoría. En cuanto a Estados Unidos, su comercio con el azúcar de Cuba descendió a niveles alarmantes, y Estados Unidos había venido siendo el mercado del azúcar cubano desde hacía largo tiempo.

Durante la guerra de los diez años, y a principios de la de 1895, la actitud norteamericana con respecto a Cuba había sido la de preferir a España gobernando allí antes que a otra potencia. En Washington se temía sobre todo a la intervención de Inglaterra, que había tomado posesión de la ciudad de La Habana en el siglo XVIII y se mantuvo en ella casi un año. En última instancia la política norteamericana era dejar que la contienda se librara entre cubanos y españoles. Norteamérica se hallaba repleta de salud económica y comenzaba a sentir ya la necesidad de expandir su comercio hacia la zona del Caribe, de manera que cuanto más se debilitaran España y Cuba en la guerra más fácil sería su penetración en el mercado cubano.

Pero la pérdida del comercio azucarero iba a prolongarse con la destrucción de la industria que llevaba a cabo Gómez; eso asustó a los núcleos comerciales y financieros de Estados Unidos y a la vez abrió una posibilidad de que la industria renaciera manejada por capitales norteamericanos. Esos círculos hallaron en la política de exterminio que practicaba España una base humanitaria para llevar a los Estados Unidos a intervenir en la guerra. Se acudió, pues, a la propaganda, una propaganda que tenía móviles

legítimos en los inauditos actos de crueldad que los españoles perpetraban en Cuba; y como si quisiera ayudar en esa tarea, la diplomacia española cometió imprudencias de bulto, como la de ciertos insultos al gobierno y al pueblo de Norteamérica que escribió el embajador de España en Washington, los cuales fueron hechos públicos por la prensa de la Unión. En suma, unos y otros concurrieron a crear en los Estados Unidos un ánimo intervencionista.

Ese estado de conciencia cristalizó cuando se produjo, en febrero de 1898, la explosión que destruyó el acorazado *Maine*, de la Marina de Guerra norteamericana, que se hallaba en la bahía de La Habana. Numerosos marinos y oficiales murieron allí, y las acusaciones de culpabilidad por la voladura del buque volaron de Madrid hacia Washington y de Washington hacia Madrid. Jamás se supo quiénes fueron responsables, si los españoles o los norteamericanos. Pero el hecho es que esa explosión precipitó la intervención de los Estados Unidos en la guerra, su apoderamiento de Cuba, Puerto Rico y Filipinas, y por tanto su aparición en el escenario mundial como una potencia con intereses estratégicos en mares tan distantes como el Caribe y el Pacífico occidental.

La guerra de 1895 tenía ya tres años de duración, había costado la vida a centenares de millares de cubanos, había llevado la destrucción al último rincón del país; entonces intervinieron los norteamericanos. Su acción militar estuvo limitada a los alrededores de Santiago de Cuba, en el extremo oriental, y a una batalla naval en las bocas de ese puerto, de donde pretendía salir la escuadra española. España prefirió rendir las armas y retirarse de Cuba. Fue poco digna la actitud, dictada por la soberbia, del gobierno español, que prefirió firmar la paz en París sin participación de los cubanos, a hacerlo en La Habana sin participación de los estadounidenses. Así, en 1898 se retiraron las fuerzas españolas cuatro siglos después de haber conquistado la isla, pero quedaron las norteamericanas pocos meses después de haber intervenido en la contienda.

Cuatro años tardó en establecerse el primer gobierno cubano, que lo hizo en 1902. Obsérvese que eso ocurría veintinueve años antes de que Fulgencio Batista insurgiera como caudillo militar en el golpe de los sargentos. Veintinueve años es muy poco tiempo en la vida de un pueblo. Tomar en cuenta eso es muy útil para comprender la razón de lo que ocurrió en Cuba en marzo de 1952.

En el lapso que va de 1902 a 1933 Cuba no fue libre, aunque los cubanos creyeran que sí. No mencionamos el aspecto legal, la vigencia de la Enmienda Platt que autorizaba la ocupación militar del país en cualquier momento o la posesión de una base naval de los Estados Unidos en Guatánamo; nos referimos al aspecto económico-político de la vida cubana.

En 1898 Cuba dejó de ser colonia española pero pasó a ser semicolonía norteamericana; y esa situación duró hasta 1933, sin atenuaciones de ningún género. En 1898 sólo hubo allí un cambio de metrópoli, con su consiguiente cambio en los procedimientos: los presidentes cubanos de ese periodo dependían de Washington casi tanto como los capitanes generales españoles dependían de Madrid. Por esa razón la llamada “Revolución del treinta”, que muchos definen como “revolución antimachadista”, fue una lucha de retaguardia contra la colonia; en realidad fue entonces cuando se dio la última batalla de la independencia. Puede afirmarse con toda propiedad que la guerra de independencia de Cuba comenzó el 10 de octubre de 1868 y terminó el 4 de septiembre de 1933; esa guerra tuvo tres episodios mayores —el de 1868 a 1878, el de 1895 a 1898, el de 1930 a 1933— y varios menores entre unos y otros.

Cuba no escapó a esa especie de frustración histórica que hizo de los libertadores latinoamericanos enemigos de España, pero no patriotas. A pesar de las prédicas de José Martí, de su esfuerzo en darle contenido democrático a la guerra libertadora, y a pesar de los ejemplos que ofrecieron con sus vidas Maceo, y Gómez, en Cuba ocurrió lo mismo que en los demás países, o que en casi to-

dos: muchos generales utilizaron el prestigio ganado en la lucha para llegar al poder y desde allí traicionar a su pueblo. Incluso el primer presidente, que no era general pero sí veterano luchador contra España, y que era hombre honesto como administrador público, prefirió solicitar la intervención militar de los Estados Unidos a permitir que sus adversarios políticos, el Partido Liberal, llegaran al poder. La intervención se produjo; y después de haber cesado se turnaron en el poder liberales y conservadores, todos más atentos a la voluntad de Washington que a las necesidades del pueblo.

Ya sabemos en qué consiste el imperialismo; es la utilización del poder político o militar de una gran nación para obligar a naciones más pobres o más débiles a entregar sus riquezas potenciales o activas a los grandes empresarios industriales y financieros del país poderoso. La manera más idónea de lograr ese fin es obteniendo el control político del país débil; así se aseguran leyes favorables al capital extraño, medidas que coartan la libertad de los obreros y les impiden luchar por mejores jornales, favores para adquirir tierras y minas a buenos precios. Entre 1898 y 1933 el imperialismo norteamericano vivió sus días de esplendor, y los aprovechó bien en Cuba, país donde obtuvo cuanto quiso a través de sus cómplices nacionales, los gobernantes cubanos.

Los capitalistas norteamericanos tenían en Cuba más libertad de acción que en su propio país, donde el pueblo contaba con la protección de la ley. En Cuba la ley se hacía y se deshacía según ellos desearan. O lo hacía el gobierno de turno a cambio de una tajada en las ganancias, o lo hacía obedeciendo a una petición de los representantes diplomáticos de Washington. Los ministros de Estados Unidos en Cuba eran verdaderos procónsules, que señalaban hombres para el Gabinete o favorecían a determinados candidatos o hacían saltar a un oficial del ejército. Por lo demás, ellos no representaban al pueblo norteamericano, sino a los grandes empresarios de aquel país.

A la sombra de ese poder la industria azucarera, destruida por la tea libertadora, fue adquirida, con buenas o malas artes, por capitalistas norteamericanos en su gran mayoría. Esa industria era el nervio de Cuba; de manera que la economía del país estuvo gobernada por extranjeros. Es difícil imaginarse a qué extremos de sumisión llevaron esos amos de la entraña vital de Cuba a los cubanos, y a qué extremo les sirvieron los gobernantes de la época. Los hijos de la isla fascinante no tenían ni siquiera oportunidad para ganarse el pan en su propia tierra, porque los Centrales —nombre de los grandes ingenios de azúcar— importaban su personal, desde los cortadores de caña, que eran generalmente negros haitianos de bajo jornal, hasta los directores, que eran hijos o sobrinos o primos de los grandes accionistas estadounidenses. La corrupción era indescriptible. Los Centrales llegaron a tener puertos propios, por donde importaban lo que deseaban sin pagar impuestos. Dominaron la banca, las tierras, el comercio; las vías de comunicación y los destacamentos de seguridad pública estaban a sus órdenes.

Cuando llegó el gran movimiento popular de 1930, que en todo el Caribe se hizo patente por la petición de más libertades y mejores salarios, en Cuba, como en el resto del Caribe, se planteó la lucha entre pueblo y gobierno. Claro, el gobierno era el ejecutor de las medidas dañinas para la colectividad. En la mayor parte de los países del Caribe los pueblos perdieron la batalla, lo que dio nacimiento a varias tiranías. Pero en Cuba no; en Cuba esa batalla tenía que ser históricamente ganada, porque no se trataba sólo de una acción interna, sino que era un episodio —el final, por suerte— de la gran guerra libertadora. Las fuerzas cubanas se definieron nítidamente debido a esa causa; y el pueblo hizo filas detrás de los que representaban la herencia de los libertadores, contra la minoría que representaba a la colonia. Los estudiantes universitarios, adalides de esa lucha, identificaron a la tiranía de Machado con la opresión extranjera; y en verdad ese régimen era sólo la máscara cubana de la nueva metrópoli.

Gerardo Machado —desde luego, uno de los generales libertadores— había sido elegido presidente en 1924 para gobernar hasta 1928, pero en 1928 la situación económica del mundo era brillante, de manera que a su juicio de presidente negociante era gran tontería dejar el poder; promovió, pues, una reforma constitucional y alargó su periodo hasta 1930. Ahora bien, en 1930 la situación económica era muy mala, razón por la cual abandonar el poder en un momento en que éste podía ser de gran ayuda para no perder su fortuna resultaba también una insigne tontería.

El caso es que no sólo Machado pensaba así, sino además sus socios, los grandes capitalistas extranjeros y la mayoría de los políticos nacionales que sacaban beneficios del régimen. A esa altura Cuba había visto que no había diferencias entre liberales y conservadores, al extremo de que grandes núcleos de conservadores se unieron a Machado para crear una especie de partido único que respaldara su decisión de reelegirse en 1930. Ahí comenzó la lucha, iniciada por los estudiantes universitarios de La Habana y seguida a poco por casi todo el pueblo.

Ya se sabe cómo se comportó la tiranía machadista. Fue un régimen abominable, que no economizó ningún dolor a Cuba. Torturas, asesinatos, destierros, persecuciones, miseria, infamias; todo lo que un poder sin escrúpulos puede poner en juego para doblegar a un pueblo, lo hizo el machadato. Pero no pudo lograr sus propósitos. Los jóvenes, los ancianos, las mujeres, los obreros, los campesinos, los burócratas, los profesionales; todo aquel que tenía en Cuba un adarme de sensibilidad patriótica se alineó en la batalla. Durante tres años América vio a aquel pueblo ejecutando las acciones más arrojadas, muchas de ellas tan inverosímiles que parecían argumentos cinematográficos; lo vio combatir con una tenacidad digna de sus antepasados libertadores.

La lucha fue tan prolongada y sangrienta que en los propios Estados Unidos causó impresión. Allí había llegado al poder un nuevo concepto de gobierno, que repudiaba los métodos

de opresión usados por Washington hasta poco antes; un gobierno que había sido producto precisamente de la presión popular originada en la gran crisis de 1929. La situación de Cuba era indescriptible. Roosevelt, pues, decidió que la Casa Blanca no podía seguir respaldando a Machado. Al faltarle su soporte exterior, la ayuda de sus más poderosos aliados, el machadato cayó estrepitosamente.

Pero los altos funcionarios norteamericanos no entendían que por haber repudiado a la tiranía machadista debían dejar a Cuba en manos de los cubanos; y eso explica que el propio enviado personal de Roosevelt escogiera un nuevo presidente, un amigo suyo, hijo del padre de la patria cubana, Carlos Manuel de Céspedes, iniciador de la guerra de los diez años. Ese presidente —y su gabinete, claro— iba a durar sólo veintitrés días, y sería derrocado y sustituido sin previa consulta con el enviado de Roosevelt, el embajador especial Summer Welles. El derrocamiento se produjo el 4 de septiembre de 1933, y era la primera vez en su historia que los cubanos actuaban sin tomar en cuenta a un poder extranjero. Por eso puede afirmarse que la gran guerra por la libertad nacional, iniciada el 10 de octubre de 1868, duró hasta el 4 de septiembre de 1933. Con sus paréntesis de paz, se prolongó a lo largo de sesenta y cinco años.

¿Qué sucedió ese día de septiembre de 1933?

Sucedió que el ejército cubano se sublevó, bajo el comando de sus sargentos, contra la oficialidad y contra el gobierno designado por Mr. Summer Welles. La mayoría de la oficialidad era, como los políticos al uso, de alma colonialista; miraba a Washington más que a Cuba, y había dado su apoyo, uno tras otro, a los gobiernos dependientes que había tenido la República. Pero no fue echada de los cuarteles por esa razón, sino porque todo el orden cubano había sido subvertido y el pueblo deseaba el poder para sí.

En realidad, la conspiración de los sargentos persiguió fines muy distintos de los que a última hora le comunicó la dinámica

revolucionaria; se organizó para obtener de la oficialidad —y sobre todo del nuevo gobierno— mejores cuarteles, mejores sueldos, mejor comida; en suma, mejor trato a los soldados, como en las calles reclamaban mejor trato los obreros. Pero sucedió que en el breve lapso que cubrió la conspiración —tres semanas— los estudiantes que habían dirigido la lucha contra Machado se infiltraron en ella y le dieron un sentido revolucionario general, de que carecía. La orientación política de la rebelión militar cubana de 1933 fue obra de esos estudiantes; y resultó fácil dársela porque a la caída de Machado la atmósfera nacional había quedado cargada de ideas renovadoras.

La rebelión de los sargentos tuvo buen éxito, y de ella surgió Fulgencio Batista caudillo militar. Lo nefasto para Cuba era que ni Fulgencio Batista ni sus compañeros de armas sabían en realidad qué papel estaban desempeñando. Acababan de librar la última batalla de una guerra que llevaba ya sesenta y cinco años, y ellos creían que habían encabezado un vulgar golpe de Estado circunscrito a lo doméstico.

Su ignorancia les impedía ver los alcances de su acción.

II

El 4 de septiembre de 1933 Cuba amaneció libre; libre por vez primera desde que su tierra fue pisada por los conquistadores españoles. ¿Qué iba a suceder a partir de ese momento?

Sucedió que antes de que salieran de su júbilo, el ejército y el pueblo —que festejaban la victoria sin saber en qué consistía— se hallaron encabezados por un gobierno provisional. El gobierno había sido elegido fundamentalmente por los estudiantes. En esos primeros días Batista y sus compañeros eran sólo instrumentos del estudiantado, adalides de la lucha, al extremo de que era un estudiante quien presidía el comité revolucionario de Columbia.

El gobierno revolucionario se componía de una pentarquía; en ese ejecutivo de cinco cabezas el más conocido y popular en Cuba y fuera de Cuba era Sergio Carbó, periodista notable. A Sergio Carbó iba a tocarle poner en los hombros de Batista las insignias de coronel, llevándole así de una plaza de sargento taquígrafo a la jefatura de las fuerzas armadas; al andar del tiempo, veinte años después, Sergio Carbó tendría que huir de Cuba para salvarse de la persecución de Fulgencio Batista.

La pentarquía duró poco, apenas cinco días. La reacción de Washington no se hizo esperar. El embajador especial Summer Welles creyó que aquella subversión que se había producido en Cuba sin consultarle era un insulto personal a él y a su representado, el presidente Roosevelt, y aconsejó desde Cuba una política drástica contra el nuevo gobierno; llegó hasta pedir una intervención militar, por lo menos el desembarco de algunos efectivos de la Infantería de Marina para que le protegieran y para impresionar a los cubanos. Roosevelt se opuso. De todas maneras buques de guerra norteamericanos navegaban en aguas cubanas; en los ingenios de la isla obreros y soldados fraternizaban en comités de huelga. La presión de Washington deshizo a la pentarquía. Pero uno de sus miembros, Ramón Grau San Martín, se negó a renunciar, y quedó él solo, rodeado de entusiastas muchachos, al frente del gobierno.

Lo que ese gobierno hizo hubiera dejado satisfecho a José Martí. Pues con una energía, un optimismo, un valor juveniles, en medio de un entusiasmo pagano, se dedicó a demoler una por una las murallas coloniales, todos los obstáculos que tenía Cuba por delante; a reparar las injusticias de cuatro siglos y de treinta y cinco años, a echar abajo el pasado; en una palabra, se entregó a poner en manos del pueblo cubano los destinos de su vida, su economía, su dignidad.

Se trabajó de prisa, en un diálogo constante con las masas, que llegaban día tras día a las puertas del palacio presidencial llevando sus peticiones, su demanda de justicia social, en manifestaciones

constantes. En realidad ninguno de los problemas que planteaban esas masas había sido previamente estudiado, pues los combatientes en ese último episodio de la guerra libertadora se habían dedicado a luchar sin pasarles por la cabeza la idea de que en alguna ocasión llegarían al poder. En conjunto conocían esos problemas, pero no en detalles. Lo admirable es que las soluciones dadas desde el Palacio fueron siempre acertadas. Era que se trabajaba con verdadero fervor patriótico, y Martí lo había dicho: “Los apasionados son los primogénitos del mundo”. Digno de tomarse en cuenta es que esa obra se realizó en medio de libertades completas.

El gobierno revolucionario de Grau San Martín lanzó a la calle cincuenta, tal vez sesenta decretos demoledores para el antiguo régimen económico y social del país; desconoció la Enmienda Platt, legalizó el derecho de huelga, la formación de sindicatos, limitó el trabajo de las mujeres y los niños, estableció el seguro contra accidentes y el de maternidad obrera, canceló los subpuertos, municipalizó los bateyes de los ingenios para someter sus zonas a la ley; fijó el jornal mínimo y la jornada máxima, limitó el número de extranjeros en la industria y obligó a que cada puesto abandonado por un extranjero fuera servido por un cubano; dio prioridad al Estado en los remates de tierras, rebajó impuestos, congeló los alquileres, intervino a las empresas extranjeras que violaban las leyes, como la filial de la General Electric en La Habana. Por primera vez en Cuba se gobernaba para los cubanos y no para los capitalistas foráneos.

Pero ese régimen duró poco. Se enfrentó a varios alzamientos, instigados por la reacción y de hecho bendecidos por Sumner Welles, y en todos salió triunfante porque tenía de su lado al pueblo y a sus líderes de más prestigio. Pero hubo una conspiración que no pudo debelar; fue la de Washington y Batista, el acuerdo del imperialismo con su nuevo agente cubano.

Un funcionario de la Secretaría de Estado llamado Jefferson Caffery, con experiencia en aplastar movimientos populares en la América Latina, obtuvo de Batista lo que Welles no logró

enfrentándose a Grau: la traición a Cuba. Se sobornó al nuevo caudillo militar, que pudo y debió ser la garantía de la liberación, ofreciéndole el apoyo extranjero. Batista se dejó deslumbrar y derrocó a Grau en enero de 1934. A partir de ese momento Batista se quedaría con el poder y Grau con la popularidad; y eso explica la lucha habida en Cuba en los once años que siguieron, hasta que en 1944 Grau volvió al poder gracias a unas elecciones que ganó en forma aplastante.

Aquí tenemos, pues, el caso de una situación que fue creada sin intervención del imperialismo, sino más bien en lucha contra él, y que acabó siendo dominada por esa nefasta fuerza. Adviértase que Fulgencio Batista surgió caudillo militar sin auxilio de Washington; después se dejó sobornar y traicionó a su pueblo. En gran medida eso sucedió porque Batista ignoraba —y la gran mayoría de los que estaban a su lado lo ignoraban también— cuál era su posición dentro del curso histórico cubano. Él era, en realidad, el producto de una acción tenaz de sesenta y cinco años. Pero no lo supo; no lo intuyó, siquiera. Creyó que lo que sucedía en Cuba era un bochinche de pura política doméstica y que la posición que él había ganado era obra de sus propios méritos. Su incultura no le permitía ver la verdad.

Ahora bien, esa incultura no era un pecado de los cubanos, sino un crimen de España; y yendo más lejos ni aun eso, puesto que en España abundaba la ignorancia tanto como en su colonia, y quizá más, en cierto sentido. “La ignorancia engendra monstruos”, aseguró un pensador. Lo cual es cierto. Cuba cosechaba en tal momento el fruto de una fatalidad histórica en cuya gestación ella no intervino, y fue la conquista de la isla por los españoles. Todo un pasado de orígenes complejos, que escapaban a la responsabilidad criolla, estaba latiendo, para mal de los cubanos, en ese momento desdichado. Y todo un largo trecho de porvenir estaría también encauzado por ese momento; pues así como él fue resultado de acontecimientos remotos, así él determinaría nuevos acontecimientos en el porvenir.

En esos días Fulgencio Batista era un hombre de acaso treinta y cuatro años, de manera que ese caudillaje militar que le confiaron los sucesos y su audacia, reforzado por la ayuda norteamericana, iba a prolongarse muchos años todavía, dada su juventud, y durante todo ese tiempo sería amenazante para Cuba. El tiempo demostró que así había de ser.

Fulgencio Batista no tiene el alma insensible de Marcos Pérez Jiménez ni la soberbia incontrolable de Trujillo. Su psicología se asemeja bastante a la de Somoza; como Somoza, es farsante y capaz de llegar a cualquier extremo con tal de conquistar el poder. Somoza asesinó a Sandino y Batista ordenó la muerte de Antonio Guiteras; aquél derrocó a su tío político y éste al presidente que le garantizó la vuelta a Cuba y le salvó la vida. Pero el caso de Batista es más lamentable que el de Somoza porque se traicionó a sí mismo cuando se vendió a los enemigos de Cuba y se volvió contra el gobierno de Grau San Martín, y porque traicionó después el régimen constitucional que el pueblo se había dado bajo su dictadura, y del cual tantas veces dijo que era su mejor obra política.

Como Somoza, Batista es negociante; como el nicaragüense, el cubano es una alma colonialista. Ni el uno ni el otro toman en cuenta lo que piensan sus pueblos, pero viven atentos a lo que de ellos se diga en los Estados Unidos. Comparados con Trujillo o con Pérez Jiménez, ambos son tolerantes y los dos preferirían no tener que abusar del poder. Batista, como Somoza, permite el juego de la oposición y la libertad de expresión, aunque tratan de que no haya ni una cosa ni la otra si pueden. Los dos recurren al soborno con preferencia al crimen, pero llegan al crimen cuando lo consideran necesario.

Las diferencias que se advierten entre Anastasio Somoza y Fulgencio Batista —dos nombres, por cierto, fuera de lo común— son las que hay entre los pueblos de Nicaragua y de Cuba. Hay cosas que pueden hacerse en Nicaragua y en Cuba no. Cuba es un país rico, de historia muy intensa y cultura muy

viva, con una tradición de libertades públicas muy honrosa y otra de lucha por defender esas libertades que pocos países de América pueden mostrar. Batista tiene que respetar, en cierta medida, esos valores nacionales. Pero cada uno en su medio, se parecen.

En cambio Batista no se parece a Trujillo. Es un caudillo a la antigua, con todos los vicios del caudillaje y con la ventaja de que no tiene pueblo que le siga, sino el ejército, lo cual le deja libre de compromisos con las masas; pero no es un enfermo mental como el tirano de Santo Domingo. Por lo demás, en oposición a lo que sucede con Pérez Jiménez, Somoza y Trujillo, que se consideran superiores a los demás hombres y por tanto no reconocen sus defectos, Batista ha tratado —con escasos resultados, eso sí— de superar muchas de sus fallas, y sin duda le hubiera gustado ser un político popular si su ignorancia no le hubiera impedido escoger su destino.

Pero perdió la ocasión de ser un ídolo de Cuba y un ejemplo para América cuando traicionó la revolución libertadora en enero de 1934. De haberse mantenido leal a la causa del pueblo, nadie, ni siquiera el propio Grau, habría alcanzado en la hermosa isla el rango de Batista. Pues tenía muchas de las cualidades que el cubano admira; era simpático, vivo, y había surgido de las capas más humildes del pueblo. Puede decirse de él que estalló a la luz pública, puesto que nadie sospechaba su existencia antes del 4 de septiembre de 1933, excepto los que conspiraron con él; de un día para otro se ganó la buena voluntad popular, que perdió también de un día para otro porque en Cuba se odia la traición y se desprecia al que la ejecuta. Vendió su alma al diablo; por una mísera tajada de poder salió del panteón de los héroes hacia el infierno de los réprobos.

A la caída de Grau en enero de 1934 Batista no se atrevió a lanzarse a la conquista de la presidencia. Era muy cauto y sabía que todavía no contaba con fuerzas suficientes. Se dedicó, pues, a reforzar su poder militar y a ir tomando posiciones políti-

cas poco a poco. Manióbró, escogiendo él a los gobernantes y abandonándolos a su suerte o pidiéndoles la renuncia cuando lo creía oportuno. Mientras tanto impuso el terror en el país.

Volvieron a estar a la orden del día los asesinatos de adversarios, las prisiones, las torturas, los destierros. Aprovechó una huelga general, en mayo de 1935, para destruir, con una represión de tonos más bárbaros que los que usó Machado, toda oposición activa. Las víctimas eran de todas las categorías; líderes de renombre internacional, como Antonio Guiteras, revolucionarios de probada honestidad, o desconocidos trabajadores de la ciudad y el campo. Fueron años sombríos y de sangre ésos, y al cabo de ellos salió Batista dueño absoluto de la fuerza militar cubana.

La gran obra de la revolución había sido detenida. El nuevo dictador, que se guarecía bajo un manto de irresponsabilidad legal porque otros gobernaban en nombre suyo, no se atrevió a ordenar la derogación de la legislación promulgada durante el gobierno provisional de Grau San Martín; pero la burló evitando su cumplimiento. Él tenía en sus manos, mediante el dominio de la fuerza pública, la aplicación de la ley; y no la aplicaba.

Tornaron a sus antiguos privilegios los señores del azúcar; volvieron a imperar la corrupción, los negocios sucios, los permisos para juegos de azar, los contrabandos, los jornales de miseria, la persecución de obreros y la disolución de sindicatos. Parecía haber resucitado el pasado colonial. Pero el pasado jamás vuelve. Dos fuerzas se movían contra su retorno: la conciencia de Cuba, que ya había visto, si bien durante muy corto tiempo, el rostro de su destino, y la situación internacional, que iba agravándose y no tardaría en desembocar en la Gran Guerra.

Comenzaron entonces los esfuerzos de Batista por adaptarse a la nueva situación. Forzados por las circunstancias mundiales, los Estados Unidos se veían en el caso de exportar el "New Deal". No podían aprobar cerca de sus fronteras el reinado de los gran-

des capitales, que perseguían en su país, y además debían contar con el apoyo de los pueblos para lo que se avecinaba. Fulgencio Batista, que durante la Guerra Civil Española se había proclamado partidario del sistema corporativo fascista, amaneció un día abrazado con los líderes del Partido Comunista. Éstos le tendieron un puente para que abandonara el cuartel y se instalara en Palacio; y él lo cruzó.

Así, con el beneplácito de Washington, y llevado de la mano por los comunistas que se daban cuenta de que su partido ganaría popularidad si ellos lograban vencer a la reacción dentro del mismo Batista —combatiendo dentro de sus trincheras, para decirlo en términos militares—, el dictador aceptó en 1939 la tesis del autenticismo —el partido formado por Grau y su grupo— que demandaba, antes de que se dieran elecciones generales, una convocatoria a elecciones para redactar la nueva Constitución. El país llevaba ya seis años sin Constitución y los auténticos querían, con buen sentido político, consagrar en una ley fundamental las conquistas del gobierno revolucionario que presidiera Grau.

La dirección del Partido Comunista Cubano estuvo acertada en su análisis de la situación del país y sin duda le rindió un buen servicio a Cuba al poner en acción sus conclusiones. A Batista no le era fácil abandonar su base, que era el ejército, sin tener donde plantar los pies en el terreno civil; los comunistas le brindaron ese terreno; le hicieron una propaganda no sólo nacional, sino continental, con lo que le dieron sensación de popularidad. Sin ella, el dictador no habría podido dar el salto.

Pues él tenía que pensar no sólo en sí mismo, sino también en su propio partido, que era el de los soldados. Batista había hecho de ellos una fuerza privilegiada; les mostró a Cuba como su botín, el botín ganado en batallas; les llevó a considerarse dueños del país y superiores a los cubanos trajeados de civiles; les creó una bandera, de la que se sentían más orgullosos que de la consagrada por los libertadores en los combates. Esa situación tenía que

cambiar al normalizarse la vida política del país. Ofreciéndole a Batista una fuerza popular que sustituía al ejército, los comunistas facilitaron el difícil trance. Sería deshonesto no reconocerlo así.

Las elecciones para Constituyente, celebradas en 1939, fueron perdidas por los partidos que se aliaron con Batista pero a última hora éste maniobró y sustrajo de la oposición un partido, a cambio de cargos públicos. Ese grupo que se pasó a sus filas era el último remanente de un sector típicamente caudillista: el viejo partido conservador, con lo que se vio en torno del dictador una coalición que iba desde la extrema derecha hasta la extrema izquierda comunista. Frente a ella estaba el autenticismo, con dos partidos pequeños a su lado. Pese a la maniobra de última hora los auténticos lograron imponer sus doctrinas en la nueva Constitución, una de las más avanzadas que ha conocido el mundo, y de hecho la primera Constitución verdaderamente cubana, puesto que las que se había dado Cuba en guerra sólo tuvieron vigencia regionalmente.

Después de promulgada en 1940 la Constitución —que Batista llamó siempre el más brillante galardón de su carrera pública, a pesar de lo cual la echó por la borda en 1952—, el afortunado ex sargento se presentó candidato presidencial por la misma coalición de partidos que tuvo a su lado en la Asamblea Constituyente. Desde luego, para esas elecciones regía aún una ley electoral amañada, de la que se valió Batista para dar un sonado fraude electoral; y es claro que ganó las elecciones “por abrumadora mayoría”, según es tradición en las dictaduras del Caribe. De esa manera en 1941 había “ascendido” a presidente de la República. Ya estaba instalado en el palacio presidencial.

La historia lo había arrastrado, desde el fondo del pueblo, y lo había ido llevando de manera lenta pero segura hacia el primer plano nacional; él había ayudado a la historia con una notable capacidad de adaptación, con mente flexible y cierto natural don político. Susceptible de ser aconsejado, podía llegar a enderezar su torcido camino si actuaba a la altura de sus funciones. Ya era rico; en sus años de cuartel había acumulado

una enorme fortuna interviniendo en toda suerte de negocios, recibiendo participaciones a cambio de favores públicos; como él se habían enriquecido sus amigos.

El gobierno de Batista no quitó ni puso rey. Envuelto en el gran oleaje de la guerra no pudo hacerle frente a ningún problema nacional. Porque Batista es astuto, pero carece de imaginación y de audacia para encarar los asuntos del pueblo; sus ideas son anticuadas, como las de todo colonialista, y además él es un derechista vergonzante, que pretende aparecer a los ojos del mundo como hombre de izquierda, y la pugna entre lo que verdaderamente quería hacer y lo que hace produce acciones indecisas, titubeantes. Sabe que la gran masa cubana tiende hacia la izquierda, como ocurre en toda la América Latina, y no se atreve a desafiarla abiertamente propugnando medidas de derecha, que son las que él desearía aplicar.

Su caso es el de un hombre con un pie en una orilla y el otro en la opuesta, que no avanza ni está firme. Pero en lo que se refiere a su habilidad para devolver el ejército a los cuarteles y para actuar sin violencias cuando fue presidente constitucional, es deber del historiador reconocer que supo hacerlo. Bajo su gobierno de 1941 a 1944 las aguas cubanas fueron recobrando lentamente su nivel. En 1944 su candidato presidencial fue derrotado en elecciones de tan nutrida votación en su contra, que antes de que terminara el conteo de votos ese candidato había reconocido la victoria de su antagonista, Ramón Grau San Martín.

El triunfo de Grau era la proyección cubana del poderoso empuje popular, en todo el Caribe, que producían las limitaciones de la guerra. Mientras los empresarios estaban enriqueciéndose con los precios buenos y la venta segura de productos en el mercado norteamericano, los pueblos se veían con sus salarios congelados y ante una creciente escasez de artículos de consumo. Ya hemos dicho en otras partes de este libro cómo la ola popular barrió dictaduras ese año y el siguiente. Los pueblos necesitaban de más libertad y mayor justicia social.

Cuba sabía que iba a tener ambas cosas con Grau en el poder, y le aclamaba llamándolo “el presidente cubano”, manera de definir su conducta frente a la de Batista, que en cierto sentido había sido el gobernador colonial del país durante once años. Batista, que había perdido la popularidad en enero de 1934, perdía también el poder en junio de 1944; Grau, que había perdido el poder en enero de 1934, tenía en octubre de 1944 el poder y la popularidad. Así parecía haberse liquidado toda una etapa histórica. Cuba entraba entonces en la posesión completa de su destino, cuyo rostro había entrevisto en 1933.

Pero la historia no actúa con la simplicidad que desean atribuirle las masas, y no se corta de golpe, como no puede cortarse un río de un machetazo. La historia fluye, viene siempre desde el pasado, arrastrando todas las fuerzas, las positivas y las negativas, en una marcha constante hacia el porvenir. El gobierno de Grau era un producto de la historia cubana, y llevaba en su seno todas esas fuerzas, las útiles y las perjudiciales, muchas de las cuales estaban todavía con todo el vigor que tenían en los días en que el país era una colonia española. Con Batista se impusieron las peores, sin que dejaran de manifestarse las mejores; con Grau se impondrían las mejores, pero no dejarían de actuar las peores.

La responsabilidad de un gobernante ante la historia se determina por el auge de una de esas dos fuerzas en su régimen; en el caso de Grau, mientras fue presidente constitucional entre 1944 y 1948, las dos se manifestaron con igual violencia. A un mismo tiempo fue el gobierno más progresista y el más corrompido, el de más libertades y el más personalista, el más popular y el más odiado. Los historiadores del porvenir van a tener bastante trabajo al tratar de clasificar ese gobierno.

El resurgimiento del país fue visible tan pronto Grau tomó el poder. Ese médico tenía una imaginación verdaderamente rica para crear medidas populares y una singular audacia para ponerlas en ejecución. Salido de la pequeña burguesía, tenía

siempre presente al pueblo en sus planes. Su precisión para ver en la enmarañada selva de intereses que tenía por delante era asombrosa; y sus conclusiones, por lo general, eran acertadas. Mantuvo al país en vilo, golpeando sin cesar en sus zonas sensibles, con cierta demoniaca alegría. Sus ideas fundamentales eran que había que darle al pueblo cada vez más poder adquisitivo y al mismo tiempo facilitar la formación de una burguesía nacional, abrir cauces para que la pequeña burguesía se expandiera y formara una fuerte clase media. Él no lo decía con esas palabras, pero sí con sus procedimientos. Enriquecer más a cada cubano, en medio de una libertad sin trabas, y enriquecer sin cesar al Estado, eran sus fines.

Grau creía que la economía capitalista tiene zonas de fricción, a las que no debe temerse; a su juicio hay en el sistema un elemento psicológico que desborda a menudo sus leyes, y hacer que el numerario irrigue todo el cuerpo social es necesario para mantener al pueblo estimulado en la lucha diaria. A ese efecto contaba, entre sus numerosos apólogos, el de un señor que llegó a un pequeño pueblo muy pobre y pagó el alojamiento con un billete de cien dólares; ese billete puso a todo el mundo a trabajar y a producir en el poblado, porque la gente lo veía y cada quien tenía confianza en que su trabajo sería pagado cuando lo cambiaran. Al final sucedió que el billete era falso, pero la fe de la gente había producido muchas veces cien dólares antes de que se supiera que no era legítimo.

En cierto sentido el apólogo podía aplicarse a él. Pues su presencia al frente del gobierno equivalía para los cubanos a la llegada de un billete de buena ley, que estimuló a todo el mundo y llenó al país de una euforia productiva nunca vista antes en Cuba.

El plan de obras de Grau fue realmente grande. El pueblo adquirió fe y se vio a Cuba crecer y desarrollarse del día a la noche. La Habana se transformaba, pero también ciudades tan lejanas como Guantánamo o remotos burgos del interior. Fueron gran-

des su política exterior y su respeto a las libertades públicas, la dignidad con que trató a los Estados Unidos y el tesón con que impuso la justicia social. Pero en la misma medida fueron grandes también bajo su régimen la corrupción ideológica, política y administrativa. Cada jefe provincial o municipal de su partido se convirtió en un pequeño caudillo que sólo atendía a la defensa de sus intereses electorales; y muchos ministros se dedicaron a enriquecerse, algunos en forma escandalosa. Uno de ellos se trasladó a Norteamérica con más de cuarenta y ocho millones de dólares en efectivo; cuando se le preguntó cómo había podido llevarse todo ese dinero, respondió cínicamente: "En maletas".

Grau toleró ese estado de cosas. Burló en tal sentido la fe pública, y a menudo se puso por encima de las instituciones, como si pretendiera desacreditarlas. Nunca auspició el pandillerismo, como dijeron de él sus adversarios, pero permitió que floreciera sin oponerle su indudable autoridad. El gangsterismo político se multiplicaba en un clima de inmoralidad administrativa. En esa inmoralidad se incubó la traición de Batista.

Pero los resultados positivos de la obra gubernamental realizada por el autenticismo eran tan grandes, que cuando llegó la hora de sustituir a Grau San Martín su partido ganó las elecciones en las seis provincias de Cuba, lo cual nunca antes había sucedido.

El candidato triunfante fue Carlos Prío Socarrás, que tomó posesión de su cargo en octubre de 1948.

III

Mientras gobernó Grau San Martín, Fulgencio Batista no pisó tierra cubana. Había dejado atrás muchos cadáveres, muchos atropellos, muchas violaciones a las leyes; sabía que entre los centenares de viudas y de huérfanos algunos acudirían a la justicia tan pronto él volviera, y sabía que Grau no intervendría ante

los jueces para entorpecer su tarea. Esperó, pues, a las elecciones de 1948 y compró una candidatura a senador.

De acuerdo con la ley electoral cubana su elección era segura por la minoría. El cargo de senador lo hacía inmune por cuatro años. Obtuvo la curul, pero aun así no se atrevió a retornar sino después que el nuevo presidente le ofreció toda suerte de garantías. Pues él había cerrado, con su acta de senador, el camino de la justicia, pero no podía evitar que un familiar de alguna víctima suya le agrediera. Prío Socarrás fue amplio con su antiguo opositor y perseguidor; le dijo que escogiera él mismo sus guardias personales en las filas del ejército. La oferta le fue hecha en el palacio presidencial, adonde había ido Batista para agradecerle al nuevo presidente el trato que le daba. De allí salió a conspirar. Durante casi cuatro años cobró su lujoso sueldo de senador; jamás hizo acto de presencia en el Senado.

Prío Socarrás era joven cuando llegó a Palacio. Había tenido una brillante actuación en la revolución; había sido líder de la organización clandestina del autenticismo en el país, cuando el partido fue desbandado por el terror, y muchos de sus mejores hombres asesinados o lanzados al destierro en 1935 y 1938; fue el líder del partido en la Convención Constituyente de 1940 y resultó después electo senador. Estaba en esas funciones cuando fue llamado por Grau a servir el cargo de primer ministro y el de ministro del Trabajo.

Hombre de inteligencia rápida, con mucha mayor cultura de la que hasta sus amigos sospecharan y muy superior a la del político promedio de Cuba, tenía el don de captar de un golpe de ojos la entraña de cualquiera situación. De mente realista, organizaba sus ideas en forma tan natural que le resultaba muy fácil hallar salida a la peor de las situaciones. Intelectualmente era un político nato, y no le fue difícil convertirse también en un estadista, quizás el cubano más preparado en el estudio de los problemas de su país.

Pero Prío Socarrás no tenía temperamento de político ni, por tanto, de gobernante. No tenía del poder el concepto realis-

ta de Grau San Martín ni lo amaba como éste o Batista. Bondadoso y tolerante, su sensibilidad resultaba más apropiada para un artista o un estudioso de problemas filosóficos, y a la vez su sensualidad, muy cubana, le llevaba a querer disfrutar lo bello de la vida sin sacrificar eso a las exigencias de la política. Su aspiración era ser justo, con amigos y enemigos, no ejercer la autoridad; su propósito, establecer las bases institucionales y económicas necesarias para un buen desarrollo del país y retirarse de la vida pública.

Su sensibilidad y su bondad fueron trabajadas por el penoso espectáculo que se ve desde el poder: partidarios mostrando, desnuda, la entraña llena de ambiciones mezquinas; adversarios atacando con armas de mala ley, amigos convertidos en enemigos porque no se les puede dar lo que piden. Además, él llegó al gobierno en una época de corrupción casi desenfadada, en la cual un infinito número de hombres se habían convertido en fieras hambrientas, sólo preocupadas por enriquecerse a costa de lo que fuera.

Gobernar era para Prío Socarrás un penoso deber sólo compensado por los bienes que podría obtener desde el gobierno. Pero esa misma compensación agravaba su estado moral, porque él hubiera preferido ser el presidente más honesto del país. Para serlo le habría hecho falta un carácter que él no tenía y un amor al poder que no sentía.

En su régimen se moderó grandemente la corrupción administrativa pero se agravó la corrupción política. La gran mayoría de los ministros que sirvieron cargos en su gabinete fueron honestos; por otra parte su obra legislativa fue imponente, y echó las bases para que su sucesor acabara con la sustracción de fondos públicos. En el orden económico creó también las instituciones fundamentales para el desarrollo de Cuba. En muchos aspectos su gobierno superó a todos los anteriores. Como Grau, mantuvo un plan de obras públicas que cubrió todo el país, una política social avanzada, una conducta exterior digna y comple-

tas libertades públicas. En otro momento histórico su gobierno habría tenido ancha base popular.

Pero no en el que le tocó gobernar. La corrupción política había ganado ya a todas las zonas sociales cuando él llegó a la Presidencia. Las organizaciones obreras estaban minadas por ella; gran parte de la prensa también; el partido de gobierno parecía una suma de pequeñas partidas personalistas; las facciones de pandilleros, envalentonadas por la inacción gubernamental en tiempos de Grau, se mataban entre sí en plenas calles o mataban a hombres bien queridos. Hasta Trujillo organizó en La Habana el secuestro de Mauricio Báez, el líder de los obreros azucareros dominicanos, y la dictadura venezolana trató de asesinar a Rómulo Betancourt.

Prío Socarrás no quiso o no pudo ejercer autoridad para enfrentarse a esa situación. El gran pecado de Prío Socarrás fue su falta de autoridad, que provenía de su falta de amor por el poder y del escepticismo en que las funciones de gobierno sumieron su alma. Esa falta de autoridad, sumada a la descomposición política general y a la corrupción en el partido auténtico, es responsable, en una tercera parte, de lo que sucedió en Cuba el 10 de marzo de 1952.

Otra tercera parte de responsabilidad toca a la oposición. Fundamentalmente la oposición era el partido ortodoxo, un desprendimiento del autenticismo. Durante la administración Grau un grupo de líderes auténticos, encabezado por el senador Eduardo Chibás, se alejó del gobierno y fundó la ortodoxia, esto es, la fracción que reclamaba un gobierno de acuerdo con las ideas originales del autenticismo. Entre ortodoxos y auténticos no había diferencias en lo que tocaba al problema social, al económico o al de la doctrina democrática; la diferencia estaba en la moral política y administrativa.

Los ortodoxos reclamaban honestidad en los funcionarios públicos, y usaron como lema el que había llevado al poder a Luis Muñoz Marín en Puerto Rico: "Vergüenza contra dinero".

El partido de Muñoz Marín había enarbolado esa consigna por razones distintas a las de los ortodoxos; entre los puertorriqueños significaba que los ciudadanos no debían vender su voto. Para la ortodoxia de Cuba, “Vergüenza contra dinero” quería decir que a los cargos públicos debían ir hombres de vergüenza, incapaces de entregarse a los fraudes. La consigna no tardó en ganar una vasta popularidad.

El alma del movimiento ortodoxo fue Chibás. Había sido incansable propagandista de Grau, propiamente el vocero de su partido; antes que otro político cubano, él apreció la utilidad de la radio para exponer sus ideas, y el pueblo se acostumbró a oír su radiación todos los domingos en la noche. Era agresivo, muy valiente y expositor de suma habilidad. Sabía hablar a las masas, decirles lo que quería con sencillez, ofrecerles datos sobre sus denuncias, citar nombres y fechas. Era contundente y tenaz. Tenía el don nato del gran agitador. Cuando se separó del autenticismo era ya un líder popular.

La prédica de Chibás hería en un punto sensible, el de los robos y fraudes en la administración. Su autoridad moral para hacerlo estaba en que él era quizás el único político cubano que usaba su propio dinero para sus campañas. La política es en Cuba una carrera muy costosa, tanto que las elecciones generales son llamadas por el pueblo “zafras chiquitas”.¹ Además en Cuba se usa mucho el buscador de votos profesional, el llamado “sargento político”, especie de institución nacional que se halla en todos los partidos. Chibás no usaba sargentos políticos para buscar votos. Chibás ni siquiera acostumbraba estar en su demarcación electoral cuando había elecciones; y el pueblo le daba siempre su voto. Chibás había nacido rico. En asuntos económicos era un desinteresado sincero, y tenía el carácter necesario para proclamar su honestidad y la ausencia de honestidad en otros. No titubeaba a la hora de hacer una denuncia.

¹ La “zafra grande” es la azucarera —corte de caña y producción de azúcar— que dura tres meses y da trabajo a casi medio millón de empleados y obreros.

Claro, eso acabó haciéndose en él un sistema, lo cual resultó a la postre desastroso para él y para Cuba.

Pues Chibás no tenía ambición de dinero, y probablemente tampoco de poder, pero lo tenía de popularidad. La popularidad era su estímulo, la razón de ser de su vida. Y en esa carrera de denuncias su popularidad corría peligro de arruinarse si en algún momento no podía probar sus acusaciones. Eso sucedió al fin cuando acusó de negocios turbios al ministro de Educación de Prío Socarrás, un luchador de los días de la revolución de tremenda sangre fría, honradez a toda prueba y carácter de acero. El atacado pidió pruebas; Chibás no pudo ofrecerlas.

El combativo líder ortodoxo, a quien todo Cuba veía ya establecido en la presidencia de la República y cuyo partido aumentaba por días, se desesperó y ofreció las pruebas; el acusado, que era un maestro en la táctica de la polémica, lo cercó, le obligó a presentarlas. No eran tales pruebas. La popularidad de Chibás tuvo un descenso súbito. Probablemente este golpe coincidió con un achaque de salud, pues Chibás había sido operado meses antes en Estados Unidos. Es el caso que ese descenso en su popularidad comenzó a trabajar el alma del gran agitador con la sensación de que había fracasado, de que su prédica había sido semilla tirada al pedregal. No pudo sufrirlo; y un domingo, al terminar su acostumbrada radiación, frente al micrófono por el que había hablado se dio un tiro. Murió algunos días después, en medio de una enorme consternación nacional.

La muerte de Chibás hizo de las masas de su partido un ariete cargado de odio ciego que golpeaba sin cesar sobre el presidente de la República. Prío Socarrás fue llamado asesino de Chibás, como si él hubiera tenido parte en un suicidio ejecutado públicamente y en medio de un círculo de partidarios del suicida. En la ortodoxia proliferaron los que creyeron que haciendo acusaciones podían alcanzar la popularidad de Chibás. Comenzó entonces una campaña de ataques incesantes, con varias radiaciones diarias, que iban “poniendo en medio

de la calle la autoridad presidencial”, como dijo cierto comentarista.

Por otra parte, el único líder capaz de encabezar al pueblo en un súbito cambio de frente para ofrecer respaldo al gobierno de Prío en caso de que hubiera amenaza de golpe militar, era Chibás, y él había anunciado muchas veces que eso haría si se presentaba la necesidad. Su muerte, pues, limpiaba de obstáculos el camino de los conspiradores, que ya estaban trabajando en las sombras cuando él murió. Nadie más en su partido tenía su don político ni su autoridad indiscutida. Sin esa autoridad y sin ese don político, la ortodoxia creyó que su deber era destruir la moral de Prío y del autenticismo; y lo hizo tan cabalmente que los conspiradores creyeron que al dar su golpe todo el pueblo los aplaudiría.

Por último, una tercera parte de la responsabilidad le toca a Fulgencio Batista. Caudillo militar, aunque estuviera fuera del ejército, ningún soldado en Cuba hubiera conspirado sin tomarle en cuenta; y él no sólo fue tomado en cuenta sino que encabezó y organizó la conspiración. Formó su partido, de muy escasos seguidores debido a su falta de popularidad, para encubrir con actividades políticas sus verdaderos fines. De haber sido un cubano con amor a su pueblo y un hombre con respeto por su papel en la vida nacional, digno del cargo que había desempeñado, jamás habría dado ese paso, con el que hundió a Cuba en un mar de desprestigio internacional y retrasó la evolución política del país. Pudo asestar esa puñalada traperera a Cuba porque nadie creyó que hubiera alguien capaz de traicionar de esa manera la fe del pueblo, y menos que nadie Fulgencio Batista, que hasta horas antes de su felonía pronunciaba discursos llamándose a sí mismo el guardián y el defensor de la Constitución.

El ejército fue tomado por sorpresa. No más de doce oficiales participaron en el golpe del 10 de marzo de 1952. La primera medida de Batista, ese mismo día, fue subir el sueldo del soldado raso y de los policías a cien dólares, más las regalías por años

de servicios. Con eso se ganó a la militarada. En el acto, como había hecho en su mando anterior, proclamó la doctrina de la superioridad de los militares sobre los civiles y la de su vieja bandera sobre la cubana; esto quería decir, en pocas palabras, que de nuevo derramaba sobre la isla la arbitrariedad, el atropello, la violencia.

Batista se proclamó primer ministro, primero, y después presidente de facto. La Constitución fue sustituida por un estatuto de su invención; el Congreso, por una asamblea consultiva de miembros designados por él. Cuando llegó al palacio presidencial declaró que había encontrado cocaína en el escritorio del presidente Prío. Nunca había caído Batista tan bajo. Esa calumnia, aparecida en su boca, lo igualaba a Trujillo. Un hombre que había sido presidente constitucional de su país, no importa si gracias a buenas o malas artes, y que había recorrido América ofreciéndose a los públicos como líder democrático, no debía mentir en forma tan repugnante para justificar su traición.

Pero había algo más que el deber de respetarse a sí mismo: Prío Socarrás había ofrecido protección a Batista cuando éste fue a solicitársela; y pocas semanas antes de que el protegido le calumniara, le había salvado la vida, y Batista lo sabía. Unos cuantos cubanos que tenían pendiente con Batista deudas de sangre de sus tiempos dictatoriales, se organizaron para darle muerte. Prío lo supo; supo que esperaban a Batista en las cercanías de su casa, a la cual se llegaba por una pequeña carretera de desvío, y urgentemente, media hora antes de producirse la agresión, envió soldados en camiones para proteger la vida de su adversario.²

² El autor fue testigo personal en ese incidente; estaba con el presidente Prío cuando éste ordenó telefónicamente la salida de los soldados que debían proteger a Batista; además, un amigo de la intimidad de Batista le contó al autor, pocos días después, la reacción de Batista cuando supo cómo había procedido Prío en ese caso. Por lo demás los hechos fueron conocidos por varias personas.

Batista había llegado a palacio. Volvía allí porque las debilidades históricas de su pueblo le habían permitido ser caudillo militar, primero, y cabecilla de un golpe traidor después. Pero aun con su pasado de caudillo de la soldadesca él no habría podido conspirar en 1952 con buen éxito si la corrupción administrativa y política del autenticismo no hubiera favorecido sus planes y si una oposición desbordada no hubiera propiciado el descrédito gubernamental. No hay constancias de que el imperialismo norteamericano haya tenido que ver con su última hazaña. No hay, hasta la fecha, documentos o indicios en qué basar una acusación contra los políticos de Norteamérica por haber intervenido en el derrocamiento del régimen democrático de Cuba. Si los hubiera, en este libro se hablaría de ellos.

La reacción del pueblo fue inmediata. Prío Socarrás, que no era popular el 10 de marzo, era el día once el símbolo de la constitucionalidad traicionada y su aparición en los noticiosos cinematográficos despertaba tempestades de aplausos. La ortodoxia no comprendió esa reacción de las masas y siguió atacando a Prío y al autenticismo como si nada hubiera sucedido en Cuba; el resultado fue que acabó fraccionándose en varios grupos. Prío salió al exilio y desde allí comenzó a organizar la lucha clandestina de su partido para derrocar a Batista, mientras Grau San Martín eligió el camino de la acción política con igual propósito.

Volvió Cuba a vivir los días de oprobio; los periodistas eran apaleados, las damas insultadas, y por lo menos a una de ellas, doctora en Filosofía, le apagaron en los senos cigarros puros encendidos para que denunciara dónde se hallaba Aureliano Sánchez Arango, el jefe del movimiento clandestino. A un conocido abogado auténtico le quemaron los pies por igual motivo, hasta dejárselos en el hueso; otro, amigo de Sánchez Arango, fue asesinado en plena Habana. Hubo jóvenes a quienes se colocó, amarrados de codos y vendados, al paso de un ferrocarril; catedráticos de la Universidad fueron golpeados en los cuarte-

les; médicos, comerciantes, políticos, ilustres figuras de la vida nacional, presos y atropellados; oficiales del ejército, torturados; manifestaciones obreras y de jóvenes católicos disueltas a balazos, y hasta el cardenal Arteaga Betancourt fue herido a golpes en la cabeza por la policía que asaltó sus habitaciones privadas.

Batista, que aun en sus mejores tiempos careció de popularidad en Cuba después de su traición de 1934, representaba para los cubanos la peor parte de la sociedad, esa porción ignorante, cruel, ávida de imponer su vulgaridad que hay siempre en los países que han sido manejados colonialmente. Cuba lo repudiaba y repudiaba su régimen. Mientras los políticos luchaban contra él con sus medios, el pueblo, sin distinción de clases, le oponía el arma económica.

La falta de confianza en un gobierno cuartelario, en el que todo el mundo veía apetencias innobles, cuyo origen evidente era el afán de enriquecimiento de los jefes, llevó a la economía nacional a caer casi de pico. Por otra parte, con su decrepita concepción colonialista, el dictador comenzó a trastocar cuanto en el orden económico había hecho sobre todo el gobierno de Prío Socarrás, que fue mucho y de grandes provechos para Cuba. Al terminar el año de 1952 los efectos de la retracción popular y de los errores gubernamentales en ese terreno estaban sintiéndose en todo el país.

En julio de 1953 se produjo uno de esos hechos con que el pueblo de Cuba, casi por sí mismo, acostumbra a encararse con su destino. Un grupo de acaso cien jóvenes, armados de rifles de calibre 22, de escopetas y revólveres, atravesó toda la isla, en un viaje de mil kilómetros, sin ser notados por la numerosa y ávida policía política, y en la madrugada del día 26 atacó el cuartel principal de Santiago de Cuba —donde había más de mil soldados—, así como otro en una ciudad cercana. La heroica y desesperada acción estuvo a punto de tener buen éxito, puesto que unos ochenta jóvenes penetraron en el cuartel de Santiago. Pero no conocían bien la posición de las dependencias y cayen-

ron en una que se hallaba casi aislada. Ahí fueron masacrados a fuego de ametralladora. Varios lograron retirarse, la mayoría quedó herida y fue rematada después por los soldados. Los que presenciaron la matanza cuentan que tras destrozales los rostros a culatazos y a tiros, les cortaban sus miembros viriles y se los ponían en las bocas.

Cuba vivió días de terror a partir de ese momento. La soldadesca fue echada a las calles y a los caminos, sobre todo en la región de Santiago de Cuba, con orden de matar a cuanto adversario conocido hallara. Hubo casos en que uno de esos adversarios, oculto en los matorrales de un río, vio cómo a su hermano lo llevaban a un puente cercano, le echaban alcohol, le pegaban fuego, lo lanzaban al abismo y se ponían a cazarlo a tiros.

Así actuaba la parte mala de Cuba. Porque también hubo quien se opusiera a tales crímenes. Un grupo en fuga, por ejemplo, llegó a la casa de un campesino acomodado; y por lo mismo que, según sus palabras, él era “el único batistero en estos contornos”, les ayudó a esconderse y los encaminó después hacia lugares más seguros. El jefe de la Marina de Guerra en Santiago de Cuba, llamado para ayudar en la represión, contestó que él no llevaba uniforme para combatir al pueblo. Hubo muchos oficiales, clases y soldados que actuaron así. Ninguno, desde luego, quedó en su puesto. Y por último, cuando la matanza por los campos de la región llenaba de lágrimas el corazón de la gente, el obispo de Santiago de Cuba salió él mismo, en un *jeep* con altoparlantes, a ofrecer garantías a los que huían. En cambio, con discursos en que estallaba la cólera, y rindiendo a los soldados muertos honores de héroes de la patria caídos en campaña mientras insultaba a los jóvenes sacrificados y a los que todavía eran perseguidos, Batista estimulaba la división de los cubanos entre soldados con todos los privilegios y civiles sin derechos.

El día mismo de los sucesos de Santiago de Cuba comenzaron las cárceles de toda la isla a ser llenadas con hombres de todas las clases, de todos los partidos y de todas las edades. El

autor de este libro estuvo entre ellos. El autor lleva muchos años en lucha contra la tiranía dominicana, y desde luego un conocido antitrujillista tenía que estar fichado como adversario de Batista, ese “grande y buen amigo”, como le llama públicamente Trujillo. En el cuartel del servicio de inteligencia militar el autor fue saludado por un capitán con estas palabras: “Prepárese, que hoy mismo sale usted en avión para la República Dominicana”. “Usted sabe que en Cuba no hay quien se atreva a cometer crimen semejante”, respondió el autor. Tanto el capitán cubano como él sabían que llevarle a Santo Domingo era enviarle a la muerte. “Podemos hacerlo, porque tenemos seis meses sin garantías para hacer lo que nos dé la gana sin que nadie se entere”, dijo el capitán.³

Y así era, en efecto. La dictadura había suspendido toda garantía por seis meses y durante ese tiempo en cada periódico hubo un censor. Batista no quería que se dijera la verdad sobre los crímenes que se habían cometido en Santiago de Cuba, demasiado repugnantes para que tuvieran explicación en la mitad del siglo xx y en un país civilizado.

La ola de crímenes avanzó sobre todo el país. Centenares de registros, en todos los cuales la soldadesca robaba cuanto hallaba a mano; centenares de prisiones y torturas inconcebibles, asesinatos en las calles, asaltos a mano armada a hogares y negocios; toda suerte de violencia se ejerció para dar con los depósitos de armas y con la jefatura de los núcleos clandestinos que organizaban a las fuerzas democráticas.

En medio de esa situación caótica, y temeroso de que la provisionalidad debilitara su régimen, Batista convocó a elecciones con una ley de sufragios que le garantizaba el triunfo aunque

³ Más tarde, hallándose el autor fuera de Cuba, y pretendiendo sin duda hacer creer que no actuó para servir a Trujillo, el gobierno cubano hizo decir a un corresponsal norteamericano que el autor se había nacionalizado cubano. Se trata de una mentira más entre las incontables que se han propalado sobre el autor, que nació dominicano y no ha cambiado ni cambiará su nacionalidad.

sólo unos cuantos millares de ciudadanos votaran por él. Ahora bien, pese a su evidente inmoralidad, tales elecciones tenían un aspecto conveniente: devolvían al país su régimen constitucional. Cuba tiene tradición legal. No es tan fácil burlar allí la Constitución, porque el pueblo sabe lo que significa su amparo y ejercita los derechos que ella le garantiza.

Las elecciones tuvieron efecto en noviembre de 1954, con un solo candidato presidencial, y ese único candidato, Fulgencio Batista, resultó electo “por abrumadora mayoría”. La antigua Constitución entró en vigor de nuevo el 24 de febrero de 1955.

Pero ese retorno al régimen constitucional no quiere decir que la situación se normalizó en la bella isla. Como carece de una fuerza política en que apoyarse, Batista tiene que seguir afirmando su poder en el ejército, de manera que no está a la vista la posibilidad de que éste vuelva a los cuarteles a cumplir su verdadera función. El ejército es un partido armado en el poder, y ahí seguirá por mucho tiempo si la situación no cambia. La oposición está dividida en política —compuesta por un sector del autenticismo y otro de la ortodoxia— y subversiva —en que se hallan también núcleos de los dos partidos. La situación económica sigue empeorando.

Cuba es de una riqueza grande para su condición de país latinoamericano. La vitalidad económica cubana sorprende hasta a quienes ya la conocen. Pueblo trabajador, inteligente, audaz, ama la vida cómoda, la buena mesa, la buena ropa, la cultura; y produce para tenerlas. Pero ama sobre todo la dignidad del hombre libre. “Si la república no puede ofrecer a todos los cubanos la dignidad plena del hombre, la república no vale una lágrima de nuestras mujeres ni una gota de sangre de nuestros bravos”, dijo Martí. Y cuando lo dijo estaba expresando un deseo profundamente sentido por todo su pueblo. Él fue también quien pidió que se inscribiera en la bandera, alrededor de la estrella solitaria, esta fórmula del amor triunfante: “Con todos y para el bien de todos”. Fulgencio Batista le agregó a esa noble

frase dos palabras; y la dejó así: “Con todos los soldados y para el bien de todos los soldados”.

En otra época factores internacionales y la existencia de un partido que tenía una masa disciplinada, capaz de no desintegrarse con maniobra tan valiente —el comunista—, le facilitaron a Batista el paso de los cuarteles a la vida civil. Pero ahora no se cuenta con aquellos factores ni puede Cuba esperar que los comunistas sean el puente para llevar a Batista a una solución política de la crisis nacional.

Hombre con alma de *vedette*, que necesita del escenario iluminado para poder vivir; que, como una *vedette*, estudia su manera de presentarse al público y hasta el tono de voz que debe usar, y que para saciar su ambición de dinero no conoce otra actividad que la de gobernar, Fulgencio Batista aprendió a amar más el escenario del poder mientras estuvo lejos de él. Difícilmente admitirá ahora abandonarlo. Para devolverle al pueblo la dignidad atropellada y la libertad perdida, los mejores cubanos tendrán que luchar sin tregua.

Pero vencerán, porque la historia enseña que los abanderados de la libertad alcanzan siempre la victoria, tarden más o tarden menos. La carta cubana del póker de espanto del Caribe no es carta de triunfo duradero.

LA OTRA FAZ

I

Hemos visto la faz torva del Caribe, el aspecto sombrío de los pueblos donde gobiernan los tiranos. Hay sin embargo otra faz, la de la esperanza, entrevista por aquellos que luchan contra el despotismo; el rostro del porvenir, cuya presencia agita la sangre en las venas de los que padecen cárcel y da valor al corazón de los perseguidos.

En este mismo libro se ha explicado cómo se produjeron dos grandes sismos sociales en el Caribe. Claro que no se limitaron al Caribe, pero nosotros estamos circunscritos, en este estudio, a aquella zona, y en ella nos quedamos. Esos sismos sociales fueron el que comenzó en 1930 y el que se inició en 1944. El primero tuvo sus manifestaciones más tempranas antes, en 1928, y las últimas en 1933; el segundo estalló casi de golpe en 1944 y se prolongó hasta 1946. Ambos fueron impulsados por grandes conmociones de carácter general.

Sabemos que la causa inmediata de los acontecimientos de 1930 fue la gran crisis económica de 1929; y la de 1944, las restricciones impuestas por la Guerra Mundial de 1939-1945. No es fácil, a quien no esté convencido de que como parte de la humanidad el hombre actúa en función de lo que produce y lo que consume, comprender hasta qué punto las ideas que parecen más puramente concebidas, con menos contaminación del hecho económico, se ligan en la raíz al hambre o a la satisfacción del género humano.

No es fácil comprender por qué una crisis económica mundial afecta al campesino ignorante de Santo Domingo o al buscador de oro de la Guayana venezolana. Pero resulta que el intelectual que considera a las ideas como obras aisladas no es el campesino que lleva sus pocos frutos a la ciudad y vuelve en la noche a la choza sin haberlos vendido, ni el obrero que retorna a la casa para decirle a la mujer que no podrá comprar la leche de los niños porque han cerrado la fábrica.

Aquel intelectual no es el empleado que compra la ropa, los muebles y la medicina al crédito y un día, cuando sus deudas le abrumen, se entera de que la mala situación económica demanda que su sueldo sea rebajado en una tercera parte; ni es el pequeño productor que al ir a buscar fondos en préstamo al banco recibe la noticia de que el banco ha resuelto no seguir prestando dinero; ni es el zapatero cuyo minúsculo taller empieza a verse lleno de zapatos que los parroquianos no pasan a recoger porque se hallan sin trabajo.

Aquel intelectual no puede darse cuenta del dolor de unos, la preocupación de otros, la angustia de todos esos seres que forman el pueblo, y no puede comprender que de pronto, por un fenómeno de catálisis social, todos ellos corran, movidos por una cólera sagrada, a rodear a un predicador político o a derribar un régimen depravado, incapaz o débil.

Pero eso es lo que sucede. A menudo ocurre que los engañan, y tras haber destruido ese régimen les sobreviene uno peor. Tal cosa ocurrió en casi todo el Caribe entre 1930 y 1933. Pero a menudo no los engañan, y ello depende de que se hallen dirigidos por hombres de visión más clara o de mayor honradez o de más valor; y eso sucedió en el Caribe entre 1944 y 1946.

La lógica de la historia afirma que cuando se presente de nuevo una crisis del tipo de la que sacudió al mundo en 1929 o parecida a la de 1939-1945, se producirán otra vez sismos sociales. Esos sismos limpiarán al Caribe de sus tiranos, con mucha mayor facilidad que en otras ocasiones y con resultados más

provechosos para los pueblos porque ahora hay allí organizaciones capaces dirigidas por hombres estudiosos, abnegados e insobornables, muchos de ellos con experiencia de gobierno y prestigio de buenos gobernantes.

Por otra parte las tiranías del Caribe son unipersonales por cuanto los tiranos han asumido en ellas todos los Poderes, el ejecutivo, el legislativo y el judicial. En Cuba y en Nicaragua hay apariencias de independencia en el poder legislativo; pero son sólo apariencias ya que tanto Somoza como Batista cuentan con mayorías adictas en los Congresos; y en Cuba hay independencia judicial para todo aquello que no afecte la vida del régimen. En el fondo de los hechos, y a pesar de esas apariencias, las tiranías de Nicaragua y de Cuba son tan unipersonales como las de Santo Domingo y Venezuela.

Ahora bien, la historia enseña que los regímenes unipersonales que no se basan en una tradición política arraigada, como es el caso de las monarquías, desaparecen con sus titulares. Son muy contadas las excepciones, por lo menos en América, y obedecen siempre a condiciones peculiares de los medios en que se han dado. Pero en el caso de las tiranías del Caribe no hay esas peculiaridades. Los pueblos despotizados por Trujillo, por Somoza, por Pérez Jiménez y por Batista entienden que el clima político en que ellos deben vivir es el de la democracia. El sentimiento democrático es consustancial con su naturaleza; lo desean, lo necesitan, y sólo se explican las tiranías como monstruosidades históricas.

Esos pueblos han acabado identificando al terror con el tirano, y sólo a él temen, y sólo ante él son sumisos. Se produce en este caso un fenómeno opuesto al que identifica a las masas con sus caudillos. Al desaparecer el tirano el miedo se disipará y los pueblos se rebelarán. Ya lo han hecho en el pasado. De manera que aun sabiendo de antemano que no va a producirse una crisis general que origine un cataclismo social capaz de mover a los pueblos del Caribe hacia su liberación, la vida de una o de todas esas tiranías está limitada a la vida de sus jefes. ¿Y quién puede

predecir si uno de ellos, o todos ellos, están llamados a vivir un cuarto de siglo más o sólo unos pocos días?

Una crisis puede ser general, y en ese caso está llamada a afectar una gran zona; pero puede ser también parcial, en un país determinado, o en más de uno, por causas ajenas a la situación económica o política del mundo; puede provocarla una enfermedad que mate el ganado o destruya plantaciones, puede provocarla una sequía o un aumento en las lluvias; puede determinar la baja de precio de un artículo fundamental en la economía de un país dado: el cacao en Santo Domingo, el café en Nicaragua, el petróleo en Venezuela, el azúcar en Cuba. Una crisis parcial puede ser el germen de un movimiento social y político llamado a transformar la situación; depende de cuáles sean las fuerzas democráticas que haya en el país donde se presente esa crisis, de la capacidad de sus líderes, la disciplina de sus hombres, la claridad de sus propósitos.

Una grieta que se abra en el frente despótico del Caribe está llamada a tener consecuencias serias. Los tiranos viven en estrecha alianza, y eso lo saben los pueblos. Los líderes democráticos de Santo Domingo, de Nicaragua, de Venezuela y de Cuba son perseguidos por cada una de las tiranías como si se tratara de enemigos domésticos. Por su parte esos líderes han aprendido a conocerse, a estimarse; en muchos casos han convivido bajo un mismo techo; han estudiado juntos los problemas comunes, han cambiado ideas y comprobado experiencias. La unidad democrática del Caribe está siendo gestada en el destierro, y como esa unidad es un deseo muy vivo de los pueblos, no es osado esperar que al presentarse la primera grieta en el frente despótico ella irrumpa violentamente desde abajo haciendo trizas una serie de convenciones que hasta hoy han mantenido al Caribe dividido en numerosos países débiles.

En la República Dominicana como en Nicaragua, en Venezuela como en Cuba, las tiranías se esfuerzan en mantener de pie el pasado sin que puedan evitar que el porvenir avance por

entre los dedos de los puños que pretenden ahogarlo. La vida impone su ley, y en el caso de las tiranías sigue siendo válida aquella de que “el dictador podrá matar a todos sus adversarios, pero jamás podrá matar al que está llamado a sucederle”. En su afán de secar la simiente del futuro, en verdad las tiranías están barriendo con el pasado.

En Santo Domingo Rafael Leonidas Trujillo resumió en sí mismo todos los vicios del caudillaje, pero aplastó los restos de los partidos caudillistas que tanto favorecieron su ascenso al poder con sus errores y debilidades, y no toleró la aparición de otro partido —excepto el suyo, que se mantiene sólo por obra de la tiranía, sin contenido interno alguno—; de manera que a su desaparición el país se hallará virgen de influencias del caudillaje y listo a recibir la siembra de las nuevas ideas políticas.

En Nicaragua, en cambio, Somoza se ha esforzado en mantener vivos a los partidos tradicionales. No ha permitido la formación de nuevas fuerzas; las ha perseguido sañudamente, pero no se ha dado cuenta de que el pueblo ha identificado a liberales y conservadores con los males que le agobian, y que los jóvenes tienen en la enseñanza de Sandino un evangelio destructor del crédito de esos partidos caudillistas. De manera que Somoza ha creado, por reacción, la semilla de nuevos partidos, llamados a penetrar en la conciencia nicaragüense como torrentes, tan pronto desaparezca la tiranía, y a barrer en ella con los restos del caudillaje.

En Venezuela habían desaparecido los viejos partidos caudillistas a los golpes del gomecismo; y si el andinismo equivalió en los hechos a un partido, carecía de las bases lógicas para organizarse como tal. Mal iban los tachirenses a predicar por Venezuela la doctrina de que ellos, y nadie más, eran los depositarios naturales del poder. Ellos estaban en el caso de “hacerlo, pero no proclamarlo”. En cierto sentido Gómez representó en su país lo que Trujillo en el suyo: la fuerza demoledora del pasado. Pero Venezuela conoció, con Acción Democrática, los beneficios que reporta a un pueblo un partido moderno, de ideas modernas, en-

tregado al servicio y no al provecho; y más desea su retorno cuanto más perseguido lo ve. En Venezuela la tiranía está labrando el lecho para que por él corran, sin obstáculos, las aguas de Acción Democrática, llamadas a vivificar otra vez el clima político del país.

El machadato actuó en Cuba como el somocismo en Nicaragua. Machado no aplastó a los partidos tradicionales sino que se apoyó en uno de ellos y en parte del otro. También como en Nicaragua esos dos partidos se llamaban liberal y conservador. El liberal ha seguido subsistiendo, pero casi más como un recuerdo que como una realidad, y no tardará en desaparecer del todo visto que su existencia no tiene razón de ser ya en un ambiente cargado de nuevos conceptos sociales y políticos. Su actual alianza con Batista será su sentencia de muerte. Pero la obra de Batista, es decir, la que él está llamado a provocar por reacción no va a circunscribirse a ese terreno, porque si bien no con la organización de Acción Democrática, por ejemplo, Cuba tiene fuerzas renovadoras en el autenticismo y en la ortodoxia. La enseñanza que dejará la tiranía de Batista es que para mantener la democracia hay que esforzarse en conservar la moral política y administrativa, y que sin esa moral los partidos democráticos no pueden aspirar a ser seguidos por el pueblo. Los llamados a gobernar en Cuba después de Batista tendrán que vivir en casas de cristal, de manera que las masas puedan verles en todo momento las manos limpias de peculado.

El porvenir avanza, del fondo mismo de las tiranías; los líderes, que son a la vez directores políticos e intelectuales, lo ven avanzar; ven formarse entre las sombras la otra faz del Caribe, distinguen sus rasgos, esos rasgos que los pueblos llevan impresos en el fondo de su alma.

La tiranía es la organización de la peor porción de cada colectividad, de sus instintos más primarios, de sus apetitos menos nobles. De ahí que los tiranos vayan a buscar los agentes de sus violencias y de sus crímenes en la zona humana más trabajada por la miseria y por la ignorancia.

Cuando el equilibrio colonial quedó roto por el impulso independentista, las masas campesinas trataron de acercarse a las fuentes de la civilización en nuestros países, que eran las ciudades. Pero en nuestras ciudades no había fábricas que ocuparan los brazos ociosos, y volver a los campos, para trabajar todo el año a cambio de la escasa comida que podía producir un mínimo lienzo de tierra, era pedir mucho a hombres y mujeres cuyo ritmo de vida se había perdido. Es ahora —tal vez con la única excepción del caso cubano, donde la industria azucarera, con sus métodos de explotación en grande, transformaba en obreros a núcleos campesinos— cuando el campo comienza a ser trabajado en forma moderna, mecanizada, realmente provechosa, en la región del Caribe.

De esas masas campesinas movidas por las devastaciones, el hambre y las perturbaciones que produjeron las guerras de independencia, primero, y las civiles después, salieron los grandes núcleos que se establecían en barrios improvisados de las capitales o de las ciudades mayores. En la crisis del 1930 se vio la última de esas avenidas humanas, que por otra parte es continua en el Caribe. A ellas se agregaron las familias de obreros que fueron quedando sin trabajo y hasta las de clase media que vinieron a menos.

Helos ahí, acostumbrándose con gran lucha a un medio nuevo, sin instrucción porque ni ropa tienen para ir a la escuela en la infancia, y porque además desde su niñez se ven lanzados a la calle a vender billetes, a limpiar zapatos, a pedir limosna o simplemente a robar lo que hallen al paso; he ahí a los hombres, dedicados al juego de dados, a míseros negocitos, a buscar trabajo en las obras públicas, puestos de sirvientes, de policías, de soldados o de peones; las mujeres buscando puestos de cocineras, lavando ropa, cosiendo; unos y otros todo el día en pos de amigos influyentes que les consigan plazas de conserjes o de porteros en la administración pública.

El niño va levantándose en un ambiente duro, en el que florecen el hambre, la enfermedad y la rapiña, un mundo en

el cual sería absurdo hallar sentimientos delicados, ideales de fraternidad, inclinación al amor; desde su tierna edad la niña es empujada al prostíbulo y su hermanito al hampa. De su buena suerte, y no de las facilidades que podría proporcionar otro medio, depende que ella o él acaben sentando plaza en un taller de costura o en una fábrica. Pues no sucede en esos países lo que en Estados Unidos, que el desarrollo económico es tan veloz que siempre hay demanda de mano obra, sino todo lo contrario.

En esa zona humana reclutan Trujillo, Somoza y Batista sus soldados y policías, y no es extraño que sean capaces de toda infamia para no volver al infierno de donde salieron; ahí recluta Pedro Estrada sus espiones y agentes, la cocinera y el sirviente que venden a sus patronos y espían a los amigos de la casa; y no puede causar asombro que se hallen mejor cobrando por hacer denuncias que buscando trabajo en vano.

Esa gente, formada en un clima de delincuencia, halla que sus facultades para la violencia, cultivadas en la miseria y la ignorancia, resultan aprovechadas, organizadas y recompensadas en las tiranías. En las tiranías del Caribe el delincuente se encuentra en la calle, sirviendo al tirano, y el hombre digno está en el presidio, ocupando el lugar de aquél.

Pero sucede que los pueblos no están formados sólo de esos hombres y esas mujeres que buscan en el favor del tirano lo que la vida les negó; hay muchos más que ellos en otra situación: hay millares y millares de jóvenes estudiantes, con sus almas llenas de ese generoso impulso hacia lo bueno, lo verdadero, lo útil y lo bello, típico del joven; hay millares y millares de obreros que han adquirido en la fábrica y en la calle el sentido de convivencia necesario para aspirar a una vida mejor para todos; hay centenares de millares de campesinos que guardan todavía, en sus pobres chozas, enseñanzas morales; hay profesionales, pequeños comerciantes, pequeños industriales heridos en sus intereses por los monopolios oficiales y la corrupción gubernamental.

Toda esa gente abriga la esperanza de que se presente una coyuntura favorable para conquistar la libertad. Mucha de ella lucha, va a las cárceles, muere en las calles. El resto es el gran ejército inmóvil de la democracia, un ejército que un buen día se echa a andar y atropella cuanto encuentra a su paso, hasta quemar el germen último de los tiranos. De entre ellos sale el oficial que no pudiendo resistir más se rebela un día; el capitán que encabeza el motín, el mártir inesperado. En ellos hace mella la prédica de los hombres que propagan la buena nueva de la justicia social para los oprimidos y la libertad para todos; la prédica de los que han visto en medio de la noche el rostro del porvenir, la otra faz del Caribe.

La propaganda de las tiranías no se ha hecho sobre la base de que el despotismo dé más provecho a los pueblos que el que ofrece la democracia, porque los tiranos saben que a nadie podrían convencer de tal monstruosidad, ni se refiere a la superioridad moral o intelectual de los dictadores sobre los líderes democráticos. No hay manera de probar que el lobo y el tigre, porque aterrorizan a sus víctimas, son más inteligentes o más útiles que otros animales. Pero lo que mucha gente no advierte es que los tiranos —y nos referimos concretamente a esos cuatro déspotas del Caribe— no han sido capaces de aportar ni siquiera una idea provechosa al acervo cultural, político o económico de nuestros pueblos.

El Caribe, sin embargo, ha sido campo propicio a la formación de ideas nuevas. Ya desde los días de la conquista comenzaron a surgir esas novedades, que no es del caso exponer aquí. Y en los últimos tiempos, en la lucha entre los opresores y los abanderados de la libertad, han aparecido algunas que dan la medida de por qué los líderes de la democracia caribe son hombres estimables en la zona de la actividad intelectual. No son sólo hombres de acción establecidos en el campo de los valores más altos de la moral occidental; son también estudiosos de los problemas políticos, económicos, sociales, capaces de hallar

nuevas fórmulas, nuevos derroteros, nuevas normas para completar ese cuerpo de ideas que es el sistema democrático.

Ahí está el caso, por ejemplo, de Rómulo Betancourt. Cuando llegó al poder en 1945, Betancourt halló que Venezuela carecía de técnicos y de capitales suficientes para poder tomar en sus manos la industria petrolera. La nacionalización del petróleo hecha por Lázaro Cárdenas en México había demostrado que era muy difícil manejar esa complicada producción llevándola desde los yacimientos hasta los mercados mundiales de consumo. Sin embargo era de justicia que un bien nacional como ése no siguiera enriqueciendo sobre todo a los explotadores, con desmedro de Venezuela, la dueña legítima del producto. Asistido de un grupo de compañeros de su partido, Betancourt creó la tesis adecuada: cincuenta por ciento para las empresas explotadoras y cincuenta por ciento para el pueblo venezolano. Por primera vez se exponía y se aplicaba esa fórmula en el mundo; fue aceptada, estableció precedente, y está llamada a ser puesta en acción en los lugares más apartados de la tierra. La fórmula del cincuenta por ciento creada en Venezuela fue el producto de estudios serios hechos por gente de capacidad creadora.

Caso similar fue el de Grau San Martín cuando completó la doctrina de la no agresión militar con la de no agresión económica. Un país dependiente, como Cuba, de un gran mercado consumidor, como Estados Unidos, no se hallaba libre de amenazas de intervención política si las posibilidades de compra se le cerraban en cualquier momento por ocultas o manifiestas razones de carácter político. En su lucha por obtener las mayores oportunidades para los cubanos, el autenticismo había logrado que más del sesenta por ciento de los ingenios de azúcar pasaran a manos cubanas. Con libertad para declarar huelgas, con el favor gubernamental en sus peticiones de mayores jornales y más servicios sociales, los obreros cubanos hacían de la industria azucarera un mal negocio en manos de capitalistas extranjeros. El capital extranjero no se halla bien si no allí donde él impone

las leyes. Pero Grau San Martín vio a tiempo que si la venta de ingenios a los cubanos continuaba, llegaría el día en que los propios accionistas retirados dejarían de influir en el gobierno de los Estados Unidos para que Cuba tuviera buenas cuotas de venta en su mercado, y se adelantó a toda posibilidad de verse presionado con una disminución de esa cuota proponiendo en Bogotá que cualquiera medida económica que perjudicara a un país de las Américas se considerara como una agresión similar a la militar. La tesis tuvo buena fortuna, y hoy sirve incluso a los dictadores.

Prío Socarrás, que es abogado, reclama desde hace tiempo que se confiera al Derecho Laboral un papel merecido en la Jurisprudencia como el que tienen el Derecho Criminal o el Derecho Civil; y ha venido pidiendo, por tanto, que se le acuerde en los códigos de todo el mundo la independencia que merece, con sus consiguientes cámaras de jueces. Esta petición de Prío Socarrás tiene entre otros aspectos importantes el valor de ir consagrando en el alma de los pueblos las conquistas del proletariado, y por tanto ha de ser vista con la categoría que le corresponde.

José Figueres, economista, pensador a quien su conciencia del deber ciudadano arrancó de sus libros, y corazón sensible al sufrimiento de la humanidad, propuso a los organismos internacionales la creación de una reserva mundial de alimentos, con depósitos en sus respectivos países de origen, para acudir con ellos a las regiones del mundo que pudieran ser azotadas por el hambre. La situación mundial, en la que por sobre toda consideración estaba la de tener a mano instrumentos para ganar la guerra fría, hizo que esa proposición no tuviera defensores en el seno de los organismos que la recibieron. Pero el mundo la verá triunfante alguna vez.

En otro orden de cosas los dominicanos que se enfrentan a Trujillo han mostrado también su capacidad intelectual. El Partido Revolucionario Dominicano es tal vez la única organización

política de América en cuyos documentos fundamentales están sistematizadas las ideas políticas clave para organizar una nueva democracia en los países americanos, y especialmente en los del Caribe. Esos documentos fundamentales son un aporte valioso al estudio de las ideas políticas americanas, cuya evolución está reclamando un estudio serio, porque más que creación intelectual ha sido la obra de los pueblos en su búsqueda de la libertad, la dignidad, el bienestar.

No puede resultar extraño que dados esos antecedentes expuestos, en los nuevos partidos del Caribe, y sobre todo en esos que han sido perseguidos por los tiranos, se encuentren los jóvenes que estudian, los maestros que enseñan, los científicos que investigan. Algunos intelectuales sin fe, o tan paralizados por sus complejos y por sus miedos que no pueden tenerse solos, sirven a las tiranías, escriben para ellas, declaman en su favor, alegan en su provecho. Pero la fuerza creadora se halla en las agrupaciones de los perseguidos, entre los antitrujillistas de Santo Domingo, los antisomocistas de Nicaragua, los demócratas de Venezuela, los auténticos y los ortodoxos de Cuba.

En una palabra, están haciendo fila junto con los que están viendo la otra faz del Caribe, la faz del porvenir.

II

A las aguas del Caribe se asoman diez repúblicas¹ y gran número de posesiones coloniales. En estas últimas falta la libertad nacional pero se ejercen los derechos individuales, y en seis de

¹ En el orden político habría que incluir a El Salvador, pero geográficamente ésta es una república del Pacífico. En su difundida *Biografía del Caribe* (Editorial Sudamericana, Buenos Aires) Germán Arciniegas incluye entre los países caribes a México y a las Guayanas. En verdad, sólo una parte pequeña de las costas de Yucatán están bañadas por el Caribe; y en cuanto a esas Guayanas, son tierras atlánticas.

las diez repúblicas se vive más o menos democráticamente. Esto no era así hace veinticinco años. Entonces los lugares donde regía la democracia eran tres en la tierra continental —Costa Rica, Panamá, Colombia— y uno en las islas —Haití—. La lucha de los pueblos fue derrocando tiranías, una tras otra, y ahora el panorama se ha invertido.

La lucha de los pueblos es constante; nacen mártires donde muere uno, florecen las ideas allí donde las persiguen; un pasado heroico, cuajado de nobles nombres, estimula a los jóvenes e ilumina el porvenir. El Caribe ha dado las figuras más insignes de la libertad americana, y ha dado también pensadores, sabios, santos; los ha producido blancos, indios, negros, mestizos.

En la agitada historia de ese mar Mediterráneo están: Hatuey, Enriquillo y Guaicaipuro luchando contra los conquistadores; Toussaint Louverture y Dessalines encabezando la revolución más compleja que recuerda el género humano; Simón Bolívar y su cohorte de titanes batiendo el continente; Andrés Bello y Eugenio María de Hostos distribuyendo cultura; José Martí apostolando a los pueblos; Máximo Gómez y Maceo cerrando un siglo de epopeyas; Carlos Finlay librando al mundo de la fiebre amarilla. Por el Caribe pasean todavía las figuras venerables del Padre Las Casas, de Mosén Pedro Claver, de Francisco Xavier Billini, protectores de los pobres y de los desdichados; resuenan los cantos de Rubén Darío y Luis Llorens Torres y están vivas las exquisitas páginas del *Enriquillo de María*, de *Doña Bárbara* y de *El Señor Presidente*.

Cuando las carabelas de los descubridores llegaron a sus costas, hallaron que los indios de las islas sufrían las invasiones de los caribes, que dieron nombre al mar. Deslizándose por los canales en sus primitivas canoas atacaban aquí y allá, robaban niños y mujeres, sembraban el espanto donde llegaban. Igual hicieron los conquistadores; hicieron peor, porque esclavizaron a las poblaciones, las entregaron en encomiendas para que las obligaran a trabajar a fuerza de látigo, de perros cazadores y de

arcabuces. Después agregaron al de los indios el suplido de los negros; y cuando ingleses, franceses, daneses, holandeses — todos los países de Europa ávidos de poder— quisieron una tajada en el mundo recién descubierto, por el Caribe comenzaron a disputarle su poderío a España, y el Caribe fue el asiento de piratas, bucaneros, filibusteros, gente sin dios ni ley, señores de la muerte y el fuego, del saqueo y las violaciones.

Así, ese Mediterráneo de las Américas se convirtió en el mar del crimen, pero también en el mar de la esperanza. Pues los hombres no saben vivir aplastados por el terror, y allí donde sufren, allí alimentan la esperanza de vencer al infortunio.

Por el Caribe han desfilado las flotas y los ejércitos imperiales de España, los de Oliverio Cromwell, los de Napoleón, los de Norteamérica. Todos han sido batidos; a todos se han enfrentado los indios, los blancos, los negros y los mestizos de esos pueblos. Por feroces que sean, cuatro tiranos no suman fuerzas para doblegar a quienes tienen tan notables ejemplos en su pasado.

En la República Dominicana se lucha sin cesar. Se cuentan a millares las víctimas, son millares los desterrados; a pesar de lo cual, una vez y otra vez el déspota tiene que encarcelar jóvenes y viejos, debelar conspiraciones en los cuarteles, matar obreros y campesinos, mover sus peones diplomáticos para destruir organizaciones de dominicanos exiliados. La fuerza política más activa y mejor organizada en la lucha contra el trujillato es el Partido Revolucionario Dominicano, cuyos cuadros de mando están servidos por hombres abnegados, demócratas ejemplares, de ideas claras y disciplina adecuada. Con doctrina política moderna y líderes avezados, incansables e insobornables, el Partido Revolucionario Dominicano es uno de esos núcleos humanos donde se siente florecer el porvenir del Caribe.

En Nicaragua está el Partido Revolucionario Nicaragüense, formado por jóvenes que se han propuesto superar la división de sus compatriotas en dos bandos caudillistas de liberales y conservadores, y han hallado en las prédicas y en la conducta de

Sandino el ejemplo a seguir. Núcleos conservadores y jóvenes de procedencia liberal les acompañan en su heroica tarea. A pesar de su régimen dictatorial Somoza tiene que enfrentarse con adversarios audaces, también incansables, y el último paradigma de esos hombres fue Pablo Leal, asesinado con más de veinte compañeros en abril de 1954, mientras daban los toques finales a una sublevación que debía dejar a Nicaragua libre de su tirano.

En Venezuela la tiranía no puede dormir siestas; no la deja la organización clandestina de Acción Democrática, el partido de más agresividad que haya tenido ante sí un despotismo. Acción Democrática tiene el prestigio de haber hecho en el poder, con sólo cuatro años de gobierno, lo que todos los gobiernos del país no habían hecho durante la vida republicana; sus obras hablan por la lengua de seis millones de venezolanos. Acción Democrática cuenta con un liderazgo acreditado y capaz y con grandes masas dispuestas a cualquier sacrificio. A ese partido se suman otras fuerzas democráticas, menos activas pero también en lucha contra la tiranía.

En Cuba combate el pueblo todo, encabezado por núcleos del autenticismo y de la ortodoxia en la acción subversiva, y por otros núcleos de las mismas tendencias en la acción política. La juventud universitaria cubana, que ha llevado sobre sí en enorme proporción el peso de la lucha contra el batistato, está compuesta por muchachos y muchachas de reconocida combatividad. Escritores, poetas, maestros, políticos, profesionales, obreros, campesinos; gente salida de todas las zonas del país trabajan por la libertad cubana. Un sector de la prensa, al frente del cual se halla la benemérita revista *Bohemia*, une en su constante batallar por la democracia de Cuba la denuncia de todas las tiranías del Caribe.

Todas esas fuerzas democráticas tienen en común la fraternidad de su dolor, la de su esperanza y la de sus ideas. En las cárceles venezolanas, junto con los luchadores de Acción Democrática se ve a menudo a cubanos y dominicanos; en las pri-

siones cubanas no faltan los venezolanos y los dominicanos, ni en las de Santo Domingo los nicaragüenses y los cubanos. Junto con Pablo Leal y con otros luchadores cayó en Nicaragua Amado Soler, compañero muy querido en las filas del Partido Revolucionario Dominicano, amigo cuyo recuerdo acompaña siempre al autor de este libro.

Las ideas fundamentales de esos partidos nuevos, propagadas por sus líderes y sus voceros, pueden resumirse en estas escasas palabras: “Libertad y justicia social”. Libertad para todas las clases, derechos individuales en acción, no en papeles; y justicia social para los oprimidos. Esta doctrina tiene alcances que sobrepasan las fronteras, porque en países donde el capitalismo extranjero tiene tan cuantiosas inversiones, no es posible hacer justicia social si se sufre la interferencia de poderes internacionales que pretendan perjudicar a los trabajadores y a los campesinos criollos. Hay, pues, que poner en práctica políticas nacionales de libertades públicas y de justicia social, pero hay que defenderlas más allá de las fronteras, en los centros de origen del capital extranjero que opere en el país.

En este sentido todos esos nuevos partidos se hallan ante un hecho común: el capital foráneo invertido en Santo Domingo, en Nicaragua —muy escaso, por cierto, en Nicaragua—, en Venezuela y en Cuba es principalmente norteamericano. A medida que se avanza en el complejo social norteamericano va llegándose a una simplificación en el conocimiento de sus líneas generales, hasta que se culmina en esta conclusión: hay tres Norteaméricas; el pueblo, las empresas y el gobierno. Para acordar su política en Santo Domingo, en Nicaragua, en Venezuela o en Cuba —como en cualquier otro sitio de la América Latina—, el gobierno de los Estados Unidos consulta, primero y a menudo nada más, a los empresarios que tienen inversiones allí. No consulta ni a los dominicanos ni a los nicaragüenses ni a los venezolanos ni a los cubanos; tampoco consulta al pueblo norteamericano, cuya opinión no es tomada en cuenta a la hora de actuar.

Todos esos nuevos partidos entienden que deben llevar su causa al conocimiento del hombre medio de Norteamérica; debatirla ante él, ilustrarle sobre los problemas de cada país, y enfrentar al gobierno norteamericano con su pueblo cada vez que pretenda actuar en perjuicio de los intereses criollos. A la propaganda antiimperialista sin distinción, llamada a provocar conflictos y distanciamientos enojosos, hay que sustituirla con una campaña de educación de los grandes núcleos norteamericanos acerca de los problemas de nuestros países. Esos grandes núcleos son sensibles a la idea de la justicia, y en ellos están los mejores aliados del porvenir. Hoy nos desconocen; y cuando en el Pentágono o en la Secretaría de Estado se toma un acuerdo que nos perjudica, ellos lo ignoran o no le dan importancia. Cuando nos conozcan actuarán como nuestros amigos, y tendremos por defensores a millones de obreros, de burócratas, de estudiantes, de hombres y mujeres que han sido también atropellados por los mismos que nos explotan.

La aspiración superior de esos partidos nuevos es llevar a las masas populares al disfrute del bienestar y a la posesión plena de la dignidad humana; darles seguridad social y cultura, sensibilizarlas para todo lo bueno, lo bello, lo elevado, tal como empezaron a hacerlo aquellos de esos partidos que estuvieron en el poder.

Sin lograr esos fines no es posible librar la guerra contra el hamponismo exaltado por las tiranías. Hay en el Caribe dos ecuaciones contrapuestas: Tiranía, igual Hampa; Revolución, igual Dignidad; dos ecuaciones que sintetizan el perfil moral de la lucha en que esos partidos se hallan empeñados.

En el siglo XIX, y aún a principios del actual, los tiranos gobernaban cuidando ciertas apariencias, tratando de comportarse como servidores de una idea reaccionaria, que sólo acudían al crimen cuando no había otro medio de remover un obstáculo. Claro que hubo sus excepciones, jefes bárbaros, fuerzas primarias de la naturaleza social americana. Pero no era lo común.

Mas, ha ocurrido que ha habido un innegable avance de las masas hacia el bienestar, y junto con ellas avanzó su parte peor, esa que tenía sólo apetitos y ninguna preparación para satisfacerlos; en esos sectores, ávidos de vivir en la abundancia, han hallado los tiranos los servidores idóneos para toda violencia, toda arbitrariedad, toda infamia.

Apetitos de comodidad, lujo, dinero, operando sobre conciencias torpes e inteligencias sin cultivo han producido resultados comparables con los que se vieron en el propio mar Caribe en los días de esplendor de los piratas. Por otra parte esos instrumentos interesados de las tiranías son lujosamente premiados; cada crimen, cada atropello, cada calumnia significa un ascenso o un obsequio; en cambio el ejercicio de la virtud ciudadana se castiga como el peor de los delitos. Una atmósfera de hamponismo vulgar se respira en los regímenes despóticos del Caribe; un clima de matonismo, de latrocinios, de persecuciones, de amenazas y calumnias, que va poco a poco destruyendo las reservas morales de los más débiles y a la vez creando la cólera en los corazones fuertes. A veces llegan los mejores luchadores a confundir sus sentimientos y a no saber si combaten contra la opresión política y la injusticia social o para limpiar esa atmósfera de hampa en que se ahogan los pueblos.

Ha habido movimientos revolucionarios que se han corrompido política, ideológica y administrativamente, como sucedió con el cubano. Pero la podredumbre jamás llegó a esas raíces morales en que se alimenta el respeto a la vida y a la dignidad del ser humano. Tales movimientos no fueron capaces de insultar, de calumniar, de perseguir o de asesinar; no fueron capaces de organizar un pandillerismo estilo Al Capone para su servicio, de ejercer el crimen, de rendir tributo a la felonía, de exaltar a los matones y a los ignaros.

La manera más segura de llegar a un cargo en el gabinete, en el ejército o en la administración pública en la República Dominicana es siendo infame, más infame cuanto más alto se aspire a llegar; de la cuantía de los asesinatos cometidos, del número de

amigos denunciados a la policía, de la cantidad de insultos que se haya prodigado públicamente a los adversarios de Trujillo, depende la importancia del cargo que se recibe.

Somoza es más cauto que Trujillo, cubre mejor las apariencias; pero un nicaragüense que practique la virtud privada y pública sabe que difícilmente, mientras gobierne Somoza, podrá él alcanzar un puesto de importancia en los servicios del Estado. Los favoritos del régimen nicaragüense se reclutan entre politiqueros venales, periodistas ramplones o autores de denuncias.

En cuanto a Venezuela, ahí está el caso de Pedro Estrada, el personaje con más alta categoría en el país después de Marcos Pérez Jiménez; el hombre ante quien tiemblan los ministros y se abren todas las puertas. Venezuela tiene sabios, tiene poetas, pintores, sociólogos, músicos; abundan los ciudadanos que no se han distinguido, acumulando sabiduría y bondad; pero no es ninguno de ellos el favorito del dictador: es Pedro Estrada, cuyo oficio es perseguir, torturar, matar.

Otro tanto sucede en Cuba. Pandilleros conocidos son habituales en Palacio; periodistas cuyo trabajo es infamar son premiados con ministerios, políticos voraces tienen el favor gubernamental, los militares preferidos son aquellos que atropellan y escarnecen a la ciudadanía.

Decir tiranía, en el póker de espanto del Caribe, vale tanto como decir hampa. Pero está la otra faz, en la cual la revolución significa ejercicio de la dignidad.

La gran tarea de los movimientos que se enfrentan a los tiranos del Caribe no está en derrocarlos. Aunque parezca osado asegurarlo, el más fuerte de ellos es de una debilidad insospechada, y puede amanecer en tierra el día menos esperado. No está tampoco en resolver los conflictos de carácter económico y social, puesto que ya ha habido experiencias útiles y ellas enseñan que gobiernos justos pueden en poco tiempo resolver esos problemas y que siempre tendrán de su parte el entusiasmo de las masas. Los pueblos del Caribe, como los de toda la

América Latina, son de natural tendencia hacia la justicia social, y, hecho el clima revolucionario, ellos facilitan ese aspecto de la obra.

La gran tarea está en disipar la atmósfera hamponesca, en remover toda la maldad acumulada, en enseñar a esas colectividades que el fraude, el crimen, la infamia no pueden ni deben rendir beneficios. Una obra de educación ciudadana, paciente y enérgica a la vez, tiene que ir dirigida a hacer de la mentira, del atropello, de la falta de respeto a la dignidad humana, actitudes bochornosas e infamantes.

La libertad es un bien que no puede ponerse en peligro por debilidades, y el aire de la libertad se contamina de sutiles venenos allí donde en su nombre se permite que florezca la villanía. La energía no tiene por qué ser arbitraria; pero si tuviera que ser excesiva en la formación de una conciencia social sensible a lo bello y a lo bueno, rebelde a la grosería y a la maldad, es preferible padecer su exceso a sufrir el despotismo hamponesco de las tiranías, que en gran medida se alimentan en esa ausencia de sensibilidad social y en la incapacidad para rebelarse ante lo feo y lo malo.

Desde antes de que los descubridores desembarcaran en sus costas, el Caribe ha sido teatro de atropellos y persecuciones. Podrían seguirse, con toda fidelidad, dos líneas históricas que se han mantenido sin cesar una frente a la otra, la línea de los piratas, encarnaciones del despojo y de la violencia, y la línea de los que han estado luchando por imponer la justicia y la verdad en todos esos países. Entre los piratas están Morgan y Barbanegra, Trujillo y Somoza, Pérez Jiménez y Batista; entre los abanderados de la justicia están Hatuey y Petión, Bolívar y Martí; Máximo Gómez y Eugenio María de Hostos.

Gran número de gente culta parece no darse cuenta de que esa lucha ha costado al Caribe centenares de millares de vidas. Es la misma que destruyó en las islas toda la población indígena y la diezmó en tierra firme; es la misma que llevó la muerte

hasta el África, cuando se cazaba a los negros para esclavizarlos; es la misma que despobló a Venezuela en las guerras de independencia, que mató a más de trescientos mil cubanos en la lucha contra España; la misma que en las contiendas civiles, libradas a lo largo de más de cien años, sembró de cadáveres los territorios de todos esos países; es la misma que está costando nobles vidas a los pueblos de Santo Domingo, de Nicaragua, de Venezuela y de Cuba.

Ésa es también la otra faz del Caribe, la faz que se ha visto y se ha echado al olvido. Se oye con frecuencia decir, sobre todo en Estados Unidos y en otros lugares que han sido afortunados en el mantenimiento de la democracia, que los pueblos que aspiran a ser libres deben luchar por su libertad. Cuando se habla así es aludiendo a esos países del Caribe tiranizados; y resulta que el Caribe tiene más cadáveres sembrados en su búsqueda de la libertad que todos los demás pueblos del continente, incluyendo entre ellos a los Estados Unidos. Se oye con frecuencia decir, también aludiendo a esos países, que los pueblos tienen los gobiernos que merecen; y resulta que si el sacrificio de la vida es digno de respeto, los pueblos que han sacrificado a un millón de sus hijos, si no más, por tener mejores gobiernos, son acreedores a que se respete, por lo menos, su infortunio.

Esos millones de hombres, de mujeres y de niños que se enfrentan a sus sufrimientos cantando joropos, sones y merengues, que llenan el ámbito en que se hallan con una alegría impetuosa y saludable, que sacan de su seno héroes, mártires, sabios y poetas, forman la faz vuelta al porvenir. Allí, mezcladas las razas, confundidos en una misma esperanza, labran su futuro y encaran su presente.

El Caribe tiene la forma de un toro echado. La cabeza parece mirar hacia el Pacífico, por encima de las llanuras de Yucatán; el pescuezo y el espinazo están formados por las Antillas Mayores; el anca, por las Menores. Pueden verse sus patas delanteras dobladas en las rodillas siguiendo el curso de las costas de Ni-

caragua, Costa Rica y Panamá; y pueden verse las traseras y el vientre descansando en las orillas de Venezuela y de Colombia. Está ahí, echado, rumiando su desventura. Cuatro puñales lo hacen sangrar. Pero en otros tiempos tuvo más, y se los sacó en coléricos remecimientos. Ese toro se pondrá en pie algún día, sin puñales y hasta sin cicatrices.

Mar del crimen y de la esperanza, en él han hecho surcos los más espantables criminales del Nuevo Mundo, pero también han florecido los más espléndidos tipos humanos que ha producido la América Latina. En sus tierras abundan los volcanes, y a la vez los valles de hermosura incomparable; en sus selvas viven el tigre y la serpiente venenosa, y pululan las orquídeas y los jilgueros; en sus ríos nadan los caímanes repugnantes y también los peces multicolores; por sus aguas pasan rugientes los ciclones, pero en ellas se refleja la deslumbrante luz del sol.

El Caribe es como la vida misma, contradictorio y hermoso, mísero y rico, duro y generoso. Por ahora es predio de unos cuantos ignorantes audaces; y ya lo dijo Goethe: “No hay nada más espantoso que la ignorancia en acción”.

Pero tiene otra faz, la faz de los hombres que creen en la cultura y en sus expresiones más altas: la libertad, la justicia, la belleza; en suma, la verdad. Y a Goethe puede responderse con esta frase: No hay arma más potente que la verdad en mano de los buenos.

ÍNDICE

PRÓLOGO A LA EDICIÓN MEXICANA, <i>Pablo A. Mariñez</i>	7
<i>Póker de espanto en el Caribe</i>	
HISTORIA DE ESTE LIBRO	27
INTRODUCCIÓN	33
RAFAEL LEONIDAS TRUJILLO, LA CARTA DOMINICANA	45
ANASTASIO SOMOZA, LA CARTA NICARAGÜENSE	83
MARCOS PÉREZ JIMÉNEZ, LA CARTA DE VENEZUELA	119
FULGENCIO BATISTA, LA CARTA DE CUBA	159
LA OTRA FAZ	197

Póker de espanto en el Caribe, de Juan Bosch, editado por el Programa Editorial de la Dirección General de Divulgación de las Humanidades de la Coordinación de Humanidades de la UNAM, se terminó de imprimir el 15 de septiembre de 2023 en los talleres de Gráfica Premier S.A. de C.V., 5 de febrero núm. 2309, col. San Jerónimo Chicahualco, 52170 Metepec, Estado de México. Para su composición se utilizaron tipos Adobe Garamond de 14:14, 11:14, 10:13 y 9:11 pts. La edición consta de 500 ejemplares impresos en papel Bond ahuesado de 90 gramos. y estuvo al cuidado de Silvia González de León.

Juan Bosch

PÓKER DE ESPANTO EN EL CARIBE

Pocas regiones en América Latina han sido escenario de una diversidad tan amplia de sangrientas dictaduras, y por periodos tan prolongados, como el Caribe. Rafael Leonidas Trujillo en República Dominicana; Anastasio Somoza, *Tacho*, en Nicaragua; Marcos Pérez Jiménez en Venezuela, y Fulgencio Batista en Cuba, constituyen las cuatro tiranías que en la década de los cincuenta del siglo xx armaron un *Póker de espanto en el Caribe*.

Su autor, Juan Bosch, uno de los más destacados líderes políticos, intelectuales y humanistas dominicanos, que pasó veintitrés años de su vida en el exilio, analiza las causas económicas, sociales, políticas e incluso psicológicas que dieron origen y sostuvieron dichas dictaduras.

La obra, escrita de salto en salto, de país en país, de exilio en exilio, en una América Latina convulsionada, con golpes de Estado, tiranícidos, guerras civiles y revoluciones armadas, refleja, como ninguna, los procesos del exilio a los que tantos se han visto obligados en América Latina y el Caribe, víctimas del despotismo.

A más de sesenta años de haber sido escrito, *Póker de espanto en el Caribe* es un clásico en su género. La Universidad Nacional Autónoma de México se honra en editar en México esta obra fundamental para la comprensión de los procesos sociales y políticos en América Latina y el Caribe.



Coordinación de Humanidades

Dirección General de Divulgación de las Humanidades
Programa Editorial

Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe



COORDINACIÓN
DE HUMANIDADES

CIALC

Centro de Investigaciones sobre
América Latina y el Caribe